Andrew Miller

«LOS HERMANOS»

(Según su designación común)

Su Origen, Desarrollo y Testimonio

ANDREW MILLER

«LOS HERMANOS»

(Según su designación común)

SU ORIGEN, DESARROLLO Y TESTIMONIO

«LOS HERMANOS»

(Según su designación común)

UN BREVE BOSQUEJO

Por

ANDREW MILLER

(Ligeramente revisado y abreviado,

por G. C. WILLIS)

Traducción del inglés:

Santiago Escuain

~

«Vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él.» —Isaías 59:19.

l í n e a s o b r e l í n e a

Apartado 126

17244 CASSÀ DE LA SELVA

(Girona) ESPAÑA

w w w . s e d i n . o r g

NOTA

lgunos han suscitado objeciones al título “Los Hermanos”, como conllevando la idea de una denominación; otros, como arrogando para una comunidad Adeterminada aquello que es igualmente cierto de todos los cristianos. Estos pensamientos nunca se me ocurrieron mientras escribía el libro, y no fueron sugeridos por aquellos con quienes yo hablé. Expresiones como “los escritos de los Hermanos”, “las reuniones de los Hermanos”, etc., son de uso común entre ellos mismos, lo que sencillamente significa una designación adecuada, y que no puede ser confundida. No se emplea en ningún otro sentido aquí. Verse obligado a emplear una *descripción* en lugar de un *nombre*

cargaría excesivamente el estilo y dificultaría la tarea del escritor.»

Andrew Miller

PREFACIO

nos amados santos de Dios han pedido que este librito, mucho tiempo fuera de circulación, fuese vuelto a publicar; y como creemos que puede ser para verdadera Ubendición de los santos de Dios, es un gozo y privilegio que se nos permita emprender este pequeño servicio.

Andrew Miller, su autor, fue uno de los hermanos primeros bien conocidos. Escribió varios otros libros, incluyendo *Short Papers on Church History,* posteriormente circulado como *Miller's Church History* (Historia de la Iglesia, de Miller); *Meditations on the Song of Solomon* (Meditaciones sobre Cantares), recientemente vuelto a publicar en inglés por Bible Truth Publishers; *Meditations on the 23rd and 84th Psalms* (Meditaciones sobre los salmos 23 y 84); *Meditations on the Christian's Standing, Vocation, Warfare and Hope* (Meditaciones sobre la posición, vocación y esperanza del cristiano); *Meditations on the Beatitudes and Christian Devotedness* (Meditaciones sobre las Bienaventuranzas y la devoción cristiana), y varios opúsculos. Creo que también escribió el prefacio a los seis volúmenes de *Notas sobre el Pentateuco* de C. H. Mackintosh.

Este libro acerca de los Hermanos fue, suponemos, publicado por primera vez alrededor del año 1892; desde entonces la historia ha ido progresando, cambios que hacen inapropiado reproducir la obra sin alguna revisión y omisiones. Lo uno y las otras se han hecho, pienso yo, en el temor de Dios, y con la esperanza de que la utilidad de este libro no resulte en absoluto perjudicada.

La primera parte del libro no sólo es profundamente interesante para los que se deleitan en seguir la obra del Espíritu de Dios en enseñar y conducir al pueblo del Señor, sino que podrá también ser provechosa para guiar los pasos de algunos en los caminos que Él ha marcado para los Suyos. La carta que describe la reunión para el Partimiento del Pan, en las páginas 25 a 27, aunque escritas alrededor de la misma época, no estaba en el libro original, y es de otro autor.

Las verdades expuestas de manera sencilla y clara en la segunda parte del libro serán, esperamos, de bendición para las almas de muchos, especialmente entre los santos más jóvenes.

Este libro se publica de nuevo con la esperanza y oración de que el Señor lo use en Su gracia para Su honra y gloria, y para bendición de

Su pueblo amado.

G. C. Willis

Sandakan, Sabah, Malasia

Octubre de 1963

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 4

ÍNDICE

LOS HERMANOS:

(*Según su designación común*)

UN BREVE BOSQUEJO DE SU ORIGEN,

DESARROLLO Y TESTIMONIO

INTRODUCCIÓN

s siempre un alivio para la mente, al estudiar la historia de la iglesia, poder seguir con alguna medida de certidumbre la hebra plateada de la gracia, y las operaciones E del Espíritu de Dios en aquellos que han asumido una parte destacada en sus asuntos. Éste fue un privilegio infrecuente durante la larga noche de la Edad Media; pero con el alborear de la Reforma se pusieron más y más de manifiesto las operaciones del Espíritu Santo. Se hizo el llamamiento a la palabra de Dios como la única autoridad en cuestiones de fe y salvación, y la gran doctrina cristiana de la «Justificación por la sola fe»

pasó a ser el fundamento y la piedra angular de la Reforma en el siglo dieciséis. Por medio de esta verdad quedó subvertido el poder del papado, y las naciones de Europa quedaron liberadas de su tiranía.

Ningún cristiano instruido que haya estudiado la gran revolución de aquel período dejará de dar gracias a Dios por la poderosa obra que fue entonces llevada a cabo por Su gracia, mediante la fe y persistencia de los Reformadores.

Tenemos siempre que honrar con gratitud y admiración a aquellos grandes testigos que laboraron para esparcir la pura luz del evangelio en oposición a la superstición papal, a la incredulidad y a la inmoralidad, todo lo cual estaba respaldado por los poderes imperiales, y haciendo frente a prisiones y muerte. El despertar y la agitación de las mentes fueron tan generales, y todo ello en dirección de la verdad y de la santidad, que los más incrédulos tienen que reconocer que tal Reforma sólo pudo haber tenido su origen en causas más que humanas, y de una eficacia sumamente poderosa.

Pero los líderes de aquel gran movimiento pasaron por alto muchas de las más importantes doctrinas de la palabra de Dios. La vital verdad de la salvación mediante la fe en el sacrificio de Cristo, sin el mérito de buenas obras, era tan sorprendente, tan abrumadora, para aquellos que habían sido educados en las supersticiones del Romanismo, que parecía que creían que no se precisaba de ninguna otra verdad. Enseñaban ellos que la obra expiatoria de Cristo dio satisfacción a la justicia de Dios, reconciliándolo con el hombre rebelde, y que todos los que tuvieran la plena certidumbre de la fe en esta verdad eran salvos. No parece que nunca llegasen a comprender la preciosa verdad de que fue el amor de Dios al hombre pecador lo que le hizo enviar a Su Hijo a morir por ellos, para que *ellos* fuesen reconciliados con Él. Ésta es la gran verdad fundacional de todo testimonio del evangelio. Si

gloria. Pero «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16).

Dios nunca fue el enemigo del hombre, y no tenía que ser reconciliado, aunque Él necesitaba y proveyó una propiciación por nuestros pecados. Muchos y dulces pensamientos brotan de esta bendita verdad; el hijo de la fe puede apoyarse no sólo en la obra de la cruz como su reposo, sino en el corazón de Dios que le amó y que envió a Su Hijo a morir por él. En 2 Corintios 5:19 leemos, «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados». Las primeras palabras que oímos de un Dios ofendido después que el hombre hubiera pecado, dirigidas a Adán, son: «¿Dónde estás tú?» El hombre estaba perdido —y Dios lo estaba buscando.

Ésta fue la primera acción en la obra de la redención; en verdad, el gran rasgo del amor redentor.

La Reforma del Siglo Diecinueve

Debemos ahora pasar a observar una obra muy especial del Espíritu de Dios en la primera parte del siglo diecinueve, y en las Islas Británicas. Agradó a Dios, en las riquezas de Su gracia, para aquel tiempo, despertar en las mentes de muchos y en diferentes partes del país un profundo deseo del estudio de las sagradas Escrituras. Por este medio, muchos de Sus hijos fueron llevados a un nueva indagación de la «palabra profética más segura», y otros fueron llevados a la conciencia de la importancia y bienaventuranza de lo que Él había revelado en Su Palabra tocante a la iglesia, el cuerpo de Cristo. Esto era algo totalmente nuevo en aquel tiempo. Hablar de la iglesia como el cuerpo de Cristo, del que Él es la Cabeza glorificada en el cielo, y de que la iglesia era habitada y gobernada por el Espíritu Santo, eran verdades nuevas a oídos de la Cristiandad.

Sería difícil encontrar en la teología de los Padres o de los Escolásticos, de los Reformadores o de los Puritanos, la doctrina de la iglesia como la Esposa Escogida de Cristo, separada del mundo para esperar a Su regreso del cielo como la única esperanza de ella, y conociendo la presencia constante del Espíritu Santo como la única fuente de poder y gozo de ella. Desde finales del primer siglo hasta comienzos del siglo diecinueve, no parece que ningún escritor teólogo haya mostrado a la iglesia estas preciosas verdades.

Incluso el sencillo evangelio quedó tan recubierto y mezclado con sentimientos y actos humanos, que casi nadie esperaba tener en este mundo la certidumbre de la salvación. De ahí que encontramos a algunos de los maestros de vida más santa y espiritual que haya habido en la iglesia, orando en sus lechos de muerte que «no fuesen a llevar sus pecados e iniquidades ante el tribunal divino». Y este estado de mente no es en absoluto infrecuente ni siquiera en nuestros tiempos, aunque la luz y la verdad que se han estado extendiendo desde principios del siglo diecinueve hayan dado a muchos una esperanza mucho más cierta y una perspectiva mucho más luminosa. La plena eficacia de la redención, tal como aparece en Hebreos 10, era, y sigue siendo, relativamente poco conocida. Allí leemos: «los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado». Esto no significa no más conciencia de estar pecando, sino, lit., *no más conciencia de pecados.* La preciosa sangre de Cristo ha limpiado la conciencia del creyente para siempre. «Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (He. 10:14). No hay necesidad de la Misa para perpetuar el sacrificio, ni de

sentimientos y actos humanos que añadan a su valor. Cuando se comprende esta verdad, el pleno perdón de los pecados y la aceptación en el Amado llegan a ser la feliz condición del alma.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 7

La diferencia entre la justicia de la ley y la justicia de Dios fue también otra de las importantes verdades recuperadas en aquel tiempo. Esta cuestión la considera de forma clara el apóstol en Filipenses 3. Sus ramificaciones, especialmente en la teología puritana, son tan amplias, que no trataremos de seguirlas aquí, sino que sólo daremos la conclusión del apóstol: «Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (Fil. 3:9). Cada cristiano debería saber que Aquel que no conoció pecado por nosotros fue hecho pecado «para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co. 5:21). El más débil creyente en Cristo se encuentra ante Dios en una justicia absolutamente completa, divina y eterna. En lugar de llevar «sus pecados e iniquidades ante el tribunal divino», en el momento en que está ausente del cuerpo, está presente con el Señor, y en toda la perfección del mismo Cristo.

La verdad profética

Agradó al Señor avivar un profundo interés en muchas mentes, durante el primer cuarto del siglo diecinueve, acerca de la restauración de Israel a su propia tierra, y a la consiguiente gloria del reinado del Mesías. Fueron varios los libros que se publicaron acerca de este tema durante los años 1812-1825, pero el que suscitó el mayor interés fue el titulado *La venida del Mesías en Gloria y Majestad,* por un sacerdote católico romano sudamericano, Emanuel Lacunza, que adoptó el seudónimo de Ben-Ezra, un judío converso. Esta obra fue originalmente escrita en castellano, y fue publicada por vez primera en España en 1812. Fue traducida al inglés y publicada en Londres en 1827, con un largo prefacio del Rev. Edward Irving. Su poderosa influencia fue ahora empleada para despertar a su congregación, a sus hermanos en el ministerio y a toda la iglesia profesante, al estudio de este magno y relativamente novedoso tema. La descripción profética de la gloria del reino milenario le dio abundante material para sus elocuentes discursos. La circulación de estos nuevos libros y de nuevos artículos que aparecían constantemente en las revistas despertaron un renovado interés en el tema, y muchos, tanto laicos como clérigos, se convirtieron en diligentes estudiosos de la profecía.

Estos estudios llevaron al establecimiento de lo que se denominó «Las reuniones proféticas», que durante algunos años se celebraron en Albury, el centro del Sr. H.

Drummond, en Surrey, y en el castillo de Powerscourt, en Wicklow. Clérigos y personas privadas acudían libremente a estas reuniones al principio; pero después de un cierto tiempo sus asistentes pasaron a ser, al menos en Irlanda, principalmente los Hermanos.

Fue entonces, creemos, que se levantó el clamor de medianoche: «¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!» (Mt. 25:6). Y desde aquel día, el número de los que predican la segunda venida del Señor ha aumentado en gran manera. Este clamor ha sido oído en todas las tierras de la Cristiandad, y sigue vibrando y lo seguirá haciendo, hasta que Él venga y llame a Su esposa a Sí mismo. «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente»

(Ap. 22:17).

El efecto de la verdad acerca de la Iglesia

El primer efecto de descubrir en la Palabra de Dios cuáles son el llamamiento, la posición y las esperanzas de la iglesia ha de ser un profundo sentimiento del contraste entre aquello que el hombre llama la iglesia y lo que la iglesia realmente es a la luz de las *Historia de los Hermanos* - Andrew Miller

Pág. 8

Escrituras del Nuevo Testamento. Así sucedió con unos pocos cristianos en Dublín en la primera parte del siglo diecinueve. El Señor, no nos cabe duda alguna, había estado obrando en sus almas durante un tiempo, y preparándolos para la recepción de muchas verdades que habían quedado perdidas para los hijos de Dios. No cabe duda alguna de que había dignos miembros de sus diferentes comunidades, sanos en la fe, devotos y apartados del mundo; pero éstos comenzaron a observar, a la clara luz de la Palabra de Dios, que permanecer donde estaban sería una negación práctica de lo que la iglesia es. Así, fueron guiados por el Señor a separarse de los sistemas religiosos existentes con los que habían estado respectivamente conectados, y a dar testimonio de las relaciones celestiales del cristiano y de la naturaleza y unidad de la iglesia de Dios. A diferencia de las meras *abstracciones* de los ascéticos, se trató de una *separación moral* del mundo y de la religión que el mundo autorizaba. Ni siquiera los confesores en un tiempo temprano de la historia de la iglesia, ni tampoco los Reformadores y los puritanos en época posterior, tuvieron inclinación alguna a abandonar la comunión de la Iglesia Establecida, siempre que la tal hubiera aceptado reformar abusos. La mayoría de ellos fueron excomulgados; pero cuando un cambio de gobierno introdujo la libertad religiosa, ellos se volvieron satisfechos a sus púlpitos y beneficios eclesiásticos.

Cuando este libro fue escrito al principio, muchos de los que habían tomado este puesto de separación de los sistemas religiosos seguían aun vivos, de modo que el autor no necesitaba más que declarar el origen de esta comunidad, o compañía de cristianos, y dar un breve bosquejo de su desarrollo. Aquello que esta «comunidad» consideraba como verdadero y precioso puede ser juzgado por lo que ha aparecido impreso y que ha sido escrito por ellos mismos, y de esto podemos hablar libremente. Sus escritos, en forma de libros, tratados y publicaciones periódicas han sido extensamente esparcidos por toda la Cristiandad, de modo que sus posturas se pueden conocer fácilmente. No citaremos las opiniones de sus adversarios como dando una estimación imparcial de su carácter, como tampoco aceptaríamos la opinión de un católico romano fanático acerca del carácter de Martín Lutero.

CAPÍTULO 1

«LOS HERMANOS»

urante el invierno de 1827-1828, cuatro hombres cristianos, que durante algún tiempo se habían sentido preocupados por la condición de toda la iglesia D profesante existente, acordaron, después de muchas consultas y oración, reunirse el día del Señor para el partimiento del pan, como lo hacían los cristianos primitivos, contando con que el Señor estaría con ellos; estos fueron: el Sr. Darby, el Sr. (después Dr.) Cronin, el Sr. Bellett y el Sr. Hutchinson. Su primera reunión se celebró en la casa del Sr. Hutchinson, en el número 9 de Fitzwilliam Square, Dublín. Ellos, junto con otros que asistían a sus reuniones de lectura, habían estado estudiando las Escrituras y comparando lo que descubrían en la Palabra de Dios con el estado de cosas que les rodeaba, y no pudieron encontrar una expresión de la naturaleza y carácter de la iglesia de Dios ni en el Establecimiento Nacional ni en las diversas formas de los cuerpos no conformistas. Esto los condujo al lugar de separación de todos estos sistemas eclesiásticos, y los llevó a reunirse en el nombre del Señor Jesús, reconociendo la presencia y acción soberana del Espíritu Santo en medio de ellos, mostrándose con ello solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, cp. Mt. 18:20; Ef. 4:3, 4.

Por algún tiempo se siguieron reuniendo en Fitzwilliam Square, y otros fueron añadiéndose gradualmente a su número.

Las circunstancias que condujeron a estos hombres fervorosos a leer las Escrituras y a llegar a la decisión que se acaba de describir fueron evidentemente guiadas por el Señor.

Uno de los cuatro, que era un clérigo del condado de Wicklow, había sufrido un accidente que le había dejado incapacitado de un pie, y había acudido a Dublín para recibir tratamiento. Antes de esto, sin embargo, había pasado por una gran lucha en su conciencia acerca de su puesto en la iglesia establecida [la iglesia anglicana], y había decidido abandonarla. Algunos de sus amigos en la ciudad, con similares preocupaciones, y sintiendo la ausencia de vida espiritual y de comunión cristiana en las denominaciones, estaban de verdad sedientos de algo que no se podía encontrar allí. Así, en aquel tiempo el Espíritu de Dios estaba obrando en muchas mentes, y de una

manera especial. Había creado una necesidad sentida en los corazones que sólo la gracia y la verdad podían llegar a satisfacer. En este estado de mente acordaron estudiar la Palabra juntos, y buscar al Señor para luz y dirección respecto a su camino futuro.

Amigos interesados, y supervivientes de aquellos que estuvieron relacionados en época temprana con este movimiento, han suscitado la cuestión acerca de quiénes fueron los primeros en ser visitados por el Espíritu de Dios y que pasaron a la importante cuestión de la unidad de la iglesia y de la separación de los sistemas religiosos existentes. Pero sin intentar responder a esta pregunta, contestaríamos sencillamente que el pensamiento era el pensamiento de Dios por cuanto era Su verdad, y que el dirigente en la obra fue Su instrumento escogido. La historia no tiene que ver con teorías, sino con realidades, hasta allí donde son conocidas.

La mano directora de Dios

Aquí tenemos que observar, antes de pasar adelante, la existencia de una pequeña congregación con una medida de inteligencia respecto a la iglesia de Dios como un cuerpo, anterior a la reunión de los cuatro en Fitzwilliam Square. Habían formado parte de un grupo independiente, pero no parece que abandonasen aquel grupo tanto por cuestión de principio como por insatisfacción acerca de sus formas. Sin embargo, Dios estaba obrando en sus corazones por Su gracia y dirigiendo la disciplina de aquella iglesia para la bendición espiritual de ellos. Muchas veces ha sido este el caso con personas en todos los movimientos similares, de los que se puede decir: «salieron, sin saber a donde iban» (cp.

He. 11:8). Pero el Señor estaba guiando, y ellos dependían de Él. Sucedió así: Hacia el año 1826, un joven estudiante de medicina —posteriormente el doctor Cronin— había llegado a Dublín por motivos de salud, procedente del sur de Irlanda.

Solicitó ser recibido a comunión como visitante, y fue bien recibido a las mesas de los Independientes; pero cuando supieron que se había establecido como residente, le privaron de esta libertad. Entonces le informaron de que no podía más ser admitido a la mesa de ninguna de las congregaciones sin la *calidad de miembro especial* a alguna de ellas. Este anuncio hizo un gran impacto en su mente, y sin duda alguna fue

empleado por Dios para hacer volver su atención a la verdad del un cuerpo. Pensaba él: «Si todos los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, ¿qué puede significar esta extraña expresión, de *calidad de miembro especial con los Independientes*? Se detuvo, y tras muchas reflexiones y oración, rehusó someterse a este orden eclesiástico. Esto lo forzó fuera, y lo expuso a la acusación de *irreligión* y *antinomianismo.* Permaneció fuera durante varios meses, sintiendo profundamente su soledad y separación de muchos a los que amaba en el Señor. Fue una época de prueba a su manera, y podría haber resultado de gran perjuicio para su alma; pero el Señor lo dispuso para bendición. Para evitar aparentar impiedad, pasaba las mañanas del día del Señor encerrado en su casa. Estas ocasiones las encontró de gran bendición espiritual, y también de profundas reflexiones acerca de su dirección en el futuro. Así son los caminos del Señor con los instrumentos que Él está preparando para un futuro testimonio y servicio.

El joven estudiante fue finalmente excomulgado públicamente por nombre en una capilla, de la que el Rev. William Cooper era el ministro. Esto lo afectó profundamente; no consideraba a la ligera ser así denunciado en público y evitado por aquellos a los que apreciaba como cristianos. Pero la iglesia se había excedido en cuanto a la jurisdicción que le era propia. Tiene autoridad sólo de su Cabeza en el cielo para cortar a aquellos que hayan demostrado ser *perversos.* «Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros» (1 Co.

5). Así, la iglesia, al actuar de esta manera, recibió ella la herida mayor. Uno de los diáconos, Edward Wilson, secretario de la Sociedad Bíblica, se vio obligado a protestar contra esta acción, lo que condujo a abandonar el cuerpo congregacionalista.

Estos dos hermanos, los Srs. Cronin y Wilson, después de estudiar la palabra durante un tiempo, comenzaron a ver claro su camino para reunirse en la mañana del domingo para el partimiento de pan y la oración. Primero se reunieron con este propósito en casa del Sr.

Wilson, en Sackville Street. Pronto se unieron a ellos dos señoritas Drury, que abandonaron la capilla del Sr. Cooper, de la que eran miembros; también un Sr. Tims, librero, de Grafton Street. Tras partir el Sr. Wilson poco después hacia Inglaterra, la pequeña congregación pasó a la casa del Sr. Cronin en Lower Pembroke Street, donde varios se añadieron a su número.

Alguien podría decir que la existencia de esta congregación se debió a las circunstancias, no a una convicción divina. Creemos que ambas cosas concurrieron en ella.

Es indudable que se vieron forzados al lugar de separación por la errónea conducta del cuerpo congregacional, pero también es cierto que fueron guiados a recurrir a la segura palabra de Dios, a actuar en base de los instintos recibidos de Dios, y a la conducción segura del Espíritu Santo. Esta pequeña congregación nunca se disolvió formalmente, sino que se unió en el acto con aquellos que comenzaron a partir el pan en Fitzwilliam Square; la acomodación fue mayor, y los principios de reunión eran sustancialmente los mismos.

Ahora pasamos a lo que puede ser en justicia designado como la primera congregación de «los Hermanos», celebrada en Fitzwilliam Square. Puede que muchos estuvieran reflexionando profundamente en muchos lugares en períodos anteriores a éste, y ello sin consultas; pero, por lo que respecta a la comunidad de los Hermanos, según su designación común, tenemos que empezar a partir de este punto. Y aquí tenemos algo más concreto y positivo, algo más en lo que apoyarnos que en los informes generales o en los recuerdos personales.

El primer opúsculo de los Hermanos

En el año 1828, el Sr. Darby publicó su primer opúsculo,1 titulado, *The Nature and Unity of the Church of Christ* [La naturaleza y Unidad de la Iglesia de Cristo].2 Podríamos considerar este tratado como una declaración de lo que la joven comunidad creía y practicaba, aunque no en forma de credo o confesión; y, además, como presentación del terreno divino sobre el que actuaban. También se puede considerar que contiene casi todos los elementos de aquellas verdades distintivas que han sido mantenidas por los Hermanos desde entonces y hasta el presente. No que el escritor considerase esto en este sentido en aquel tiempo; estaba sencillamente dando a conocer, para ayuda de los demás, aquello que había aprendido de la Palabra de Dios para sí mismo. Pero, ¿quién podría poner en duda la conducción de parte del Espíritu de Santo en tal obra? De cierto, Él estaba guiando a Sus instrumentos escogidos de una manera que ellos no conocían, para que se pudiera ver que la bendición que iba a seguir procedía de Su propia gracia y verdad.3

Por cuanto este artículo fue el primer testimonio público de un

movimiento que iba a producir tan rápidamente unos resultados de tanta bendición al liberar almas, transcribiremos aquí, para comodidad del lector, unos pocos extractos, principalmente acerca de la unidad de la iglesia.

«Sabemos que era el propósito de Dios en Cristo de reunir todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra; reconciliadas a Sí mismo en Él; y que la iglesia debía ser, aunque necesariamente imperfecta en Su ausencia, sin embargo por el poder del Espíritu, el testigo de esto en la tierra, congregando en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Los creyentes saben que todos los nacidos del Espíritu tienen una unidad sustancial de pensamiento, de modo que se conocen 1 Me parece que en realidad el primer opúsculo fue uno escrito en 1827, titulado: «Consideraciones dirigidas al Arzobispo de Dublín y al Clero que firmaron la petición a la Cámara de los Comunes pidiendo protección». Éste fue enviado de manera privada al Arzobispo y al Clero, «habiendo sido escrito un cierto tiempo antes de ser imprimido, y retenido, por intranquilidad acerca de lo justo de tomar este paso». Véase Collected Writings de J. N. Darby, vol. 1, pág. 1.

2 Creo que más adelante el Sr. Darby hubiera escrito «la Iglesia de Dios», porque no encontramos la expresión «Iglesia de Cristo» en las Escrituras.

3 Véase una reimpresión del original en *Collected Writings de J. N. Darby,* vol. 1, segundo artículo.

mutuamente y se aman unos a otros como hermanos. Pero esto no es todo, incluso si se cumpliese en la práctica, que no se cumple; porque ellos debían ser uno de tal forma que *el mundo* conociese que Jesús había sido enviado por Dios; en esto debemos todos confesar nuestro triste fracaso. Intentaré no tanto proponer medidas aquí para los hijos de Dios como establecer principios sanos; porque para mí está claro que ello tiene que proceder de la creciente influencia del Espíritu de Dios y de Su enseñanza invisible: pero tenemos que observar aquellos obstáculos positivos y en qué consiste esta unión …

»En primer lugar lo deseable no es una unión formal de los cuerpos profesantes externos; lo cierto es que es sorprendente que haya protestantes reflexivos que la deseen.

Lejos de ser para bien, concibo que sería imposible que un cuerpo así pudiera ser reconocido en absoluto como la iglesia de Dios. Sería una contrapartida de la unidad romanista; nos perderíamos la vida de la iglesia y el poder de la Palabra, y la unidad de vida espiritual quedaría totalmente excluida. Sean cuales sean los planes en el orden de la providencia, nosotros podemos sólo actuar sobre los principios de la gracia; y la verdadera unidad es la unidad del Espíritu, y tiene que ser obrada por la operación del Espíritu. …

»Si la perspectiva que he adoptado del estado de la iglesia es la correcta, podemos concluir que es enemigo de la obra del Espíritu de Dios quien defienda los intereses de cualquier denominación determinada; y que aquellos que creen en "el poder y la venida del Señor Jesucristo" deberían guardarse cuidadosamente de un espíritu así; porque está llevando de nuevo la iglesia a un estado ocasionado por ignorancia de la Palabra y de no sujeción a ella, e imponiendo como un deber sus peores y más anticristianos resultados.

Ésta es una de las más sutiles y predominantes perturbaciones de la mente, "no sigue con nosotros", incluso cuando estos hombres sean verdaderamente cristianos.

»Los cristianos son poco conscientes de hasta qué punto esto domina en sus mentes; cómo buscan lo suyo, no las cosas de Jesucristo; y cómo esto seca los manantiales de la gracia y de la comunión espiritual; cómo estorba aquel orden al que acompaña la bendición, reunirse en el nombre del Señor. Ninguna congregación que no esté dispuesta a abrazar a todos los hijos de Dios sobre la base plena del Reino del Hijo puede encontrar la plenitud de la bendición, porque no la contempla —porque su fe no la abraza. … Por ello, el símbolo externo de la unidad es la participación de la cena del Señor; "nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan". ¿Y qué declara San Pablo acerca de la verdadera intención y testimonio de este rito? Que " todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga". Aquí encontramos el carácter y la vida de la iglesia —aquello a lo que es llamada— aquello en lo que subsiste la verdad de su existencia y en la cual solamente está la verdadera unidad. … ¿Deseo yo que los creyentes corrijan las iglesias? Les estoy rogando que se corrijan ellos mismos, viviendo en conformidad, en cierta medida, con la esperanza de su llamamiento. Les ruego que muestren su fe en la muerte del Señor Jesús, y que su gloria sea en la maravillosa certidumbre que han obtenido por ella, amoldándose a ella, mostrando su fe en Su venida, y esperarla en la práctica con una vida que se ajuste a los deseos que esta esperanza conlleva.

»Que ellos testifiquen ante el secularismo y ceguera de la iglesia; pero que sean consecuentes en su propia conducta. “Vuestra gentileza [lit., equidad, moderación] sea conocida de todos los hombres”. En tanto que prevalezca el espíritu del mundo, no podrá subsistir la unión espiritual. Pocos creyentes son realmente conscientes de cómo el espíritu que abrió gradualmente la puerta al dominio de la apostasía sigue arrojando su asoladora y funesta influencia en la iglesia profesante. … Creo que Dios está obrando por medios y modos poco conocidos, al “Preparar el camino del Señor, [y] enderezar sus sendas”

—haciendo con una mezcla de providencia y testimonio la obra de Elías. Estoy persuadido de que Él manchará la soberbia de la gloria humana, y que “la altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y solo Jehová será exaltado en aquel día” [Is. 2:17].

»Pero hay una parte práctica en la que los creyentes deben actuar. Pueden poner sus manos en muchas cosas que en sí mismas son *inconsecuentes en la práctica con el poder de aquel día* —cosas que muestran que no tienen su esperanza en el mismo—, *con un amoldamiento al mundo que muestra que la cruz no tiene su gloria apropiada a sus ojos.* … Además, la unidad es la gloria de la iglesia; pero una unidad para asegurar y promover *nuestros propios intereses* no es la unidad de la iglesia, sino *confederación* y negación de la naturaleza y esperanza de la iglesia. La unidad, esto es, la de la iglesia, es la unidad del Espíritu, y sólo puede tener lugar en las cosas del Espíritu, y por ello sólo puede consumarse en personas espirituales. … Pero, ¿qué debe hacer el pueblo del Señor? Que esperen en el Señor, y que esperen según la enseñanza de Su Espíritu, y en conformidad a la imagen del Hijo por la vida del Espíritu. …

»Pero si alguien dice: “Si usted ve estas cosas, ¿qué está haciendo usted mismo?”

Sólo puedo que reconocer profundamente tantas extrañas e infinitas faltas, y dolerme y lamentarme por ellas; reconozco la debilidad de mi fe, pero busco con fervor ser guiado. Y

dejadme añadir, cuando tantos que deberían estar guiando van por sus propios caminos, aquellos que hubieran estado bien dispuestos a seguir se vuelven lentos y débiles, no sea que se aparten del camino

recto y dificultar su servicio, aunque sus almas estén a salvo.

Pero repito con energía lo que he dicho antes —no se puede encontrar la unidad de la iglesia hasta que la gloria del Señor sea el objetivo común de sus miembros,4 la gloria de Aquel que es el Autor y consumador de su fe; una gloria que tiene que ser dada a conocer en su resplandor en Su manifestación, cuando se desvanecerá la apariencia de este mundo.

… El Señor mismo dice: «que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Jn. 17:21-23).

»¡Oh, que la iglesia ponderase esta palabra, y comprobase si su presente estado no impide de necesidad que resplandezcan en la gloria del Señor, y estorba el cumplimiento de aquel propósito para el que fueron llamados! Y yo les pregunto: ¿se cuidan en absoluto de esto o lo desean? ¿O se sienten felices con aposentarse y decir que Su promesa ha fallado para siempre jamás? Lo cierto es que si no podemos decir: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti", deberíamos decir: "Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Jehová; despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados". … ¿Dará Él Su gloria a una división o a otra?

¿O dónde encontrará Él un lugar para que Su gloria repose en medio de nosotros? …

»He ido más allá de mi intención original en este artículo; si en algo he ido más allá de la medida del Espíritu de Jesucristo, aceptaré agradecido la reprensión, y oro a Dios que lo tal sea olvidado.»

4 En escritos posteriores creo que el Sr. Darby hubiera escrito «miembros de Su cuerpo», en lugar de sus miembros (esto es, refiriéndose a ellos como miembros de la iglesia).

El efecto de este opúsculo

Los efectos de estas declaraciones, tan llanas, solemnes y escriturarias, fueron inmediatos y grandes. Encontraron eco en muchos corazones cristianos. Hombres fervorosos de varios lugares, sintiendo cuán imposible era proseguir con el estado de cosas existente en la iglesia profesante, dieron buena acogida a la verdad que así les había sido expuesta, y abandonaron sus respectivas denominaciones. Siguieron en rápida sucesión opúsculos y libros, más claros y completos. En aquellos días de prístina vivacidad y sencillez, las almas crecieron rápidamente en la gracia y en el conocimiento del Señor y de Su verdad. Muchos se preguntaban adónde iría a parar todo aquello. Pero el Señor estaba obrando, y muchos siguieron Su guía.

«Entre aquellos,» dice el Sr. Mackintosh en una carta a un amigo, «que se separaron de las diversas organizaciones había algunos hombres considerablemente dotados, de peso moral, capacidad intelectual e inteligencia —clérigos, abogados, procuradores, oficiales militares y navales, médicos y hombres de elevada posición y posesiones. Su apartamiento, como se puede suponer, causó una considerable agitación, y suscitó mucha oposición.

Muchos vínculos de amistad se rompieron; muchos entrañables lazos de afecto quedaron destruidos; se hicieron muchos sacrificios; se afrontaron muchos dolores y pruebas; se tuvieron que soportar muchos vituperios, infamia y persecuciones. No puedo intentar entrar en los detalles, ni tengo deseo de hacerlo. No serviría a ningún fin útil, y este registro causaría innecesarios dolores. Todos los que vivan piadosamente —todos los que estén decididos a seguir al Señor; todos los que quieran mantener una buena conciencia; todos aquellos que, con un propósito firme de corazón, actúen en base de la autoridad de las Sagradas Escrituras— tendrán que disponerse a soportar pruebas y persecución.

Nuestro Señor Cristo nos ha dicho que no vino para traer paz, sino espada. «¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres.» Y nos anuncia que «y los enemigos del hombre serán los de su casa» (Lc. 12:51-52; Mt.

10:36).5

Muchos creyeron que este movimiento pronto quedaría en nada, porque no tenían una organización definida, ni orden clerical, ni confesión de fe, ni ningún vínculo visible de unión, ningún presidente ni ningún ministro ordenado. Pero el Señor mismo estaba con ellos;

fiel a Su promesa, «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Y allí el Señor estaba para gozo, bendición y edificación de Su amado pueblo. Si le reconocemos el lugar que le corresponde, Él no sólo lo tomará, sino que Su presencia guiará nuestros corazones con un gozo inefable y glorioso. Así fueron ellos fortalecidos y así prosiguió la buena obra del Señor. El evangelio fue predicado con claridad, plenitud y poder. Se escribieron libros y tratados, que fueron ampliamente circulados. Las magnas doctrinas de la iglesia, las operaciones del Espíritu Santo, la esperanza bienaventurada del inminente regreso del Señor, fueron expuestas con gran vivacidad y poder, para elevación de muchos corazones, y para bendición eterna de cientos de preciosas almas.

Pero debemos volver por un momento a nuestro verdadero punto de arranque, Fitzwilliam Square.

Cuando estas cosas se comenzaron a difundir, surgió un gran interés en muchas mentes acerca del verdadero carácter de este movimiento. Los que se aventuraban a sus reuniones 5 *Things New and Old,* vol. 18, pág. 426.

se quedaban asombradas ante la realidad de cientos de personas congregadas sin un llamado ministro, y sin embargo no había confusión, sino que todo se hacía «decentemente y con orden». Uno y otro, sintiéndose convencidos por la verdad, eran, tras un debido examen acerca de la rectitud de doctrina y de la santidad de vida, recibidos a la comunión.

Los concurrentes llegaron a ser tantos que en poco más de un año se encontró que la casa del Sr. Hutchinson no era adecuada para las reuniones.

El primer salón público

El Sr. Parnell —posteriormente Lord Congleton— que parece haberse unido a los Hermanos en 1829, alquiló una gran sala de subastas en Aungier Street para su uso el día del Señor. Su idea era que la mesa del Señor había de ser un testimonio público de su posición. Éste fue su primer salón público; comenzaron a partir el pan en este lugar hacia la primavera de 1830, o quizá el invierno de 1829. Este extraño lugar para el santo servicio del Señor puede ser tomado como muestra de cómo han sido los salones en todas partes del país desde aquel entonces. Para preparar el lugar para la reunión por la mañana del día del Señor, tres o cuatro de los hermanos tenían la costumbre de ir el sábado por la noche para arrinconar el mobiliario. Uno de estos activos hermanos, refiriéndose a su trabajo de sábado de la noche, después de casi cincuenta años, dice: «Estas fueron épocas de bendición para mi alma; J. Parnell, W. Stokes y otros moviendo muebles, y disponiendo la sencilla mesa con el pan y el vino —y que nunca olvidaré; porque desde luego teníamos la presencia del Señor, su sonrisa y aprobación, en un movimiento como el que éste fue.»

Hemos oído a algunos describir sus extraños sentimientos al visitar el salón por primera vez, estando acostumbrados a todo el decoro de «iglesias y capillas», pero lo que oían les era totalmente nuevo, y se recuerda hasta el día de hoy. A estas personas les encanta hablar de la peculiar vivacidad, unción y poder de la palabra en aquel tiempo.

Posteriormente, los Hermanos alquilaron un salón enteramente para su uso, y siguieron reuniéndose en él durante varios años; de modo que llegó a ser bien conocido en Dublín como «el salón de los Hermanos».

Anthony Norris Groves y los Hermanos

Uno de los primeros visitantes de los Hermanos desde una distancia, y cuyo nombre ha quedado relacionado con sus comienzos, fue el Sr. Anthony Norris Groves. Debido a la insuficiencia de datos, incluso en sus *Memorias*, es difícil averiguar con certidumbre cuándo se encontró por primera vez con los Hermanos en Dublín, o con cuanta frecuencia.

Después de haber cotejado al máximo las fechas de las cartas, creemos que lo que sigue es sustancialmente correcto.

Este amado y devoto hombre había sido un dentista de éxito en Exeter; pero desde un período temprano en su vida había recibido un

llamado para salir al exterior como misionero. La siguiente conversación, tal como él mismo la relata, muestra un corazón con una devoción casi ascética a su objeto: «El Sr. Bickersteth,» cuenta él, «vino a visitarme, y en nuestro salón comedor en Exeter le hablé de mis circunstancias. Le hablé que me había ofrecido a la sociedad hacía diez años; y que todo mi deseo era hacer la voluntad del Señor y el mayor bien a la iglesia en general, pero más especialmente en aquel tema a cuyos intereses me había comprometido — *la causa de las misiones.* Pero esto, le dije, se podía hacer de dos formas: primero, *dando de los propios recursos;* segundo, *por el esfuerzo personal.* Desde la primera perspectiva tengo unos ingresos personales, y este año he

conseguido casi *mil quinientas libras,* y la querida Sra. Groves, a la muerte de su padre, tendrá muy probablemente diez o doce mil libras más; todo ello, naturalmente, desde mi perspectiva actual, se desvanecerá en el momento en que tomemos el paso que contemplamos. La respuesta del Sr. Bickersteth fue: "Si usted es llamado a la obra del Señor, el dinero no puede ser empleado como compensación; es a hombres que el Señor envía, y Él necesita más a los hombres que el dinero". Pensé que su parecer era sabio y santo, y así lo pienso hasta el día de hoy.»[6]

Aunque no tenemos fechas en cuanto a cuándo tuvo lugar esta conversación, deducimos por una carta a un amigo que no fue posterior a marzo de 1827. Escribiendo con fecha del 2 de abril de 1827, dice él: «La muerte del padre de la Sra. Groves, hace unas tres semanas, nos ha facilitado mucho el camino en algunos respectos; pero ha puesto algo de aquel mortífero corruptor del corazón humano —dinero— en nuestro camino, en circunstancias sobre las que no tenemos control. Orad por nosotros, por ello, para que glorifiquemos al Señor con cada céntimo.»

Pero debido a que la Sociedad Misionera de la Iglesia[7] exigía que todos sus misioneros tuvieran una educación universitaria y que fuesen debidamente ordenados para el ministerio, el Sr. Groves tuvo que abandonar sus deberes profesionales y dirigir su atención al estudio de la teología. Pero no era necesario que residiera en Dublín durante sus estudios, sino que compareciese en la universidad allí dos o tres veces al año para exámenes para comprobar su progreso. Fue durante estas visitas periódicas que llegó a conocer a los Hermanos. Como cristiano, partió el pan con ellos en Fitzwilliam Square, siendo que entonces la congregación estaba radicada allí. Este fue su grado de

involucración con la joven comunidad. La realidad es que nunca estuvo de acuerdo con sus principios eclesiásticos ni con el terreno que habían asumido de separación de todos los sistemas religiosos a su alrededor. En el año 1828, el Sr. Groves tuvo una larga conversación con algunos de los Hermanos acerca de la cuestión de las Misiones y de la Iglesia, pero por lo que respecta a la naturaleza de ésta, no pudieron ponerse de acuerdo. El Sr. Groves contendía calurosamente que la cizaña iba a crecer en la iglesia hasta el fin, lo que los Hermanos resistían enérgicamente como antiescriturario y como necesariamente opuesto a toda sana disciplina: «el campo es el mundo», y no la iglesia.8

Ésta fue probablemente la última vez que se reunieron antes que él partiera para Bagdad. Durante estas visitas a Dublín había tenido lugar un gran cambio en su mente acerca de la necesidad de una educación universitaria y de una ordenación ministerial para la obra del ministerio. Abandonó su vinculación con la Facultad, consideró que sus preparativos y visitas a Dublín eran una pérdida de tiempo, y recomendó a todos los misioneros que salían al extranjero que se evitasen los dictados de las frías formalidades de un comité. El Sr. Groves y su grupo se embarcaron en Gravesend rumbo a Bagdad el 12

de junio de 1829, y arribaron allí tras un azaroso viaje el 6 de diciembre.

Aunque consideramos que la abnegada devoción del Sr. Groves para la extensión del cristianismo entre los paganos bien merece un tratamiento extenso en todas las historias de la iglesia —y ninguna pluma podría escribir de manera adecuada acerca de lo determinado de su propósito— éste sin embargo no es nuestro objeto en esta obra. En varios apresurados e inexactos bosquejos acerca del origen de los Hermanos que han sido objeto 6 *Memoirs of A. N. Groves,* pág. 23.

7 En inglés, *Church Missionary Society*, de la Iglesia Anglicana.

8 Véase este tema considerado en la obra *Church History* [Historia de la Iglesia] de este mismo autor, vol.

1, pág. 22.

de nuestra atención, se ha mencionado al Sr. Groves como el que sugirió por primera vez la idea de reunirse para partir el pan sin la

presencia de un ministro. A partir de esta equivocación algunos lo han designado como el «fundador» de los Hermanos, y algunos como el «padre» de los mismos, pero esta conclusión no está en absoluto respaldada por los hechos. Es bien posible que algunos de los primeros Hermanos haya recibido provecho de la relación que él tuvo con ellos, especialmente por lo que respecta a la Iglesia Establecida y a la ordenación; pero ellos habían estado reuniéndose para el culto y la comunión antes que el Sr. Groves los conociera, y estamos plenamente seguros de que él nunca tuvo una verdadera simpatía con el curso de conducta que habían adoptado.

Volvemos ahora a seguir brevemente, aunque con escasos materiales, la extensión de estas verdades.

CAPÍTULO 2

LAS REUNIONES DE LECTURA

l Sr. Darby, que parece desde el principio haber sentido un gran amor por llevar la verdad de Dios de lugar en lugar, poco después de la formación de la E congregación en Fitzwilliam Square se mudó a Limerick. Este fue el primer lugar que visitó; y con un espíritu verdaderamente apostólico prosiguió firmemente durante cincuenta años, y nunca con mayor intensidad que durante los últimos diez o quince años de su vida.

En la providencia de Dios tuvo una visita de gran interés en Limerick; el Señor le abrió la puerta para el ministerio de la palabra. Celebró reuniones de lectura a las que acudían muchos de la pequeña aristocracia y del clero, y la verdad tuvo entrada entre ellos por la bendición de Dios. El Sr. Maunsell, que vivía allí, trabajó con él, y fue el hermano activo durante un largo tiempo en aquel lugar. Por cuanto las reuniones de lectura han sido un medio principal empleado por los Hermanos para introducir y extender la verdad, podemos observarlos brevemente antes de proseguir.

En base de su historia primera es evidente que las reuniones de lectura, según se las denomina, han sido una forma de enseñanza practicada universalmente; y, sin ningún género de dudas, han sido grandemente empleadas por el Señor para dar un conocimiento preciso y extenso de la Palabra divina. Muchos cristianos tanto en la Iglesia Establecida como entre los No Conformistas, que acudían a la casa de un amigo, pudiera ser a media mañana o por la tarde, para leer y estudiar la Palabra de Dios, se habrían negado a entrar en ningún lugar público de culto que no fuera el propio de ellos. De esta manera, la Palabra de Dios es leída de forma intensa por pequeños grupos de veinte, treinta o más personas; y siendo que todos son libres de hacer preguntas, las dificultades se aclaran, y se ve con más claridad el verdadero sentido de la Escritura. Al ser estas reuniones consideradas de instrucción (no de iglesia), todos tienen libertad para expresar qué luz el Señor les haya dado el Señor acerca de la porción sobre la que están meditando.

De esta manera, cada uno encuentra su nivel, porque es sólo aquella persona que conoce más de la Palabra que crece moralmente. En esta clase de reuniones, el mismo arzobispo de Canterbury no encontraría ventaja alguna de su dignidad oficial, sino que tendría que tomar su puesto según su conocimiento de la pura Palabra de Dios. Hablando en general, este es necesariamente y siempre el resultado. El

discernimiento espiritual de la congregación, por medio de la presencia del Espíritu Santo, es tan sensible que las opiniones o razones humanas son sumamente ofensivas y no tienen peso; pero en el momento en que se da el verdadero significado de la Palabra, se tañe una cuerda que vibra por toda la congregación. Aunque la verdad no tiene su propio poder, es empleada por el Espíritu Santo para llevar al alma que espera a que sienta su divina autoridad. Es la palabra que corta cuando Él la blande, y el vino y aceite para la conciencia herida cuando Él la aplica. Ninguna otra clase de reunión, como se verá, estimula tanto al cristiano a estudiar constantemente su Biblia; y esto puede explicar el dicho proverbial de que: «Sean cuales sean los defectos de los Hermanos, desde luego conocen la Biblia».

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 19

Y el verdadero secreto de su conocimiento de la Biblia es su conocimiento de Cristo. El Espíritu Santo, que conduce a toda verdad, relaciona todo con la Persona y la obra de Cristo. Es cosa meramente humana, dicen, considerar cualquier verdad concreta como un tema. En tales casos, la *mente* toma el mando en el aprendizaje de la verdad de Dios, y, como consecuencia, todo queda oscurecido y desequilibrado. No es mediante un aprendizaje humano, ni por el poder del intelecto humano, que se contempla la gloria de Cristo, sino por la enseñanza del Espíritu Santo. Un rayo de esta sagrada luz hará más para iluminar el alma respecto a la Persona, obra y gloria de Cristo, que las operaciones de la mente humana durante mil años. Y ahí reside la poderosa diferencia entre una reunión de lectura dirigida bajo la dirección de un líder designado, por sincero o espiritual que sea, y otra bajo la guía reconocida del Espíritu Santo. El estado de mente individual es muy diferente entre una y otra reunión. En la primera participa más de una disposición intelectual —se está dispuesto a discutir, a inferir, a sacar conclusiones y a edificar sobre ellas. En la segunda, cuando el alma es susceptible a la conducción del Espíritu Santo, la conciencia es ejercitada ante Dios, y los afectos quedan prendidos del bendito Señor Jesús. No se trata ahora acerca de que un grupo u otro no sean verdaderos cristianos, devotos y separados de lo mundano, sino acerca de a quién se considera como el director de la reunión. Tenemos amplia experiencia de ambas clases, y podemos hablar con certidumbre acerca de esta cuestión.

Pero hay otro punto, importante, que se mantiene en relación con todas estas reuniones: que la paz con Dios es necesaria para la edificación. Todos los cristianos experimentados lo admitirán, porque

hasta que el alma tenga una paz fundamentada, se ocupará de sí misma, y no de Cristo. Dudas y temores acosarán, mientras que Dios quisiera que Sus hijos estén sin distracciones. Esta paz implica la plena certidumbre del perdón y la aceptación en el Amado. Delante de Dios en la plena y prístina luz de Su presencia, al ser uno con Cristo, Dios no tiene nada contra nosotros. Y por cuanto Cristo es nuestra paz, y está siempre ahí, y nosotros en Él, esta paz está asentada y es eterna; o, como lo expresa el apóstol de manera sucinta: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»

(Ro. 5:1, 2). Estas cuatro cosas —ser justificados, tener paz, estar en la gracia, y esperar la gloria —son consideradas como verdades fundamentales del cristianismo, necesarias para la feliz comunión como santos, y para el crecimiento en la vida divina. Y a menudo hemos pensado por conversaciones personales con otros que este conocimiento es común a la comunidad. Personas que podrían ser consideradas obtusas e ignorantes en cualquier otra cosa son inteligentes y sanas acerca de la cuestión de la paz con Dios, y responden acerca de ello con la mayor certidumbre. No cuestionaremos que pueda haber excepciones a esta regla general, pero creemos que no hay muchas.

Pero se podrá preguntar, ¿por qué son tantos los logros, y tanto el precioso conocimiento, como muchos dirían, en común a una comunidad compuesta de tal diversidad de personas respecto a edad, inteligencia y condición social? Desde luego, no se debe a que sean mejores que otros cristianos, sino debido a que el Espíritu Santo es reconocido como el director y maestro en sus asambleas, y ello por quienquiera que *ÉL*

quiere, y no por quienquiera que *ellos* quieran (1 Co. 12:11). Puede que haya faltas por parte de algunos al no ser conscientes de esta verdad, y una medida de estorbo a la acción del Espíritu; sin embargo, es Su presencia la que constituye sus asambleas y que las caracteriza como cristianas. En lugar de un clericalismo en su forma menos ofensiva, creen en la presencia y acción soberana del Espíritu Santo, y esto según la palabra del Señor: *Historia de los Hermanos* - Andrew Miller

Pág. 20

«Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no

me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. … Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber» (Jn. 16).

Ésta es la gran verdad central que caracteriza a las reuniones de estos creyentes, reunidos al nombre del Señor, y contando con el Espíritu Santo en conformidad con la Palabra revelada. Con tanta firmeza creen ellos que el Señor exaltado ha enviado el Espíritu Santo para obrar en y guiar Su asamblea, que no considerarían correcto estar presentes en cualquier reunión de la asamblea cuando una persona ocupase el estrado como líder. Pero los Hermanos mismos no vieron al principio esta verdad con claridad; por un cierto tiempo consideraron necesario tomar algunas disposiciones, o tener algún entendimiento entre ellos, acerca de quién debería partir el pan o dar una plática. Sus primeros prejuicios estaban demasiado profundamente arraigados para que fuesen erradicados en el acto; y el Señor, en Su bondadosa gracia, dispuso que fuese gradualmente. Estaban sobre el terreno correcto, y moviéndose en la dirección acertada, y Dios tuvo paciencia con ellos, como siempre la tiene con la ignorancia honrada.

Nuestros recuerdos de la primera

Reunión de lectura a la que asistimos

Al no tener mucho tiempo para esta clase de reuniones durante el día, las clases obrera y media aprovechaban su tiempo libre al atardecer para el estudio de la Palabra. Bien recordamos la primera, o una de las primeras, de estas reuniones a las que comenzamos a asistir. Fuimos invitados por un amigo cristiano a encontrarse con unos pocos cristianos en su casa para un té social y una lectura, y así acudimos la tarde en que habíamos sido invitados. Al observar a los amigos que se reunían, nos sentimos sorprendidos al ver lo llanamente vestidos que iban y por la ausencia de adornos. El tema de la conversación antes del té parecía ser sólo ellos mismos, o más bien, la obra del Señor en sus diferentes reuniones. En cuanto a las noticias generales, no se mencionaba nada, y la mención de cuestiones políticas hubiera parecido claramente profana. Los Hermanos, como cuerpo, no se registran, y nunca votan en elecciones.

Pero el té está listo; y toda la compañía se sume en un profundo silencio. Algún hermano, tras una breve pero clara pausa, pidió la bendición del Señor. Todos se mostraron muy libres y alegres durante el té; algunos estaban sentados y ocupados en conversaciones, otros andando por uno y otro lado con el propósito de hablar con tantos como pudiesen. Esta fue una parte muy feliz de la reunión, y duró hasta casi las siete de la tarde —una hora entera. Cuando terminó el té y llegó el tiempo para la edificación, cada uno se buscó un asiento, con una Biblia y un himnario a la mano. Todos habían acudido provistos de ambos libros. De nuevo hubo una pausa y una perfecta quietud. Después de esperar un poco se cantó un himno y se ofreció una oración pidiendo la presencia del Señor en luz y bendición.

El cabeza de la casa dijo ahora: «Si algún hermano tiene una porción de la palabra en mente que quisiera leer, tiene libertad de decirlo». Esta parecía una parte muy responsable de la reunión, y hubo una larga pausa. Al final, se citó un capítulo, y todos abrimos nuestras Biblias por él. Se leyó aquella porción, y se mantuvo un libre intercambio de pensamientos acerca de su significado, relaciones e importancia hasta alrededor de las nueve de la noche. Casi todos los hermanos tenían algo que decir acerca de alguna parte *Historia de los Hermanos* - Andrew Miller

del mismo; otros se contentaban con hacer preguntas; pero pronto se hizo evidente quién estaba más ricamente instruido en la Palabra, por cuanto las preguntas se fueron dirigiendo a él. Después de un himno y una oración, la compañía se dispersó hacia las diez de la noche. Pero hubo una pausa clara entre cada parte del servicio, dejando al Espíritu Santo con libertad para usar a quien Él quisiera, aunque no se trataba de una reunión de asamblea.

Desde alrededor de las cinco y media hasta las nueve y media, pareció que estábamos en una atmósfera puramente espiritual, lo que tuvo un gran efecto sobre la mente. No hay manera de saber si todos lo sintieron así; hablamos sólo de lo que nosotros experimentamos. A partir de aquel momento, la Biblia vino a ser como un libro nuevo, la oración como algo renovado, la cercanía a Dios una realidad más clara que nunca, aunque habíamos conocido al Señor más de veinte años, y habíamos sido felices en Él y en Su servicio todo aquel tiempo. No había necesidad de presidente en una reunión así; el sentimiento de la Presencia divina era tal, que la menor impropiedad, o cualquier manifestación carnal, habría sido intolerable. El sentido espiritual de los así reunidos hubiera señalado su desaprobación de una manera inequívoca al intruso.

Esto podría considerarse como un ejemplo objetivo de estas reuniones en aquel tiempo, en el segundo cuarto del siglo diecinueve. Ahora puede que haya más multitudes, y tememos que se puede observar un mayor elemento del mundo en sus reuniones, por mucho que lo podamos lamentar. Pero incluso hasta el día de hoy muchas de las reuniones sociales y de lectura soportarían la comparación con el acabado de describir. Sin embargo, hemos de decir de algunas personas, como un hermano dijo de alguien hace mucho tiempo, «todavía no ha llegado el tiempo de hacer la muda».

Habiendo dicho todo esto acerca de las reuniones de lectura y acerca de su valor, parece necesario añadir que hay muchos de gran peso moral en estas congregaciones, que puedan no poder tomar mucha parte en estas reuniones; pero la piedad de sus vidas, su servicio como pastores del rebaño, y su espíritu cristiano, los encomiendan a la estima y afecto de todos. Debemos también añadir, aunque con profundo dolor, que estas reuniones han sido empleadas también para los peores propósitos del enemigo. Se puede congregar a un grupo cuidadosamente seleccionado y un capcioso falso maestro puede insinuar malas doctrinas, y las notas tomadas por sus partidarios pueden circular con gran profusión.

Pero, ¿qué cosa buena no hay que el enemigo no trate de corromper,

si no puede impedirla? ¿O que la carne no vaya a abusar, incluso en un cristiano? Incluso en los días del apóstol hubo un «Diótrefes» que gustaba de tener la el primer lugar; y estos hombres aun existen (3 Jn. 9).

El estudio con oración de la Palabra de Dios

Al dar así nuestros recuerdos de una reunión de lectura, tengo un doble propósito a la vista. 1. Presentar un relato verdadero y fiel de cómo los Hermanos se daban al estudio de la Palabra de Dios con oración, bajo la conducción del Espíritu Santo, y aparte de toda perspectiva teológica preconcebida. No podríamos hablar de la gran bendición que se deriva de tales reuniones. No se trata de que las reuniones de lectura sean siempre provechosas; al contrario, si no hay una verdadera sujeción a la verdad, pueden ser muy problemáticas. La pobre, débil e inquieta naturaleza puede ocasionalmente exhibirse en la congregación, y hacer de ella cualquier cosa menos feliz y provechosa. Pero esto es fracaso y flaqueza, a pesar de la presencia del Espíritu Santo, así como un cristiano

individual puede fallar aunque el Espíritu Santo habita en él. Hablamos de las reuniones de lectura tal como debieran ser.

2. Llamar la atención a la diferencia entre tales reuniones y aquellas con las que estábamos anteriormente familiarizados. Y esto querríamos hacerlo, con todo amor y con el más sincero y fervoroso deseo de que los queridos amigos cristianos quieran considerar con imparcialidad cuál está más en conformidad con la mente del Señor. Después de la conversión, la mayor bendición que puede recibir un alma en esta vida es ser llevada por Él al terreno divino para la comunión y el culto. De las reuniones que conocíamos con anterioridad, la que se parece más a la reunión acabada de describir recibía el nombre de

«Reunión de Compañerismo».9 Esto puede consistir en una docena o más de cristianos fervientes de la misma denominación, y que viven no demasiado lejanos, y que acuerdan reunirse una vez a la semana o al mes, para oración y lectura de la Palabra. Se escoge un presidente, que escoge los himnos, ora, lee la porción de la tarde, y hace unas cuantas consideraciones introduciendo la Palabra; los primeros veinte minutos pueden ser tomados enteramente por él. Ahora se espera de los demás que den sus opiniones, y todas las observaciones tienen que

dirigirse al presidente.

No nos cabe duda alguna de que esta clase de reuniones tiene la tendencia a alimentar la comunión cristiana y la piedad personal, pero carecen de la luz y poder vivientes que revelan a Cristo al alma y que la transforman a Su imagen. Aunque sin intención de ello, el Espíritu Santo queda desplazado en la práctica, y la mente queda en la oscuridad causada por la falta de una sencilla dependencia del Señor. Luego se anuncia la porción para la siguiente reunión, y se espera que el presidente designado la estudie bien.

La única otra reunión que nombraremos es «la reunión social del té». Se selecciona a los invitados, que son convocados por el hermano en la casa del que tiene lugar la reunión.

A veces puede haber una mezcla de ricos y pobres, según la voluntad del anfitrión.

Después del té puede haber una conversación general, o círculos de conversación mientras otros disfrutan de algo de música. Nadie ha pensado en llevar consigo una Biblia ni un himnario, pero alrededor de las 9 de la arde se observaba el culto familiar. Se traía la gran Biblia a la mesa, y se pedía a alguien que oficiase, generalmente el ministro si estaba presente. Se leía un capítulo, y se elevaba una plegaria, y luego todos reanudaban su libre y cómoda actitud y conversación general, hasta que eran llamados a cenar. La hora de despedirse dependía un poco de la animación de la reunión o de la cordialidad del anfitrión. Difícilmente se podría considerar una reunión espiritual; sin embargo, tenía un buen objeto, en cuanto reunía socialmente a los miembros de una congregación y cultivaba un sentimiento fraternal entre ellos.

Los más familiarizados con esta clase de reuniones estarán bien dispuestos a testimoniar que los hemos descrito de la manera más positiva y a la mejor luz; no hay nada más lejos de nuestra intención de decir una palabra que haga dolerse a la mente más sensible. Nuestro objeto no es alabar a los Hermanos, sino buscar la gloria del Señor en la bendición de todo Su pueblo, y exponer y alentar a todos los cristianos a la adopción de estos medios que Él ha bendecido de manera tan rica para edificación. La bendición de Dios reposó evidentemente de la manera más abundante sobre aquellos que estaban así reunidos al nombre del Señor Jesús.

9 En inglés, Fellowship Meeting.

Los varios medios de difundir la verdad Además del estudio con oración de la Palabra de Dios, estos creyentes mostraban un gran celo por predicar el Evangelio a los pecadores; y en base de su creciente conocimiento de la obra consumada de Cristo y de las riquezas de la gracia divina, se predicaba con claridad, plenitud y poder; y muchos en diferentes lugares fueron llevados a conocer al Señor. Tanto celo mostraban en difundir las buenas nuevas que en algunos lugares casi cada hermano se transformó en un predicador. También los más instruidos impartían enseñanza o conferencias sobre las Escrituras a cristianos. La importante distinción entre predicar el Evangelio a los inconversos y enseñar a cristianos, como ahora se practicaba, era algo totalmente nuevo. El don y la obra del evangelista son totalmente distintos del caso del maestro; pero en la iglesia, de manera general, no se había actuado siguiendo esta distinción, exceptuando siempre la era apostólica. Poco después del gran Avivamiento en 1859 comenzaron a celebrarse servicios evangelísticos especiales en salones públicos, y nunca han cesado desde entonces. La misión evangelística de los Srs.

Moody y Sankey a este país en 1873-1875 fue una derivación del Avivamiento Americano; pero, por extraño que parezca, esta misión adoptó más la actitud de evangelizar en las denominaciones que a los de fuera.

Otro medio adoptado para extender la verdad fue la redacción y difusión de libros y tratados. Esto se hizo a gran escala. Al recibir una luz renovada de la Palabra de Dios acerca de cualquier cuestión importante, ésta era inmediatamente incorporada en un tratado, que era luego publicado. De esta manera no sólo se suplía *instrucción,* sino también *alimento* para el alma, recién salidos de los inagotables tesoros de la verdad divina. En un tiempo relativamente breve, el público tuvo en sus manos, y a bajo coste, los medios para familiarizarse con la Palabra de Dios, especialmente con aquellas verdades que estaban entonces atrayendo la atención de miles de personas. Podríamos hablar de muchos tratados que fueron escritos y que fueron apareciendo con las magnas doctrinas de la iglesia, el llamamiento celestial, las operaciones del Espíritu, el ministerio, el culto, la profecía, la eficacia de la redención, las vinculaciones celestiales del cristiano, la venida del Señor, el arrebatamiento de los santos, la primera y segunda resurrección, etc., etc.

De esta manera y por estos medios se difundía la verdad de manera rápida y amplia.

Estos creyentes poseían evidentemente una gran ventaja sobre los cuerpos populares de lo que se designa como *ministerio laico.* Al ser la ordenación absolutamente esencial para el ejercicio del ministerio en estos cuerpos, la obra quedaba necesariamente limitada a los pocos autorizados. Los Hermanos siempre han mantenido que este sistema de ministerio está opuesto a la verdad de Dios, y en muchos casos resulta ruinoso en su funcionamiento.

Por ejemplo, un hombre educado, aunque destituido de dones espirituales, y quizá incluso de vida espiritual, puede sin embargo, si está debidamente ordenado, ejercer cualquier rama del ministerio en la denominación a la que pertenece; en cambio, si un cristiano posee los más evidentes dones de predicación y enseñanza, no puede ejercer ni lo uno ni lo otro dentro de la jurisdicción de la iglesia excepto si es autorizado por la autoridad humana.

Felizmente para ellos, para la iglesia de Dios y para las almas de los hombres, descubrieron la verdadera fuente de ministerio, en todas sus ramas, en Cristo mismo la Cabeza glorificada en el cielo. «a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, Y

dio dones a los hombres. … Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef. 4:7-12). Aquí tenemos la

verdadera base y la única fuente de todos los dones ministeriales —la redención cumplida por Cristo en la cruz, y Su ascensión a la diestra de Dios en el cielo. Cristo como Cabeza de la iglesia es el Dador de estos dones; nada se dice de autoridad humana ni de ordenación humana. La iglesia profesante ha padecido de manera inmensa por sus ideas tradicionales acerca del ministerio, considerándolo como una profesión honrosa entre los hombres y dándole una cierta *posición* en la sociedad; mientras que el don ministerial es aquí denominado *gracia,* que es ciertamente poseía por todos los que aman a la iglesia y se cuidan de sus miembros, o que buscan ganar nuevas almas mediante el evangelio.

Antes de concluir este capítulo, desearía reproducir una carta escrita hacia el mismo tiempo que el resto del libro, aunque no es de su autor; una carta que describe la reunión más amada de todas por el corazón del pueblo de Dios, reunidos a Su solo Nombre:

«Porice Park,

27 de noviembre de 1891

«Querido Hermano—

Su carta del 22 llegó anoche y la he recibido con mucha alegría. … Respecto a la cuestión que usted menciona, ha estado también durante mucho tiempo en mi corazón.

Tengo unos fuertes sentimientos acerca de ello, pero no estoy seguro de poder expresar de manera correcta lo que siento. Hay reuniones que están entre mis recuerdos más preciosos, cuando uno casi podía ver o tocar a Aquel que estaba presente con aquellos reunidos a Su Nombre. Recuerdo una reunión en que el espíritu de adoración nos embargó de tal manera que mientras cantábamos un himno de adoración, las voces cesaron una tras otra, hasta que sólo dos se oyeron al final de la estrofa —los corazones estaban demasiado llenos para hablar, y la emoción más allá del control físico.

Pero, ¡cuántas veces dejamos el local y la hora de adoración con una sensación de desilusión! Hemos "disfrutado de la reunión", como decimos, y puede que hayamos sido edificados —pero faltaba algo, y este "algo" era algo debido a Dios y que no habíamos ofrecido. Es difícil hablar acerca de ello, pero no el sentirlo y reconocerlo. Como en un ramo de flores, o en un fruto, pueden estar ausentes un aroma y una fragancia que el ojo no puede ver, pero toda la hermosura que el ojo capta no puede compensar esta pérdida.

Ahora le daré mis pensamientos acerca de la adoración y acerca de la reunión de la mañana, que espero que sean conforme a Su Palabra, pero no siempre citaré los pasajes, y dejaré que lleve a los mismos, si le agradan, la delicadeza de la fragancia —el sabor de las cuatro "especias principales" que eran sólo para Dios —la composición que no podemos hacer para nosotros, sino que es "sagrada para Jehová". Pero, observemos, esta

"composición" la hacemos para Él. Se trata ciertamente del siempre bendito Señor Jesús

—el propio Hijo de Dios—, pero el incienso se levanta cuando el

sacerdote lo pone sobre el fuego tomado del altar de bronce, este perfume de cuádruple composición, bien molido y quemado sobre el altar de oro junto al velo.

Pongamos el símbolo en términos del Nuevo Testamento y tendremos el fondo de la respuesta a su pregunta. Quizá el resto de mi carta lo incluya. Establezcamos primero unas definiciones, comenzando desde nuestro lado, o desde nuestro acercamiento a Dios —

desde "pecadores salvos" hasta nuestra posición ante Dios "en el lugar Santísimo".

Antes de llegar al primer punto se trata de "todo del yo" y nada de Dios: pero cuando somos adoradores es todo de Dios y nada de nosotros.

Pero cuando "nacemos de nuevo" recibimos una sensación de necesidad, y pedimos lo que necesitamos; esto es, *oramos.* Luego, al abundar Sus misericordias y llegar a la

conciencia de Su amante reconocimiento y provisión de nuestra necesidad, le *agradecemos* las misericordias recibidas.

Aprendiendo más de nuestro Dios —el Padre del Hijo, por medio del Espíritu, reconocemos "Su grandeza—Su gloria", las glorias de la creación y de la redención, también de la preservación, y así *alabamos.* Hay todavía otra cumbre —estamos conscientes "en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo" y ante nosotros tenemos a *Dios.* Nos inclinamos ante Él (la palabra *adoración* significa primariamente una genuflexión o prosternación, como en Mt. 2:11), por lo que Él es en Sí mismo —el yo queda olvidado, de modo que no oramos ni presentamos acciones de gracias: adoramos, *reverenciamos.* Ésta será nuestra feliz ocupación en el cielo —en nuestra debilidad aquí más bien aspiramos a ello que lo alcanzamos. Nuestra *adoración* aquí irá mezclada de *alabanza*, su pariente más próximo, y a menudo también con recuerdo del yo —lo que Él ha hecho por nosotros, y por ello también *damos gracias;* y bajando más llegamos a la *oración* —pero si nuestros pensamientos se han movido juntos, distinguiremos entre una y otra actividad. La cruz, esto es, el altar de bronce, es la base de todo. Ahí acude el sacerdote y toma del fuego, esto es, del juicio de un Dios santo sobre el pecado, como ha sido soportado por Su Hijo, nuestro Salvador. Este fuego puede ser depositado sobre Su propia intrínseca

santidad, y sobre él se dispone el incienso, y el perfume del mismo es la porción de Dios. Y cuando en el gran día de la Expiación en Sumo Sacerdote entraba más allá del velo, con sus manos llenas de incienso molido (manos llenas significa consagración), su humo le protegía del juicio del Santo de Israel, mientras presentaba a Israel a su Jehová.

Sólo para aplicar estas cosas a nuestra reunión de la mañana. Pero primero, como ejemplo escriturario, contemplemos Salmos 28, 29 y 30, y vinculemos el primero con la oración, el segundo con la adoración y el 30 con la alabanza.

Acudimos a recordar al Señor Jesús —los símbolos son un memorial de Él: el maná, —

Su carne, —Su sangre, —son símbolos que Él emplea de Sí mismo. Él toma asimismo el pan y la copa —y parte el pan —separa la copa del pan, e invita a Sus discípulos a repartirlo entre ellos. Estos actos hacen que estos símbolos nos sean recordatorio, no sólo del Señor Jesús en Su persona, sino que comer el pan partido y el participar de la copa, son proclamación de Su muerte. De modo que la Cena del Señor es el recuerdo de nuestro Salvador —de nuestro Señor Jesús— en Su muerte. Este es el pensamiento primordial de la reunión, y nada debería interferir con él ni nublarlo.

Pero no podemos pensar en Su muerte sin asociarla con el propósito y resultados de la misma, y estos en relación con Dios y con nosotros. ¿Podemos hacer nada mejor que seguir a nuestro mismo Señor en el Salmo 22 y en el 102? Él padece bajo la mano de Dios, pero le glorifica, le alaba, pero como el Director en la gran congregación; el resultado final se ha de manifestar todavía en Su Señorío sobre la tierra, y en la bendición a sus gentes.

No tenemos reglas dadas para la reunión, sino sólo como se nos enseña de forma general en Hechos 20 y en 1 Corintios 14 —de modo que nuestros sentidos espirituales han de estar despiertos y alertas para hacer todo lo idóneo y excelente u ordenado en nuestro papel. Si tenemos en mente el *propósito* de la reunión, y si somos conscientes de la invisible Presencia y estamos sujetos a Su Espíritu (y por *nosotros* me refiero a cada uno de los presentes), estaremos juntos a la hora señalada —esperando en el Señor. La *asamblea* alabará o adorará, expresando juntos en un himno de alabanza o de adoración, o mediante una voz en expresión audible.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

El Evangelio de Su gracia, por inexpresablemente precioso que sea, no vendrá a la mente. Las pruebas del camino, nuestra peregrinación, serán olvidados. No tenemos necesidades, ni deseos. El corazón está *lleno,* y *rebosa* —la asamblea *tiene* que alabar o adorar —puede estar en silencio, o en voz: no importa. Así, con un solo corazón,

“unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Jesús está ante nosotros —Su Persona — Su muerte — nuestras “manos llenas” de Él —

molido— porque la comprensión de uno puede ser mayor que la de otro, esto no importa ahora; no se trata de *cuánto* de Jesús pueda yo recibir; estoy lleno, por poco que pueda contener de Él. El anciano y probado santo, que ha andado años con Jesús y le conoce íntimamente —el “padre”—, queda lleno; el recién nacido que acaba de emprender su camino queda lleno —no se trata de capacidad ahora: sino de *Jesús* que llena cada capacidad, sea ésta grande o pequeña. ¡Oh, cómo mi corazón anhela estar ahora en esta reunión! ¿Puede haber una *regla* — un orden de ritual para una reunión así? Un himno —

una voz expresando la adoración de la asamblea; una porción de Su dulce Palabra que nos hace gozar tanto más de la conciencia de Su presencia, todo esto puede preceder o no al solemne cumplimiento del un rito que *si* que está ordenado. Ahora “damos gracias” —

todos nosotros — la asamblea — al ponerse uno en pie para pronunciarlas por nosotros.

No sé quién —si hay alguien dotado, que dé más tiempo, no sea que interfiera entre el Espíritu Santo y Su elección de portavoz.

Si el Espíritu Santo es dejado libre para mover a la asamblea, Él escogerá aquel aspecto de Jesús que sea apropiado —porque no podemos contemplarlo en *todas* Sus glorias de una vez. Luego el himno — la Escritura — la expresión de la adoración de la asamblea, todo ello estará en armonía con el tema escogido. No se precisa de ningún arreglo previo

— sólo de esperar verdaderamente en Él. Y el período después de la reunión mostrará también armonía respecto a ello: la palabra, si se da alguna, para edificación o exhortación, no atacará a ningún corazón. Es siempre una reunión hacia Dios, y por ello no es lugar ni ocasión para ejercitar los dones —mucho menos para una larga arenga o sermón.

Si lo he bosquejado de manera correcta, no caeremos en una rutina de una forma o procedimiento largamente continuados. Tampoco hay regla alguna acerca de dirigirse al Padre o al Hijo a la mesa; que sea como el Espíritu dirige. Hay sólo *una* regla, y es la de estar sujetos al Espíritu. Y luego que todas las cosas sean hechas "decentemente y con orden". Él empleará a aquel que Él escoja, Dios será adorado — nuestro Señor Jesús será recordado, y el santo dejará el lugar como uno que ha tenido un paladeo del cielo.

Pero, cuán infrecuente es una reunión así: porque si hay alguien que no esté " e n sintonía" con el tema del Espíritu, la armonía queda afectada, quizá echada a perder.

Especialmente si el tal toma parte audible, dando un himno no apropiado para la ocasión o una porción de la Escritura no ajustada al tema, u ora, por cuanto no está en disposición de adorar.

Entonces, ¿qué hará el adorador? Nada, sino poseer su alma en paciencia —unirse a ello cuando lo pueda hacer, y cuando no pueda, estar a solas con Dios.

… En el amor de Cristo a usted …

C. H. H.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 27

CAPÍTULO 3

EL ORIGEN DEL TÍTULO—

«LOS HERMANOS DE PLYMOUTH»

ntre las muchas reuniones que surgieron por todo el país en aquellos primeros tiempos, una en Plymouth se mostró como la más destacada. «Hacia el año 1831,»

E escribe el Sr. Darby en una carta a un amigo, «acudí a Oxford, donde se abrieron muchas puertas, y donde encontré al Sr. Wigram y al Sr. Jarratt. Posteriormente, al visitar al Sr. F. Newman conocí al Sr. Newton, que me pidió que fuese a Plymouth, lo que hice.

Al llegar entré en contacto con el Capitán Hall, que estaba ya predicando por las aldeas.

Teníamos reuniones de lectura, y antes de mucho tiempo comenzamos a partir el pan.

Aunque el Sr. Wigram comenzó la obra en Londres, venía mucho por Plymouth.»

El primer local de reunión de ellos se llamaba «Providence Chapel», y como rehusaban darse a sí mismos ningún nombre, en la ciudad se les llamaba «la gente de Providence».

Cuando los hermanos comenzaron a predicar el evangelio al aire libre y en las aldeas alrededor, se suscitó no poca curiosidad por saber quiénes eran; había algo nuevo en su predicación y en su manera de llevar a cabo la obra. Pero como no pertenecían a ninguna de las denominaciones, eran designados como «hermanos de Plymouth». Esto llevó de manera natural a la designación de «Los Hermanos de Plymouth», que se les ha aplicado desde entonces, a veces con el ánimo de ridiculizarlos. «Uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos»; este es el título que el Señor mismo da a Sus discípulos (Mt. 23:8). Al aumentar el número de ellos, compraron la capilla, que fue considerablemente ampliada.

Pronto se manifestó una intensa oposición contra el nuevo movimiento, especialmente por parte del clero y ministros de todas las denominaciones. Y no es sorprendente: el terreno que estos cristianos ocupaban era visto como un testimonio en pie contra todo su estado y práctica, y muchos se sintieron movidos a decir cosas duras y falsas con vistas a neutralizar la bendita obra que Dios estaba haciendo por medio de ellos. Pero estos esfuerzos del enemigo —como generalmente lo son— fueron usados por el Señor para aumentar el interés general en los nuevos predicadores, y para atraer a muchos a sus diversas reuniones. La bendición de Dios reposaba evidentemente en sus labores en aquel tiempo; muchos fueron llevados a separarse de las diversas denominaciones de la época, y a reunirse en torno al nuevo centro, el Nombre del Señor Jesús; aunque por parte de algunos hubiera poca comprensión o ejercicio de conciencia, en comparación con los que originalmente tomaron este terreno. Pero se sentían insatisfechos con lo que había estado siguiendo hasta entonces, y anhelaban algo mejor.

Entre los Hermanos se manifestaba una gran vivacidad, sencillez, devoción, amor y unión; y estos rasgos de espiritualidad han ejercido siempre una gran atracción sobre algunas mentes; y muchos, naturalmente, de los que se unieron a ellos tenían pensamientos muy poco definidos respecto a la naturaleza del paso que tomaban. Pero

todo era nuevo: Cristo era reconocido como su único centro, y el Espíritu Santo como su único maestro.

Así, se dieron a la enseñanza de la Palabra de Dios, y experimentaron la dulzura de la comunión cristiana, y encontraron que la Biblia —como ellos decían— era un libro nuevo.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 28

Es indudable que en aquellos días se estaba dando una clara y bendita obra del Espíritu de Dios, cuya influencia se dejó sentir no sólo por todo el país, sino también en el continente europeo y en tierras distantes.

El efecto de la separación respecto al mundo

No era cosa insólita en aquellos tiempos encontrar valiosas joyas en la caja de la colecta, que pronto se convertían en dinero, y se daban a los diáconos para los pobres.

Pero esta sosegada manera de librarse de pequeñas joyas no satisfacía a los devotos espíritus en Plymouth. Abandonaron todo lo que era considerado mundano en la vestimenta, los libros y los muebles. Estas ofrendas voluntarias fueron recogidas, y cuando parecía que iba a terminar esta época de donaciones, la acumulación fue tan grande que fue necesario venderlo todo mediante subasta.

Muchos querrán saber cuáles fueron los motivos que llevaron a la joven comunidad —

con una antigüedad de apenas nueve años— a hacer tal entrega de sus bienes terrenales.

Como cuando se escribió este libro había todavía algunos que todavía vivían de los que entonces estaban en comunión, el autor hizo todas las posibles indagaciones en cuanto al origen y propósito de este notable ejemplo de consagración. La siguiente cita procede de la última carta recibida, y dada sobre el testimonio de más de un testigo: «Respecto a la cantidad de bienes, joyas, libros, muebles, etc., donados y vendidos durante los tiempos tempranos en Plymouth, no hubo ningún llamamiento en particular, ninguna necesidad especial por la cual esto se hiciera. Tuvo lugar de una manera totalmente sencilla y libre, como por un deseo de expresar entonces la indiferencia ante el mundo, su separación para el Señor y su espera de que Él viniese del

cielo.»

No sería una falta de caridad, a pesar de este testimonio, creer que algunos de los que así se despojaron a sí mismos pueden haber meramente seguido a otros, o haber actuado bajo el sentimiento general, y luego haber lamentado haberlo hecho; pero por todo lo que podemos saber, el movimiento en general parece haber sido la santa acción del Espíritu más que el entusiasmo o las simpatías naturales. Aunque no tenemos deseo de exagerar este ejemplo de indiferencia al mundo más allá de lo que debería sugerir la prudencia cristiana, sin embargo deseamos hablar de ello como una ilustración del poder del Espíritu cuando el corazón se separa a Cristo y espera a Su venida del cielo. Hay, sin duda, un número de casos individuales de un carácter similar que ocurren constantemente, sólo que con menos formalidad y publicidad. Lo que hizo el caso de Plymouth tan notable fue el movimiento simultáneo de toda la congregación, y ello en la forma más abierta y positiva.

El espíritu del clericalismo

Es penoso, sumamente penoso, reflexionar acerca de que una escena de tanta y maravillosa vivacidad, sencillez y devoción genuina, fuese plagada y desolada por las sutiles añagazas de Satanás, a través de un descaminado pero influyente maestro. El Espíritu de Dios había obrado maravillosamente en Plymouth, y había producido los más maravillosos frutos de Sus operaciones llenas de gracia; pero el gran enemigo tenía su maligna mirada puesta sobre aquellos que estaban dando un testimonio tan brillante de la verdad y de la iglesia de Dios, y encontró, dentro de sus propias puertas, un instrumento bien dispuesto para emprender su obra de desolación. «Parece ahora,» dice uno que pasó por el período de cribado y prueba de 1845-1848, «que casi desde el principio había elementos de mal introducidos por el enemigo, que se fueron manifestando de forma muy

lenta y gradualmente durante un tiempo, pero que al final asumieron una claridad y obraron con una energía que no dejaron lugar a dudas acerca de su origen y tendencia.»[10]

Tal como sucedió al principio, cuando se predicaba el reino de los cielos, que los hombres se durmieron y el enemigo sembró cizaña allí donde se había sembrado la buena semilla, así sucedió en Plymouth. En medio mismo de los Hermanos, y mediante uno de sus principales dirigentes, el enemigo estaba trabajando calladamente. Hubo algunos que observaron que el Sr. Newton, un hombre de carácter serio y de gran influencia sobre una cierta clase, y uno de los primeros obreros en Plymouth, comenzaba a aislarse, casi desde el principio, de los otros hermanos. «Celebraba reuniones de lectura, y no permitía que los hermanos obreros estuvieran presentes, diciendo que era malo para los que recibían la enseñanza ver que la autoridad de los maestros fuese cuestionada, porque esto sacudía la confianza en ellos.» Este fue el comienzo, la introducción solapada, del clericalismo, que gradualmente fue creciendo hasta constituir un sistema definido. Pero no parece que nadie, en aquel tiempo, sospechase que ningún mal grave fuese a surgir de ello, y durante años no se levantó ninguna voz para detener su avance. «Me dolía este infeliz rasgo de aislamiento,» dice el Sr. Darby, «y gusto de actuar en solitario, y de tener a sus seguidores para sí mismo; pero yo no abrigaba sospechas algunas de que hubiera ningún propósito ulterior, lo soporté como una falta como

las que todos tenemos, y admití la perfecta libertad individual sin ningún tipo de imposiciones. Yo mismo no hubiera querido actuar así sin mis hermanos. Hubiera preferido que mis puntos de vista fuesen corregidos por ellos cuando lo necesitase, y yo aprender los de ellos; pero ahí estaba esta situación, y por mi parte no me inmiscuí. En la reunión de Clifton, el Sr. Newton, refiriéndose al ministerio y a cuestiones relacionadas con el mismo, me dijo que sus principios habían cambiado. Le contesté que los míos no habían cambiado, que creía que los había recibido de la enseñanza del Señor, y que con Su gracia los mantendría hasta el final. …

»En cuanto a la enseñanza que oí del Sr. Newton en Ebrington Street, el único objeto constante parecía ser enseñar de manera diferente a lo que los otros hermanos habían enseñado, fuese lo que fuese, de modo que desplazaba su enseñanza. En algunos casos esto se hacía tan patente que llamó la atención de otros además de la mía.»11

Aquellos que han seguido con atención el origen y los primeros tiempos de los Hermanos no tendrán dificultad en distinguir la astucia de Satanás en el sistema así introducido por el Sr. Newton. «Aquello que caracterizó el testimonio de los Hermanos desde el principio era la venida del Señor como la esperanza actual de la iglesia, y la presencia del Espíritu Santo como aquello que llevaba a la unidad y animaba y dirigía a los hijos de Dios; y ellos reconocían su dependencia de esta presencia y actividad. Lo que señalaba la enseñanza de ellos era la condición distintiva de los santos de la actual dispensación, al tener el Espíritu habitando en ellos, y estar resucitados con Cristo, mientras que las grandes verdades del evangelio las mantenían en común con otros verdaderos cristianos, sólo que con la luz más clara que Dios mismo y estas otras verdades les daban. Se insistía mucho en el carácter distintivamente celestial de la iglesia.»12

10 *The whole case of Plymouth and Bethesda* [Todo el caso de Plymouth y Bethesda], por William Trotter. Publicado posteriormente con el título «The Origin of (so called) Open Brethrenism» [El origen de los Hermanos Abiertos (según su designación común)].

11 Para detalles extensos y minuciosos, véase «Narrative of Facts», de J. N. Darby, *Collected Writings,* vol. 20.

12 «Narrative of Facts», antigua edición, pág. 19.

El carácter del sistema del Sr. Newton Pasamos ahora a los detalles del sistema del Sr. Newton, y aquí será preferible citar de los escritos de uno que antes que el mal se hiciese público ya conocía algo de sus operaciones secretas detrás de los bastidores. En el siguiente párrafo, su autor, el Sr.

William Trotter, se refiere probablemente a la apariencia de las cosas desde alrededor del año 1841 hasta 1845, cuando el número de los que estaban en comunión había alcanzado casi el millar, incluyendo Devonport y Stonehouse.

«Tal era el curso perseguido por el Sr. Newton, que tuvo como resultado que todos los demás obreros que habían estado activos allí abandonasen Plymouth para trabajar en otras partes. El Sr. Darby se fue al extranjero, el Capitán Hall a Hereford, el Sr. Wigram a Londres, y el Sr. Newton se quedó casi solo en Plymouth. Un amado hermano, el Sr.

Harris, que al principio no estuvo identificado con el movimiento, se asoció en la obra con el Sr. Newton, y con los que estaban identificados con él. Su presencia, durante varios años, fue la única esperanza que los Hermanos en los demás lugares tenían de que pudiera enderezarse el rumbo del Sr. Newton. Sin embargo, en un período muy temprano del problema presente se separó de su asociación con el Sr. Newton. El sistema así introducido, y disfrazado de la manera más capciosa por un tiempo, iba dirigido a minar toda la verdad mediante la que Dios había actuado en las almas de los Hermanos, y para establecer de nuevo en una forma distinta todo aquello a lo que se había renunciado.

»Se negó la venida del Señor como objeto de la esperanza o expectativa actual, y se puso en su lugar la expectativa de una cadena de acontecimientos, muchos de los cuales no estaban predichos en la Escritura, y que sólo existían en la imaginación del Sr. Newton. Se negó la verdadera unidad de la iglesia como un cuerpo habitada y gobernada por el Espíritu Santo; y en lugar de ello se afirmó la doctrina de una clase de iglesias independientes —tan independientes, por cierto, que cuando tuvo lugar la división en Plymouth, y hermanos piadosos y experimentados de Exeter, Londres y otros lugares acudieron para ayudar con sus oraciones y consejo, el Sr. Newton y su partido los rechazaron de la forma más perentoria; y ello sobre la base de que no eran de Plymouth y de que no tenían derecho a interferir. En lugar del gobierno presente y soberano del Espíritu Santo en la iglesia se impuso la autoridad de maestros, y la autoridad pretendida *para ellos* y *por parte de ellos* era tan absoluta que cuando se acusó al

Sr. Newton de faltar a la verdad, y unos y otros intentaron que la acusación fuese investigada ante todo el cuerpo de hermanos, esto fue firmemente rechazado sobre la base de que él no podía ser juzgado más que por aquellos que junto con él eran allí los maestros y gobernantes, y por cuanto *ellos* le habían absuelto, no había ninguna posible apelación ni remedio.

»Además de esto, había la constante y sistemática absorción de todo el ministerio de la Palabra, o incluso de la participación audible en la adoración pública, que quedaba a manos de una o dos personas, con la efectiva exclusión por un medio u otro de todos los demás.

Había también el intento infatigable y celoso por formar un partido que se distinguiese por los puntos de vista del Sr. Newton acerca de profecía y de orden eclesiástico, al que se asignaba la designación de «la verdad», y se hallaron medios para mantener alejados de Plymouth a todos los hermanos que se supiese que sus puntos de vista eran adversos a éstos. Estos eran los rasgos distintivos del sistema que fue silenciosamente desarrollándose en Plymouth, y yo fui muy consciente de su existencia y de la

preocupación que muchos hermanos sentían desde el tiempo en que me familiaricé con los Hermanos hará como seis o siete años.»[13]

La primera cuestión que parece que se suscitó en Plymouth respecto a la enseñanza del Sr. Newton fue sobre la base de su tendencia *sectaria.* Al principio no se le acusó de nada de mayor gravedad. Varios de los hermanos líderes intentaron entrevistarse con él en diferentes ocasiones, y presentaron protestas, pero él les respondió con la mayor violencia verbal, y «declaró que estábamos destruyendo los fundamentos del cristianismo; que él estaba justificado en lo que estaba haciendo contra nosotros, y que así proseguiría».

Un tiempo después, el Sr. Newton accedió a recibir a unos pocos de los hermanos para indagar si se había introducido sectarismo en la reunión. Puede que hubiera unos dieciocho en total. El Sr. Darby, que había sido apremiado a regresar a Plymouth, estaba presente. Le pidieron que expusiera cuáles eran sus objeciones a Ebrington Street. Él respondió: «Por lo que respecta a una indagación acerca del sectarismo, cualquiera podía indagar tan bien como él; que él no iba a entrar en la cuestión profética como cosa doctrinal; que para él se trataba de una cuestión moral; que a lo que objetaba en la ocasión presente era al sectarismo.

»El Sr. Newton comenzó a hablar muy encolerizado, diciendo que abandonaba todas las formalidades, que sí trataba de hacer de Plymouth un foco, y que su objeto era tener allí unión en testimonio contra los demás hermanos, y que esperaba tener al menos Devonshire y Somersetshire bajo su influencia con este propósito; que no era la primera vez que el Sr. Darby había torcido y arruinado sus planes.» Después de esta declaración del mismo Sr. Newton, no hubo ya más necesidad de indagar acerca de su sectarismo.

Varios de los hermanos presentes se expresaron en este sentido, y el Sr. Darby se dirigió a ellos con estas palabras: «Si esto es lo que Plymouth había de ser; si era así, él no acudiría el siguiente domingo».14

La división en Plymouth

Habiendo trabajado varios meses el Sr. Darby dentro de la congregación en Plymouth,

«y empleando aquellos medios que podía para despertar las conciencias de los Hermanos, se vio obligado a separarse de la asamblea». El Sr. Newton y sus amigos, en su intento de hacer frente a las acusaciones de que eran objeto, actuaron de una manera tan antiescrituraria y faltando de tal manera a la verdad, que muchos de sus antiguos amigos se separaron de ellos. Como algo más de cien se separaron de la comunión en Ebrington Street y comenzaron a partir el pan primero en una casa privada, y posteriormente en Raleigh Street; así se consumó la división en Plymouth.

Hermanos de todas partes del país, al saber de estos acontecimientos, emprendieron camino a Plymouth; muchos de ellos se inclinaban por el Sr. Newton, y casi todos ellos pensaban que el Sr. Darby había actuado de manera precipitada y prematura. Pero no habían estado en el lugar y conocían poco el verdadero estado de cosas allí. Cuando se habló de una reunión para investigar las acusaciones, el Sr. Newton objetó enérgicamente a ninguna interferencia de parte de los hermanos que procedían de cierta distancia, y sólo quiso consentir una investigación sobre el principio de arbitraje, con él designando a 13 *The whole case of Plymouth and Bethesda* [Todo el caso de Plymouth y Bethesda], por William Trotter. Publicado posteriormente con el título «The Origin of (so called) Open Brethrenism» [El origen de los Hermanos Abiertos (según su designación común)].

14 «Narrative of Facts», antigua edición, pág. 45.

cuatro amigos y que el Sr. Darby designase a cuatro de los suyos. El Sr. Darby objetó de manera absoluta al principio mundano de arbitraje. Esto, creía él, significaría quitar aquel asunto de las manos de Dios y de Su iglesia, y además le convertiría en cabeza de un partido. Se ofreció al mismo tiempo a encontrarse con el Sr. Newton ante toda la asamblea, o, si se prefería, ante un número de los hermanos más serios y experimentados. El Sr.

Newton no quiso acceder a nada de esto, y no admitía comparecer

ante otro tribunal excepto el de la arbitración que él proponía. Muchos de los hermanos que habían acudido a Plymouth con la piadosa intención de tratar de sanar el rompimiento, al descubrir que las cosas eran mucho peores de lo que ellos habían llegado a concebir, se separaron del Sr.

Newton y de su partido, y la división se extendió a otras partes del país.

Se convocaron reuniones en Londres y otras ciudades principales para humillación en común y oración. Se publicaron muchos opúsculos de ambos lados; muchas amistades queridas se rompieron, y personas y familias soportaron mucha tristeza y pruebas durante más de dos años, cuando esta triste historia adoptó un nuevo y aún más grave aspecto. Ya no se trataba meramente de un ataque sobre la constitución eclesial, sino sobre los mismos fundamentos del cristianismo mediante falsas doctrinas tocantes al mismo bendito Señor Jesús.15

15 Para entrar en detalles, véase *The whole case of Plymouth and Bethesda* [Todo el caso de Plymouth y Bethesda], por William Trotter.

CAPÍTULO 4

DETECCIÓN DE FALSA DOCTRINA

Después de la división de Ebrington Street, que se ha registrado en el capítulo anterior, los seguidores del Sr. Newton quedaron reducidos a un número relativamente pequeño, pero estos, en su mayoría, eran partidarios llenos de celo.

Se tomaban notas abundantes de sus conferencias y lecturas, y eran «circuladas con tanta regularidad entre unos selectos pocos en diversas partes de Inglaterra, como los libros de una sociedad de lectura». Un paquete de estas notas cayó en manos del Sr. Harris en el año 1847, y ello de la siguiente manera. Una hermana en Exeter las prestó a su esposa como enseñanza del Sr. Newton, en la que ella había encontrado mucho interés y provecho. La Sra. Harris, no comprendiendo el significado de algunas de las expresiones del autor, consultó con su marido. «Entonces,» dice él, «al examinar el manuscrito y leerlo, me sentí sorprendido y sacudido al encontrar unas declaraciones y doctrinas tan antiescriturarias, que me parecieron que afectaban a la integridad de la doctrina de la cruz.»

Tras haber examinado aquellas declaraciones con cuidado, publicó un tratado en el que denunciaba y sacaba a la luz aquel sistema de falsa doctrina que el Sr. Newton había estado enseñando diligentemente a sus pocos escogidos durante años.

Esta denuncia, como se puede suponer, produjo una gran alarma entre los Hermanos por todas partes, y naturalmente suscitó una respuesta del Sr. Newton. Pronto aparecieron dos opúsculos, en ninguno de los cuales repudiaba la doctrina que se exponía en la conferencia objeto de la reseña, sino que la exponía con mayor extensión, aunque de una manera menos ofensiva, y luego la defendía y sustentaba. La doctrina de esta conferencia acerca del Salmo 6 por parte del Sr. Newton, y publicada en un tratado titulado *The sufferings of Christ, as set forth in a lecture on Psalm 6, considered by J. L. Harris* [Los padecimientos de Cristo, según han sido expuestos en una conferencia sobre el Salmo 6, reseñada por J. L. Harris], es indudablemente la expresión más genuina de lo que estaba en la mente del autor. Fue pronunciada en presencia de sus amigos, de manera tranquila y deliberada teniendo en cuenta a las personas que estaban tomando las notas taquigráficas, de modo que podemos deducir con justicia que los verdaderos sentimientos de su alma estaban fluyendo libremente sin disfraz ni sin reservas. Pero al descubrir un ambiente de indignación universal generada por sus blasfemas doctrinas, e incluso que sus mismos

amigos estaban dispuestos a abandonarle, accedió a retirar sus ofensivos tratados para consideración, y confesó que había caído en error en un punto que tenía que ver con la relación de Cristo con Adán como cabeza federal.

Si no fuese que incluso este breve bosquejo podría considerarse como incompleto si no dijésemos algo de la herejía, nos sentiríamos felices con pasar por encima de ella con un profundo y perpetuo silencio. Nos disgusta traer a nuestras páginas las sutiles y místicas expresiones en las que se enseñó este mortífero error. El bendito Jesús, Emanuel, Dios con nosotros, era presentado como nacido a distancia de Dios, envuelto en la culpa del primer

Adán, debido a que había nacido de mujer y bajo la maldición de la ley quebrantada, debido a Su asociación con Israel.16

Es doloroso constatar que mediante estas doctrinas se nos privaría del verdadero Cristo de Dios —el Cristo del Nuevo Testamento. No hay necesidad de entrar en más detalles. Si nació a distancia de Dios, bajo maldición y heredero de muerte, queda Él totalmente descalificado para ser el Salvador de otros. Tuvo que librarse a Sí mismo de estas vinculaciones que le eran propias por nacimiento; y esto, se afirma, lo consiguió. Se admite que estaba libre de mancha en Su persona misma, y que por Su perfecta obediencia a la ley y en todas las cosas hasta la muerte, habiéndose entregado a Sí mismo, fue reconocido por Dios y aceptado por Él. Pero, al ser todo esto debido a Él por parte de Dios, ¿dónde queda el sustituto del pecador, la seguridad del pecador, el sacrificio del pecador, el evangelio para el pecador, el Salvador del pecador? ¿Y dónde quedan las doctrinas de la gracia, y dónde queda la iglesia del Dios viviente, y dónde quedamos nosotros, individualmente? ¿Y

qué de la obra consumada de Cristo, o qué significa el grito del vencedor:

¿«CONSUMADO ES»?

La insensatez de esta teoría es tan clara como su condición de blasfema, aunque caracterizada por las profundidades de Satanás. Como resultado, es tan ruinosa como el arrianismo o el socinianismo, aunque menos lógica. Es autocontradictoria y habla más de la vanidad del autor y de su deseo de distinción que de una honrada convicción.

Sólo tuvo que ser sacada a la luz para ser vista y detectada. Ésta fue la gran misericordia de Dios: no fue permitido que prosiguiera. Porque es cosa bien cierta que en Plymouth se estaba predicando a un falso Cristo, y se negaba la presencia del Espíritu Santo. Pero, con la excepción de un pequeño grupo, principalmente de los amigos personales del Sr. Newton, la gran mayoría de los Hermanos estuvieron de acuerdo, después de una debida investigación y oración, que las doctrinas que el Sr. Newton había estado enseñando y circulando en privado eran fundamentalmente heréticas respecto a Cristo y totalmente subversivas de todo lo que es esencial al cristianismo. Esta falsa doctrina fue condenada de una manera casi universal; pero no todos estuvieron de acuerdo acerca de sobre qué principio tratar con ella y de separarse de ella.

Bethesda y sus dirigentes

En el año 1848, mientras los Hermanos en todas partes estaban reuniéndose en diversos lugares para oración y humillación debido a la dolorosa obra del enemigo, los dirigentes de Bethesda17 recibieron a la mesa del Señor a varios de los íntimos amigos y partidarios del Sr. Newton, sabiéndose que sostenían su herejía. Este desdichado y precipitado paso por parte de estos dirigentes, y su deliberada defensa del mismo, resultó ser desastroso; desgarró a los Hermanos, llevó a un dolor y angustia indescriptibles a muchos, a nivel individual y familiar, mucho de lo cual no se ha remediado hasta el presente, además del gran daño hecho a la causa de la verdad, y de la deshonra al nombre del bendito Señor Jesús. Esta es la verdadera fuente de la contienda, de las divisiones, tergiversaciones, animosidades y malas sospechas, que muchos Hermanos siguen 16 Para un resumen de la falsa enseñanza del Sr. Newton, véase una recapitulación en ocho puntos del Sr.

J. E. Batten; se encuentra en la pág. 24 de *Open Brethren: Their Origin, Principles and Practice* [Los Hermanos Abiertos: Su origen, principios y práctica], por H. S. May, publicado por Bible Truth Publishers, P.O. Box 649, ADDISON, IL 60101, EE. UU.

17 El nombre de una capilla donde se reunía una congregación de hermanos en Bristol.

sintiendo, y que han puesto tantas armas en manos de sus enemigos. Fue fácil librarse del Sr. Newton y sus seguidores, pero la complicación de Bethesda fue sin remedio. Y este acto, aparentemente tan carente de consideración a los sentimientos cristianos de otros, no fue resultado de accidente ni de ignorancia, sino que se llevó a cabo de manera deliberada, a pesar de las protestas de piadosos hermanos entre ellos mismos, y de otros a distancia, que les advirtieron del carácter y de las opiniones de las personas mencionadas.

Viendo que las cosas habían adoptado un giro así, unos pocos y fieles hermanos de aquel lugar, miembros de la congregación de Bethesda, protestaron, y rogaron que aquella doctrina fuese examinada y juzgada, y que sus maestros fueran excluidos de la comunión.

Pero sus protestas no fueron oídas, y se vieron por ello obligados, para evitar la comunión con aquello que conocían como malo, a retirarse de la comunión en Bethesda. Y así lo hicieron; uno de ellos imprimió, para circulación privada, una carta a los hermanos dirigentes, explicando la razón de su separación. Esto suscitó una carta, firmada por diez hermanos principales en Bethesda, vindicando su conducta en la recepción de los seguidores del Sr. Newton, y rechazando todas las advertencias y protestas que les habían sido dirigidas.18

Por cuanto la cuestión de la comunión fue primeramente suscitada en Bristol y de allí se extendió a casi cada lugar sobre la faz de la tierra donde existen asambleas de Hermanos, bueno será considerar el trasfondo de esta congregación. Era sencillamente lo que se conoce como una congregación bautista, presidida por los Sres. Müller y Craik, y que se reunía para el culto en una capilla llamada «Bethesda» en Bristol. Algunos años antes de este período de prueba, esta congregación fue recibida en bloque en comunión con los Hermanos —recibida como un cuerpo. «Toda la asamblea,» dice el Sr. Mackintosh, «de una manera profesa y ostensible, pasó a tomar el terreno ocupado por los Hermanos. No mencionaré nombres ni iré a cuestiones de detalle; sencillamente narraré el gran hecho trascendental, porque ilustra un principio de suma importancia.

»Ha sido mi convicción durante muchos años que esta recepción de una congregación fue un error fatal de parte de los Hermanos. Incluso admitiendo, como lo admito de corazón, que todos los miembros y ministros pueden haber sido personas de lo más excelente a nivel individual, sin embargo estoy persuadido de que es un error en cualquier caso recibir a todo un cuerpo como tal. No existe algo que pueda considerarse como una conciencia corporativa. La conciencia es algo individual, y a no ser que actuemos de manera individual ante Dios, no habrá estabilidad en nuestro curso. Todo un cuerpo de personas, dirigido por sus maestros, puede profesar la adopción de un cierto terreno y la aceptación de unos ciertos principios; pero, ¿qué seguridad hay de que cada miembro de este cuerpo está actuando en la energía de la fe personal por el poder del Espíritu Santo, y basándose en la autoridad de la Palabra de Dios? Es de la mayor importancia que en cada paso que tomemos, lo hagamos con una fe sencilla, en comunión con Dios, y con una conciencia activa. …

»La realidad es que Bethesda nunca debió ser reconocida como asamblea reunida sobre terreno divino; y esto se demuestra por el hecho de que cuando fue llamada a actuar en base de la verdad de la unidad del cuerpo, se desmoronó completamente.»19

18 Esta carta, conocida como *The Letter of the Ten* [La carta de los diez], puede leerse en su totalidad en el opúsculo *The whole case of Plymouth and Bethesda* [Todo el caso de Plymouth y Bethesda], por William Trotter, pág. 55. Publicado posteriormente con el título «The Origin of (so called) Open Brethrenism» [El origen de los Hermanos Abiertos (según su designación común)].

19 *Things New and Old,* vol. 18, pág. 318.

«La Carta de los Diez»

El principal objeto del documento comúnmente designado como «La Carta de los Diez» era vindicar la conducta de los que habían recibido a los seguidores del Sr. Newton y que adoptaron una posición de neutralidad con respecto a las solemnes cuestiones que se les habían planteado a los Hermanos en general. En tanto que los firmantes de la carta, de manera individual y conjunta, repudiaban las doctrinas enseñadas por Newton, dicen de manera muy extraña, con referencia a la comunión: «Suponiendo que el autor de los tratados fuese fundamentalmente hereje, esto no nos justificaría para rechazar a los que acudieran a su enseñanza, hasta que quedásemos convencidos de que habían comprendido y asimilado enseñanzas esencialmente subversivas de la verdad fundamental». Así, se expresaba de manera clara la base de exclusión: «Que nadie defendiendo, manteniendo o sustentando los puntos de vista o tratados del Sr. Newton puede ser recibido a la comunión».20

Esta fue la posición adoptada por los más inteligentes hombres de Bethesda, según este notable documento, y ello antes que el error en cuestión hubiera sido juzgado. Rehusaron juzgarlo. Dijeron: «¿Qué tenemos que ver aquí en Bristol con errores enseñados en Plymouth?» Tampoco accedieron a que se leyeran ningunos extractos de los escritos del Sr. Newton ante la congregación, ni que se hicieran observaciones acerca de sus doctrinas, hasta que la carta fuese aprobada por la iglesia. Se convocó una reunión de iglesia con este propósito en julio de 1848; pero como algunos de los miembros objetaron a que la congregación diese su aprobación a un documento que no había sido explicado y que no era comprendido, el Sr. Müller se levantó y dijo: «Lo primero que la iglesia había de hacer era dar su aprobación a los firmantes del documento; y si esto no se hacía así, no podían seguir laborando en medio de ellos; y cuanto peores fuesen los

errores, tanto más razón de que no fuesen expuestos.» Así se exigió a la congregación, bajo la amenaza de perder las labores de sus pastores, que asumieran una posición de neutralidad entre el autor de los tratados y sus partidarios, por una parte, y aquellos que los rechazaban de manera absoluta como heterodoxos y heréticos. La mayoría accedió: poniéndose en pie expresaron su aprobación de este documento «de los diez» y adoptaron una posición neutral respecto a la gran cuestión que entonces inquietaba la mente de los Hermanos tanto en el país como en el extranjero.

La División

Como cincuenta o sesenta miembros de la congregación, antes que dar su aprobación a un principio tan negligente de comunión, se retiró de Bethesda. Ahora existía una división tangible. Se suscitó evidentemente la cuestión de cuáles eran los Hermanos realmente reunidos sobre el terreno de la unidad de la iglesia, o cuáles estaban actuando meramente como congregaciones independientes. Bethesda había abandonado deliberadamente el terreno que había profesado ocupar en comunión con los Hermanos, había adoptado la independencia, y la mantenía de manera abierta. Todos los que se adherían al principio del 20 En el Prefacio del libro *Teachers of the Faith and the Future* [Maestros de la Fe y el Futuro] (sin fecha, pero probablemente de alrededor de 1959), el Prof. F. F. Bruce se refiere a sí mismo como «un miembro de los Hermanos de Plymouth», y dice que el Sr. Newton era «un maestro la carrera total del cual proclama su ortodoxia totalmente ausente de contemporizaciones». Esto muestra dónde están los seguidores de Bethesda en la actualidad. (Ed.)

«un cuerpo» como la verdadera y única base de la comunión cristiana, se mostraron directamente opuestos a esta independencia. Varias congregaciones por todo el mundo siguieron el ejemplo de Bethesda, mientras que otros mantenían con firmeza la posición que habían ocupado con anterioridad. Por todas partes, los Hermanos tenían que afrontar esta cuestión. Tenía que ser considerada de manera directa. Había llegado el momento de la prueba, y era imposible rehuirla. Para aquellos que no habían asimilado la verdadera idea de la iglesia de Dios, resultó ser un terrible tropiezo. Los sentimientos personales, el afecto hacia maestros y amigos favoritos, extraviaron a muchos. En muchos casos se prestó atención a la cuestión en sí y parecía correcta; pero en el momento de tener que aplicar el principio en referencia a alguna persona en particular, los argumentos eran desechados con esta precipitada conclusión: «¡Oh, este principio de comunión nunca puede ser correcto si va a excluir a este hombre tan querido y piadoso de la mesa del Señor!» Era difícil, con sentimientos tan vivos y fuertes, contemplar la cuestión sin prejuicios; a no ser que el alma estuviera liberada de personas y de su influencia, y firmemente fija en Cristo solo y en lo que le es debido a Él, sería imposible alcanzar cualquier decisión divina. Cuando se permitía que operasen elementos

meramente naturales, la visión espiritual quedaba enturbiada, la mente más perpleja que nunca, y más susceptible a ceder bajo la presión de las circunstancias.

Como fue entonces, así es ahora. Cuando pensamos en lo que debemos a las personas, llegamos a una conclusión errónea. Cuando pensamos sólo en lo que es debido a Cristo, todo queda tan claro y sencillo como los elementos de la verdad misma. Cuando el bendito Señor toma Su puesto en la iglesia de Filadelfia, Él se manifiesta en el carácter que ha de constituir la norma de recepción a la mesa y del caminar público de los que son recibidos.

Él dice: «Esto dice el Santo, el Verdadero». ¿Qué podría ser más sencillo que esto? Cristo está ahí en Su gloria moral como el Santo y el Verdadero; y debemos buscar más que inteligencia o entendimiento para responder a cuestiones; tenemos que buscar *santidad* y *verdad* en aquellos a los que recibimos a la mesa del Señor. Nada menos que la separación de todo mal conocido y la integridad en la fe será lo apropiado para Su presencia. Tenemos siempre que recordar que Él dice: «Allí estoy.»

A primera vista, y para las mentes de muchos, parece más grato, más amante, recibir a la mesa a aquellos que creemos que son verdaderos cristianos aunque procedan de una asamblea donde algunos de los miembros sostengan falsa doctrina, en tanto que ellos mismos sean sanos. ¿Es correcto —dirán los tales— excluir a toda una reunión debido a dos o tres miembros no sanos? La respuesta es: Nadie debería ser excluido sino

«perversos»; pero la Escritura también ordena: «Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo». Esto no es excluir a nadie, sino apartarse de ellos; no tener que hacer nada con ellos en tanto que estén mezclados con iniquidad. Es cosa cierta que la herejía del Sr. Newton es iniquidad; nos dejaría sin Cristo, el único fundamento y centro de unión. De nada vale hablar de comunión en absoluto a no ser que tengamos el verdadero Cristo de Dios. Pero que tales verdaderos cristianos a los que uno se refiere se juzguen a sí mismos del mal conocido a la vista de Dios, se laven las manos por completo de la contaminación, y entonces serán recibidos con brazos y corazones abiertos a la mesa del Señor. Nuestro primer pensamiento con referencia a la mesa ha de ser, no lo que es apropiado para este o aquel hermano, o lo que parece más amante o caritativo, sino lo que es propio de Cristo como el Santo y el Verdadero. Cuando el ojo es simple, todo el cuerpo está lleno de luz; no hay tinieblas ni perplejidad en el camino.

También sabemos que se dice que los Hermanos *Exclusivos* —nombre que se asignó desde entonces a los que protestaron contra la acción de Bethesda— reciben a la mesa del *Historia de los Hermanos* - Andrew Miller

Señor procedentes de la Iglesia de Inglaterra, donde se mantiene mucho error, pero que rehusan al santo más piadoso de una congregación vinculada con Bethesda. Esto es cierto, y a menudo sumamente penoso y angustioso para los que tienen que actuar así. Nada sino la fidelidad a Cristo y Su palabra podría darles firmeza frente a los llamamientos que se hacen, y a los sutiles argumentos que se dan. La explicación es ésta: por extraño que pueda parecer, los Hermanos *Neutrales,* como ahora se les llamó [o, Abiertos], se reunían profesadamente sobre el principio de la iglesia de Dios como antes de la división, y profesaban reconocer la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos. Se podrían observar varias cosas que son inconsecuentes con esta posición; con todo, como esta era y es el terreno que se pretende, las congregaciones tienen que ser tratadas como un solo cuerpo. Al reconocer la presencia del Espíritu Santo de esta manera, profesan ser un cuerpo aunque muchos miembros; por ello, al recibir un solo miembro de un cuerpo que profesa ser una *unidad,* todo el cuerpo es recibido en principio, sano o no sano. (Véase 1 Co. 12.) En cambio, la iglesia de Inglaterra y las diversas formas de los no conformistas no adoptan esta posición. Se reúnen sobre la base de un sistema particular; puede que sea el Episcopalismo, el Presbiterianismo, o la Independencia; y los miembros de los diferentes sistemas permanecen como tales individuos, y como tales deberían ser tratados.

La posición eclesiástica de los tales es totalmente diferente de la ocupada por las reuniones vinculadas con Bethesda, y cada uno debe ser tratado en conformidad con el terreno que profesa ocupar. Puede que haya mucha simpatía y amistad entre las denominaciones, pero no existe el pensamiento de unidad; sin embargo, rehusar a un cristiano piadoso de la iglesia de Inglaterra porque opine que la Iglesia Establecida está en lo cierto sería hacer de la luz o inteligencia el derecho a la comunión, negando la unidad del cuerpo y constituyendo una secta. No se trata de una cuestión de *grados de luz,* sino de *santidad y verdad.*

Bethesda profesa purificarse

Al ir aumentando la presión del exterior, y Bethesda comenzó a comprender que su conducta había sido para tropiezo de miles de los santos de Dios y que estaba siendo causa de tanta división y controversia, se celebró una reunión en aquella capilla en octubre de 1848, con el propósito de vindicar a la asamblea de todas las acusaciones de comunión con las falsas doctrinas del Sr. Newton o con los que las mantenían. En esta ocasión, el Sr.

Müller dio su propio juicio individual acerca de los tratados. Declaró él que los escritos del Sr. Newton contenían un sistema de insidioso error, no aquí y allá, sino en toda su extensión; y que si las doctrinas que se enseñaban en ellos eran seguidas hasta sus últimas consecuencias, destruirían los fundamentos del Evangelio y destruirían la fe cristiana.

Según estas doctrinas, insistió él, «el mismo Señor necesitaría un salvador, lo mismo que los demás». Con todo, a la vez que emitía un juicio concreto tan enérgico, el Sr. Müller añadió que no podía decir que el Sr. Newton fuese un hereje, que no podía negarse a llamarlo hermano.21

Después de transcurridos treinta años22 y contemplando sosegadamente los hechos que se registran, pensamos que son extrañamente inconsecuentes. El autor de unas doctrinas que nos dejarían perecer sin el Cristo de Dios es ciertamente un hereje; ¿y cómo 21 *The whole case of Plymouth and Bethesda* [Todo el caso de Plymouth y Bethesda], por William Trotter, pág. 43 (antigua edición); y *Things New and Old,* vol. 18, pág. 321.

22 Esto da como fecha aproximada de la redacción de este libro el año 1878.

podríamos llamarlo hermano: ¿Y cómo podría haber hermandad? A la vez, el Sr. Müller fue cuidadoso en mantener que lo que él había dicho no era el juicio de la iglesia, sino su propio juicio individual, por el que sólo él era responsable. Con respecto al documento «de los Diez» y todos los pasos relacionados con el mismo, lo justificó todo íntegramente, y dijo que si volvieran a estar en las mismas

circunstancias, actuaría de la misma manera.

Pero el sentimiento general se había hecho tan intenso, que los dirigentes vieron necesario examinar la cuestión con más detenimiento; y aunque habían dicho al principio de los problemas que no estaría bien de parte de ellos investigar y juzgar la falsa doctrina, y con ello enredarse en la controversia, ahora se vieron obligados a reconocer que era necesario y correcto examinar los tratados. Pero el triste mal ya estaba consumado; cincuenta o sesenta piadosos hermanos habían sido forzados a salir de Bethesda por causa de la perentoria negativa de los dirigentes de juzgar las falsas doctrinas, y multitudes por todo el país se encontraban en un estado de perplejidad, tristeza y contienda. En noviembre y diciembre de 1848 tuvieron lugar siete reuniones de iglesia, y se examinaron los tratados del Sr. Newton. La conclusión a que se llegó fue: «Que nadie defendiendo, manteniendo o sustentando los puntos de vista o tratados del Sr. Newton puede ser recibido en comunión». Pero esta conclusión dejó la puerta tan abierta como siempre para aquellos que estaban en abierta comunión con el Sr. Newton, siempre que no *defendiesen, mantuviesen* o *sostuviesen* sus puntos de vista o tratados. Pocos tendrán la franqueza de reconocer que hacen esto, aunque había muchos en aquel tiempo que estaban manchados con su herejía. «La carta de los diez» permaneció vigente, sin ningún cambio de criterio acerca de la misma, y sigue hasta el día de hoy como la estudiada y deliberada declaración de la verdadera base de la comunión de Bethesda.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

CAPÍTULO 5

DIVIDIDOS

os Hermanos estaban ahora divididos. Los que se mantenían firmes sobre la base originalmente ocupada por los Hermanos se mostraron más decididos que nunca L en su testimonio. Rápidamente aparecieron opúsculos llenos de intensos sentimientos y de expresiones enérgicas. Los dirigentes de Bethesda recibieron graves acusaciones de haber entrampado a la congregación a un curso de *neutralidad* respecto a la herejía, de *independencia* respecto a la iglesia, y, consiguientemente, de *indiferencia* respecto a la persona y gloria de Cristo.

Tras haber presentado estas acusaciones, los Hermanos no podían de manera consecuente recibir a la mesa del Señor a los procedentes de las reuniones de Bethesda sin quedar satisfechos acerca de arrepentimiento tocante a estos puntos. Pero se precisa de mucha gracia y compasión respecto a tales peticiones en la actualidad, porque muchos desconocen totalmente lo que tuvo lugar hace ciento treinta años. Sin embargo, el documento de «los diez», sobre el que se basaron las acusaciones, nunca ha sido retirado.

Se emplearon términos duros por ambas partes; pero algunos se mantuvieron fieles a sus principios, o, más bien, mantuvieron a toda costa la verdad de Dios, como la habían predicado y publicado hasta entonces. Con todo, se levantó el clamor de *exclusivismo* contra ellos. Y aunque este término fue indudablemente empleado con la intención de afrentar, y empleado para intimidar a los apocados, como sucede hasta el día de hoy, es sin duda alguna conforme a la palabra de Dios. En 1 Co. 5 aprendemos que la asamblea ha de ser exclusiva si quiere mantener una sana disciplina y guardar la casa de Dios lo suficientemente limpia para Su presencia. Es cosa bien cierta que la iglesia es solemnemente responsable de juzgar la doctrina y los caminos de todos los que se presentan para la comunión, y de rechazar a aquellos que traerían el mal a la asamblea, así como de excluir a los que han caído en error o inmoralidad, aunque no pueda dudarse de su fe en Cristo. Esto es exclusivismo.

Este fue el principio sobre el que actuaron los Hermanos desde el principio; de modo que no eran más exclusivos después de la división que antes de la misma. El cambio tuvo lugar totalmente del otro lado. El nuevo lema en la bandera de los Hermanos Abiertos o Neutrales era: «La sangre del Cordero es la unión de los santos.» Y ciertamente no podría haber unión sin la preciosa sangre del Cordero sin mancha de Dios, pero la Escritura enseña que la sangre es la base de la paz, no

el centro de la unión: el Cordero asado, el Cristo que ha pasado por el santo fuego de la justicia divina por nosotros, ahora resucitado y glorificado, es el centro de unión (Éx. 12). ¿Y no hay muchos que han sido lavados en la sangre del Cordero que no son aptos para la mesa del Señor debido a sus malas asociaciones y formas de vivir? Pero si este lema se cumpliese de una manera íntegra, entonces nunca podría excluirse por razón de ningún tipo de la mesa del Señor a nadie que se crea que es un hijo de Dios y lavado en la sangre de Cristo. La disciplina cesaría, y, tal como sucedía en Israel cuando no había rey, cada uno haría lo que bien le pareciese.

Debido a esta puerta ancha y abierta a la mesa del Señor, las congregaciones de Bethesda han sido designadas como «los Hermanos Abiertos». De modo que, para establecer la

distinción y para causar la menor ofensa posible, emplearemos los términos «los Hermanos» y «los Hermanos Abiertos».

El Testimonio

A partir de este tiempo, el camino de cada uno ha quedado perfectamente diferenciado y separado. Los Hermanos Abiertos han fraternizado con las denominaciones y en muchas cosas se han llegado a acercar tanto a ellas que han escapado a la persecución. Lo cierto es que los más duros ataques contra los Hermanos han procedido de ellos, de modo que en esto muchos de ellos están al lado de las denominaciones y las han ayudado en su oposición. Pero, gracias a Dios, han sido celosos en la obra del evangelio; y por este medio muchas de sus congregaciones han crecido con sencillos creyentes que no saben nada de los problemas del pasado, ni de la presente base de comunión. ¡Que sus corazones sean alimentados con sencillez con Cristo y con la verdad tal como está en Él!

La división parece haber aumentado el ministerio de los que se mantuvieron fieles. Sus libros y tratados acerca de las verdades más importantes y vitales de las Escrituras se extendieron mucho por el país, y también por todo el ámbito de la Cristiandad, llevando luz divina y bendición a cientos de preciosas almas. También se ha observado que hubo más claridad, plenitud y exactitud en su enseñanza después de la división que antes de la misma, especialmente respecto a las relaciones celestiales de la iglesia, la unión de los cristianos con Cristo en la gloria, el arrebatamiento de los santos antes de la tribulación, etc., porque aunque todas estas verdades eran mantenidas en principio, nunca habían sido predicadas con la misma vivacidad y poder.

Los resultados del testimonio

El efecto de este testimonio se sintió en todas partes. Muchos fervorosos cristianos en diversos lugares, sintiendo el estado de mortandad a su alrededor, fueron inducidos a leer estos libros y a escudriñar las escrituras acerca de si las nuevas doctrinas eran acordes con la palabra de Dios. Multitudes quedaron convencidas de su genuinidad y abandonaron sus diferentes denominaciones, y se unieron a los Hermanos. Y como eran generalmente los miembros más espirituales, fervientes e inteligentes los que así actuaban, su apartamiento era tanto más evidente y más irritante para sus ministros. Esta ha sido la causa de muchos acerbos ataques, que no es necesario detallar ahora. La obra es de Dios, y en vano el pobre puño humano se extiende contra él. Por lamentable que sea decirlo, sus propias contiendas les han causado más daño que todos los ataques de los enemigos. Pero creemos que es el propio testimonio de Dios en estos últimos días malos, y a pesar del terrible fracaso de los que intentan mantenerlo, Dios no los ha abandonado.

A lo largo de varios años después de la división, parecen haber estado más ocupados con la verdad práctica para los cristianos que con el evangelio para las almas perdidas de fuera. Esto, creemos, ha sido de parte de Dios. Como el apóstol que «salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos», ellos creían que era su deber fortalecer las almas de los discípulos después del sacudimiento y la perturbación que habían sufrido. Con todo, se seguía predicando el evangelio, las almas recibían bendición, y la obra al aire libre proseguía bien.

Hacia el año 1854-1855 comenzó una obra muy bendita del Espíritu de Dios en la conversión de los hijos de Sus santos en Londres. Había habido oración por esta obra especial durante un tiempo, y el Señor respondió en bendición manifiesta. En algunos

casos toda la casa se convirtió, tanto hijos como criados; y muchos jóvenes fueron llevados a conocer al Señor. La realidad de la obra en aquel tiempo fue probada de la manera más feliz porque no pocos de aquellos que se convirtieron entonces llegaron a ser fervientes predicadores del evangelio, y hermanas tanto como hermanos han resultado en enérgicos obreros que han llevado también a otros al campo de labor. La obra del evangelio fue muy potenciada durante el

Avivamiento de 1859.

La opinión de un escritor menos prejuiciado

El Sr. Marsden, beneficiado de St. Peter's, en Birmingham, dice en su *Dictionary of Christian Churches and Sects* [Diccionario de iglesias y sectas cristianas], publicado en fecha no posterior a 1854, hablando de los Hermanos: … «Profesan no enseñar ni practicar nada sino la religión del evangelio en su primitiva simplicidad y pureza, y su objetivo es, naturalmente, mostrar que otras iglesias están en mayor o menor error, confiando principalmente para la defensa de sus peculiaridades en la letra del Nuevo Testamento.

»Los Hermanos objetan por igual a la iglesia nacional y a todas las formas de no conformismo. De todas las iglesias nacionales dicen "que abrir la puerta para recibir a toda la población de un país a los solemnes actos de adoración y comunión cristiana es un error latitudinario. Los no conformistas, por su parte, son sectarios, porque cierran la puerta a otros verdaderos cristianos que no pueden pronunciar el *shibolet* de su partido.

En una palabra, el mal característico de estos últimos es que no tratan como cristianos a muchos que son conocidos como tales, mientras que el mal igualmente característico de los primeros es, que tratan como cristianos a muchos que se sabe que no lo son en absoluto".

El primer sistema, afirman ellos, hace a la iglesia más amplia, y el otro más estrecha, que los límites de Dios; así, de ambas formas, la idea escrituraria propia de la iglesia queda destruida en la práctica, con los no conformistas afirmando virtualmente que no es un cuerpo sino muchos, mientras que el nacionalismo afirma virtualmente que este un cuerpo es el cuerpo de Cristo.

»Lo que constituye a una iglesia es la presencia del Espíritu Santo. "Es el reconocimiento del Espíritu Santo como vicario de Cristo —el soberano suficiente, único y verdaderamente presente en la iglesia durante la ausencia del Señor, lo que constituye nuestra especial responsabilidad, y debería ser un rasgo principal en nuestro testimonio".

La Escritura, dicen los Hermanos, nunca prescribe una comisión humana como necesaria para el ministro cristiano. La doctrina, no la ordenación, es la prueba divina para rechazar o recibir a aquellos que profesan ser ministros de Cristo: y cada cristiano que pueda hacerlo tiene no sólo la libertad sino la obligación de predicar el evangelio. La

parábola de los talentos en Mateo 25 enseña el peligro de esperar la autorización de otro aparte de la posesión del don necesario: “y dudar de la gracia del Maestro, o temer porque uno no tenga la autorización de aquellos que presuntuosamente afirman y manipulan este derecho, es enterrar su talento en el suelo y actuar en el papel del siervo malvado y negligente”.

Porque sólo el Señor de la cosecha tiene derecho a enviar obreros a la mies.

»Sólo tenemos que añadir que las doctrinas mantenidas por los Hermanos de Plymouth concuerdan en todos los puntos fundamentales con la Iglesia de Inglaterra y otras iglesias de la Reforma. Su culto es conducido de la manera más simple. Circunstancias aparte, cualquier hermano es competente para “partir el pan”, esto es, para administrar la cena del Señor. Ellos niegan, sin embargo, que todos los cristianos sean ministros de la Palabra o que subvaloren un ministerio cristiano. “Bien lejos de suponer”, dicen ellos, “que no

haya ministerio como tal, los hermanos mantienen y siempre han mantenido, por Efesios 4:12, 13, que Cristo no puede dejar de mantener y perpetuar un ministerio en tanto que Su cuerpo esté aquí abajo”. Sus libros y tratados, sus enseñanzas en privado y en público afirman esto como una verdad cierta e invariable; de modo que es absurdo acusarlos de negar el puesto permanente y divino del ministerio en la iglesia sobre la tierra, como lo sería acusar a Carlos I de negar el derecho divino de los reyes. Siempre que Dios se ha agradado de suscitar pastores según Su corazón, ellos han reconocido Su gracia con gratitud, y los tienen en mucha estima y amor por causa de su obra [1 Ts. 5:13].

»Inferimos que un ministro es recibido como tal cuando los Hermanos están convencidos de su idoneidad para el oficio; pero que luego no obtiene otra distinción o autoridad que la de un maestro o exhortador. Ha sido dicho recientemente que no oran por el perdón de los pecados ni por la presencia e influencia del Espíritu, y que excluyen cuidadosamente tales peticiones de sus himnos; pero esta declaración, que transcribimos de un reciente informe sobre “Sectas cristianas en el Siglo Diecinueve”, es sumamente injusta. Es cierta sólo en este sentido: los Hermanos, al considerarse, en lenguaje teológico, en estado de gracia, no piden bendiciones que ya han recibido, sino más bien un aumento de los dones de los que ya poseen una porción.»

El lector hará bien en hacerse con una copia del tratado titulado : *Un Cuerpo y un Espíritu,* del Sr. W. Kelly. Es de este artículo que el Sr. Marsden ha recopilado sus pensamientos e información acerca de los Hermanos. Y aunque podamos no estar de acuerdo con todo lo que dice en el artículo como un todo, no podemos dejar de observar el espíritu de imparcialidad y gentileza con que está escrito: muy diferente de algunos otros de los que podríamos citar.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 6

SELECCIONES DE LOS ESCRITOS

DE LOS HERMANOS

omo hay mucha confusión en las mentes de muchos acerca de las enseñanzas de los Hermanos, creemos que lo mejor será dar una selección extractada de sus C propios libros, muchos de los cuales han estado circulando durante muchos años.

Parecen haber sido escritos acerca de la mayoría de temas relacionados con la Persona, obra y gloria de Cristo; sobre la fe, los deberes y bendición de Su pueblo; desde luego, podemos decir, se han escrito acerca de muchos de los temas en la Palabra de Dios, de Génesis a Apocalipsis, de modo que, en cierto sentido, es inexcusable que haya confusión o ignorancia por lo que a sus enseñanzas respecta. Pero en las selecciones escogidas trataremos de limitarnos a aspectos prácticos, con la esperanza que sean de utilidad para el público general.

Predicación «de los laicos»

A pesar de la oposición de la mayoría de las denominaciones a lo que designan como predicación «de los laicos», los Hermanos han defendido la práctica desde el principio, y han dado ejemplo para bendición de muchas almas.

«La cuestión no es,» dice el Sr. Darby, «si todos los laicos están individualmente calificados; sino si como laicos no están calificados a no ser que sean lo que comúnmente se llama ordenados. … Pero me limitaré a una sencilla cuestión —el aserto de que los laicos no deberían predicar sin designación episcopal o análoga. Lo que yo afirmo es que sí tienen derecho; que así lo hacían según la Escritura — que estaban justificados en tal actividad; y que los principios de la Escritura lo demandan, dando por supuesto, naturalmente, aquí, que estén habilitados por Dios; porque la cuestión no es de la competencia para actuar, sino *del derecho a actuar si se es competente.*

»Veamos qué dice la Escritura acerca de la cuestión. Sólo puede surgir la cuestión acerca de que puedan hablar *en* la iglesia o *fuera* de la iglesia. Admitido esto, se estará de acuerdo en todos los casos anómalos. Y en primer lugar, *en* la iglesia. Y aquí observaré que las instrucciones en 1 Corintios 14 son totalmente *contradictorias* con la necesidad de una ordenación para hablar. Aquí se establece una limitación, pero no acerca de «ordenación o no ordenación». Lo que se dice es: «vuestras mujeres callen en las congregaciones» —

instrucción que nunca hubiera podido darse si hablar hubiera estado limitado a una persona concreta ordenada, sino que asume una situación bien distinta; y lo que implica directamente no es que cualquier hombre tenga derecho a hablar, sino que no se impedía a nadie porque fuese laico. Las mujeres eran la clase excluida; ahí es donde se estableció la prohibición. Si los hombres no tenían el don ministerial, naturalmente que quedarían

callados, si seguían las instrucciones dadas. El apóstol dice: «cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación». ¿Dice acaso que nadie debe hablar sino quien esté ordenado? No, sino que ¡Hágase todo para edificación!

Éste es el gran secreto, la gran regla.

»Tenemos así una distinción, no entre los que están ordenados y los que no, sino de aquellas personas a las que, por su condición —*mujeres*— no se les permite hablar, *y al resto sí;* y se les instruye acerca de en qué orden hacerlo, y se expone la razón de la distinción. Y éste es el plan de Dios de la decencia y del orden. Porque el resto podían todos hablar, para que todos pudieran aprender y ser edificados; no que todos pudieran hablar a la vez, ni todos hablar cada día, sino todos según Dios los dirigiera, según el orden establecido, y tal como Dios quisiera darles capacidad, para edificación de la iglesia. Estoy aplicando esto sencilla y exclusivamente a la predicación de los laicos, y afirmo que no había ningún principio reconocido en el sentido de que no pudieran hacerlo, sino al contrario.

»Alguien interpondrá: «Ya sé que estos eran tiempos de dones extraordinarios del Espíritu. …». Pero no se trata de la prerrogativa de los dones espirituales, sino del orden; porque las mujeres tenían dones espirituales, como leemos en otros pasajes, y se dan instrucciones acerca del ejercicio de los mismos; pero no debían emplearlos en reunión pública de iglesia, porque esto estaba fuera de orden —no era decoroso.

»La primera predicación general del evangelio, que el Señor bendijo más allá de las murallas de Jerusalén, la efectuaron laicos; o, mejor dicho, la iglesia no conocía tal distinción. No había entrado entonces en sus mentes que aquellos que conocían la gloria de Cristo no pudieran hablar de ella, dónde y cómo Dios les capacitase. Allí todos los cristianos predicaban — *iban por todas partes anunciando el*

evangelio (Hch. 8:4). Y «Y

la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor» (11:21).

Pablo predicaba —sin otra misión que haber visto la gloria del Señor y Su palabra —y también en una sinagoga, y se gloría en ello. Y da sus razones para que los cristianos prediquen en todo lugar: «creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, *por lo cual* también hablamos» (2 Co. 4:13). Apolos predicaba, conociendo sólo el bautismo de Juan.

En Roma, muchos de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con las prisiones de Pablo, predicaban la palabra sin temor. Y en la Escritura nunca se menciona nada de ordenación para predicar el evangelio. Pido a quienquiera que presente ningún pasaje de la Escritura que de manera expresa o de principio, prohíba a los laicos predicar, o que demande una ordenación episcopal u otra ordenación análoga con este propósito. …

»El tiempo demanda una decisión; y lo único que resistirá al mal y al error es la verdad, y la verdad blandida como una causa común contra el error y la propia voluntad, por los santos bajo el Espíritu; y entonces Dios podrá estar enteramente con ellos, en lugar de verse obligado a retirar la luz de Su rostro de ellos cuando estén oponiéndose a sus hermanos y rechazándolos, cuando *Él* tiene que justificarlos, cuando es según el orden de Su gloria y reciben toda la bendición en llevarlo a cabo. ¡Quiera Él por Su Espíritu guiarnos a toda verdad!»23

Ordenación

Mucha de la acritud que el clero ha manifestado ha surgido de la cuestión de la ordenación. Es el gran fundamento sobre el que reposa todo el sistema del clericalismo; 23 *The Collected Writings,* «Ecclesiastical», vol. I de J. N. Darby.

por tanto, ha de ser guardado celosamente. Derribemos la ordenación, y el clero se convierten en hombres como los demás. Entonces sólo podrían alcanzar su propio nivel moral. Pero hay una fascinación en el mandato de la ordenación que les da la sensación de que pertenecen a otra casta, de que son superiores al resto de los hombres. No deben ser interpelados, cuestionados ni mandados como otros hombres lo son. Su dignidad ha de ser mantenida a toda costa. Y tan real es esta fascinación sobre el corazón humano que raras veces pierde su efecto incluso después que el cargo es abandonado como antiescriturario. La sotana, como se ha dicho, puede ser arrollada y puesta en el bolsillo, pero a menudo se hace visible algún fleco de la misma.

Esta cuestión es de vital importancia, porque afecta profundamente a las operaciones del Espíritu, a la soberanía de Dios y al ministerio de la Palabra, que es alimento y refrigerio de la vida divina en el alma. Insistir en una cierta ceremonia por la que uno tiene que pasar antes de ser reconocido apropiadamente como ministro de Cristo es el gran pecado de la Cristiandad. Establece la autoridad humana por encima del llamamiento y dones del Señor ascendido y Cabeza de la iglesia. «Si alguien poseyera todos los dones del mismo apóstol Pablo, no se atrevería a enseñar ni a predicar a Jesucristo, excepto si estuviera licenciado o autorizado por el hombre; en cambio, si estuviera totalmente privado de dones espirituales, o incluso de la vida espiritual misma, sin embargo, si estuviera autorizado, ordenado, licenciado o aprobado por el hombre, podría enseñar y predicar en aquello que profesa ser la iglesia de Dios. La autoridad del hombre, sin el don de Cristo, era plenamente suficiente.

El don de Cristo sin la autoridad del hombre no lo era.»24

Es bien cierto que como cristianos nunca podremos tener suficiente aprecio de la importancia de la responsabilidad individual del siervo hacia el Maestro mismo. Ha de ser algo muy grave para un siervo del

Señor, que ha recibido de Él el don de predicación o enseñanza, abandonar el ejercicio de este don hasta que sea autorizado para ello por el hombre. En ninguna parte leemos en la Escritura que tales dones necesiten jamás de la autorización humana. Que el Señor despierte a Su pueblo de manera más general a su responsabilidad en esta cuestión, no sea que escondan su talento bajo tierra durante Su ausencia, y tengan que dar triste cuenta de su negligencia cuando Él vuelva.

El apóstol Pablo, que es muchas cosas el hombre modelo de la dispensación cristiana, lo es de manera especial en la cuestión de la ordenación. Los había en su época que quisieron desacreditar su apostolado porque no había acompañado al Señor Jesús en los días de su estancia en la tierra. Esto le lleva a vindicar su llamamiento divino sin designación humana de la manera más enérgica. Escribiendo a los Gálatas, dice: «Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos) …». No era de hombres como origen, ni por hombre como medio en forma alguna, sino «por Jesucristo y por Dios el Padre».

«Nada habría sido más fácil para Dios que haber convertido al apóstol en Jerusalén; fue allí que se desató su primera acción violenta contra los cristianos. Pero cuando Dios fue a su encuentro, fue lejos de Jerusalén, cuando estaba llevando a cabo su fiera persecución contra los santos; y allí, a las afueras de Damasco, a plena luz del día, el Señor, desde el cielo, y no visto por los demás, se reveló al atónito Saulo de Tarso. Fue llamado a ser no sólo santo sino también apóstol; y para hacer esto tanto más destacable, cuando fue bautizado, ¿a quién escogió el Señor como instrumento de su bautismo? A un discípulo que sólo nos es presentado esta sola vez, un piadoso anciano que residía en Damasco.

Dios tuvo un especial cuidado en mostrar que el apóstol, designado para un puesto de la 24 *Things New and Old,* vol. 18. pág. 262. C. H. Mackintosh.

mayor importancia, la función más trascendental de ningún hombre que sea llamado a servir al Señor Jesucristo en el evangelio —que San Pablo fue así llamado sin la intervención, autorización o reconocimiento del hombre en ninguna forma o manera. Su bautismo no tenía nada que ver con su condición de apóstol. De inmediato se

dirigió a Arabia, predicando el evangelio, y Dios en el acto le reconoció como ministro del evangelio, sin interferencia humana alguna. Este es, de cierto, el verdadero principio del ministerio, plenamente ilustrado en el llamamiento y la obra de Saulo de Tarso, a partir de entonces el siervo de Cristo.

»Pero se podría objetar que leemos en el Nuevo Testamento de separación por parte de los hombres y de la imposición de manos. Lo reconocemos plenamente. Pero en algunos casos se trata de alguien que ya había mostrado su aptitud para la obra, y que es puesta aparte de una manera formal por autoridad apostólica para un cargo local, y es revestido de una cierta dignidad a los ojos de los santos, quizá porque no había demasiado don. Porque del anciano se observará que no se dice que sea un «maestro», sino sencillamente «apto para enseñar». En Hechos 14:23 leemos, «constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído». Esto demuestra que no era la iglesia, sino que ellos —Pablo y Bernabé— escogieron y ordenaron ancianos en las iglesias. En ningún caso se invita a la iglesia a que los seleccione. El hecho es que se confunde la posición de los ancianos con el ministerio. Los ancianos eran designados por aquellos que poseían ellos mismos una alta autoridad directamente de parte de Cristo; pero nunca ha habido nada que tenga que ver con ordenar a alguien para predicar el evangelio. En las Escrituras, el Señor, y sólo el Señor, llama a los hombres a predicar el evangelio. Como Él dice: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto». Y de Pablo dice:

«instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (Jn. 15:16; Hch. 9:15).

»En los tiempos apostólicos nunca se vio que se designase a alguien como maestro, ni como profeta. Pero entre los ancianos podría haber algunos de ellos como evangelistas, maestros, etc. Por ello se dice: «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar». Los presbíteros o ancianos, que tenían el papel de gobernar, incluso si no eran maestros, corrían el peligro de ser despreciados. Debían recibir honra como clase, especialmente aquellos que trabajaban en predicar y enseñar.

»El caso de Timoteo es sin duda peculiar. Fue designado mediante la profecía para una cierta obra muy peculiar —la de ser guardián de la doctrina. Y el apóstol y los presbíteros le impusieron las manos, con lo

que le fue comunicado un don espiritual que no poseía antes. Es evidente que no hay ningún hombre vivo en la actualidad que haya sido similarmente dotado y llamado a tal tarea. Véase 1 Ti. 1:18; 4:14; 2 Ti. 1:6.

»También se puede decir que, lo mismo que en el caso del apóstol Pablo, hubo una imposición de manos, lo cual lo vemos en Hechos 13. ¿Qué muestra esto? No, desde luego, que fuese un apóstol escogido por el hombre; porque el Espíritu Santo declara que él era «apóstol, *no* de hombres ni *por* hombre». Lo que tuvo lugar en Antioquía no fue, en sentido alguno, una ordenación para que fuese apóstol. Es evidente por muchas escrituras que había estado predicando años antes de que le impusiesen las manos, y que era uno de los profetas y maestros reconocidos en Antioquía. Creo que lo que tenemos aquí es la separación de Pablo y Bernabé para la misión especial a la que estaban a punto de ir —

plantar el evangelio en nuevos países. Era pura y simplemente una encomendación a la gracia de Dios para la nueva tarea a la que estaban a punto de iniciar. Algo así podría tener

lugar en nuestro tiempo presente. Supongamos que alguien que ha estado predicando el evangelio en Inglaterra siente en su corazón el ir a Japón, y sus hermanos piensan que se trata precisamente del hombre idóneo para esta tarea; podrían, con el fin de mostrar su concurrencia y simpatía, reunirse para oración y ayuno, para imponer las manos sobre el hermano que va allí. Esto, en mi opinión, sería totalmente escriturario, pero no es ordenar.

Lo que creo no escriturario, y desde luego positivamente pecaminoso, es acreditar a una serie de hombres que *no* son ministros de Cristo, y desacreditar a una serie de hombres que *sí son* Sus ministros, debido a que no pasan por esta innovación tradicional.»25

El ministerio

Aunque ya se han hecho observaciones sobre el tema del ministerio, parece que demanda un examen de pasada en relación con las cuestiones vinculadas de la predicación de los laicos y de la ordenación. Además, fue uno de los temas primeros de controversia con los Hermanos. El clero los acusó de negar totalmente el ministerio porque negaban la validez de la ordenación episcopal. Esto los expuso a muchos y acerbos ataques, pero el Señor empleó estas acusaciones para sacar a la luz la verdad acerca de la cuestión del ministerio que parece haber sido pasada por alto desde los días de los apóstoles. Fueron, creemos, los primeros en señalar con claridad la diferencia entre *sacerdocio* y *ministerio*.

Hasta ahora habían sido objeto de confusión en las mentes de los hombres; pero cuando la distinción quedó aclarada, cayó un torrente de luz sobre el interesante tema del ministerio cristiano.

El sacerdocio levítico y el ministerio

del evangelio

«La significación de la posición de la nación judía era muy sencilla. Una ley, para dirigir la conducta de un pueblo ya constituido como tal delante de Dios; y un sacerdocio para mantener las relaciones que existían entre este pueblo y su Dios —relaciones cuyo carácter no les permitía acercarse a Él sin mediación. La cuestión no era cómo buscar y llamar a los de fuera; sino *ordenar la relación* con Dios de un pueblo ya reconocido como tal.

»Como ya hemos visto, el cristianismo tiene un carácter totalmente diferente. Considera a la humanidad como universalmente perdida, demuestra la realidad de esto, y busca, por medio del poder de una nueva vida, adoradores en espíritu y en verdad. A la vez, introduce a los adoradores mismos a la presencia de Dios, que allí se revela a ellos como Padre de ellos —un Padre que los ha buscado y salvado. Y esto se hace no por medio de una clase sacerdotal intermedia que representa a los adoradores, debido a la incapacidad de estos últimos de acercarse a un Dios terrible e imperfectamente conocido; sino que los introduce en plena confianza a un Dios conocido y amado, porque Él los ha amado, buscado y purificado de todos los pecados de ellos, para que pudieran estar sin temor ante Él.

»La consecuencia de esta señalada diferencia entre las relaciones en las que se encuentran judíos y cristianos con respecto a Dios es, que los judíos tenían un *sacerdocio*

—y uno un ministerio— que actuaba aparte del pueblo; en cambio el cristianismo tiene un *ministerio* que encuentra su ejercicio en la revelación activa de aquello que Dios es —sea 25 Véase *Lectures on the Epistle to the Galatians,* págs. 5-11; también *Un Cuerpo y Un Espíritu*

[incluido en su libro *La Iglesia de Dios*], ambas obras de William Kelly.

en la iglesia o fuera de la misma—, sin ningún sacerdocio mediador entre Dios y Su pueblo, excepto el mismo gran Sumo Sacerdote. El sacerdocio cristiano está compuesto de todos los verdaderos cristianos, que gozan por un igual del derecho de entrar en el lugar santísimo por el camino nuevo y vivo que ha sido consagrado para ellos —un sacerdocio, además, cuyas relaciones son esencialmente celestiales.

»El ministerio, por tanto, es esencial al cristianismo, que es la actividad del amor de Dios en librar a las almas de la ruina y del pecado, y de atraerlas a Sí mismo.

La fuente del ministerio

»«Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Co.

5:19). Estas son las tres cosas que brotan de la venida de Dios en Cristo. «La reconciliación», el «no tomar en cuenta», y «el encargo a nosotros de la palabra de la reconciliación». Sin esto último, la obra de la gracia hubiera quedado imperfecta en su aplicación; y la coronación de esta gloriosa obra de la gracia de Dios era encomendar al hombre «la palabra de la reconciliación», según Su poder y agrado. Así, había dos elementos contenidos en el ministerio: primero, una profunda convicción y un sentido poderoso del amor exhibido en esta obra de reconciliación; en segundo lugar, dones para declarar a los hombres, según sus necesidades, las riquezas de esta gracia que animaba los corazones de aquellos que daban testimonio de la misma. …

»Así, tenemos estas dos cosas como motivos principales y fuentes de todo ministerio: el *amor* producido en el corazón por la gracia, el amor que impele a la actividad; y la soberanía de Dios que comunica *dones* según le parece bien, y llama a este o a aquel servicio —un llamamiento que hace del ministerio un asunto de fidelidad y de deber por parte de aquel que ha sido llamado. Se tiene que observar que estos dos principios suponen una libertad completa respecto al hombre, que no puede interferirse, ni como fuente ni como autorizador del ministerio, sin, por una parte, neutralizar el amor como fuente de la actividad, o, por la parte, usurpando la autoridad de Dios, que llama y envía.

No hay fuente cristiana de actividad excepto el amor de Cristo y el llamamiento de Dios.

»Este ministerio de Jesús, esta energía activa del amor de Dios en la búsqueda de los perdidos, el testimonio de la obra y victoria del Salvador, el único que es digno de ser así glorificado, recibe todo su poder de y tiene como su única fuente en el Espíritu Santo enviado del cielo. Es el ministerio del Espíritu Santo en la elección y empleo de Sus siervos. En todo esto, Dios es soberano. El ejercicio de los dones que Él ha conferido es regulado por el Espíritu Santo, que actúa de manera soberana en la iglesia. Las pruebas y los ejemplos de ello se encuentran en la Palabra. En cuanto a la fuente del ministerio, o a la autorización para su ejercicio, el hombre, si interfiere, comete pecado.»26

El perdón de los pecados

En un artículo que llegamos a conocer hace un cierto tiempo se decía que uno de los puntos doctrinales de los Hermanos es:

26 Véase un valiosísimo tratado de J. N. Darby, «On the Nature, Source, Power and Responsibility of Ministry», *The Collected Writings, Ecclesiastical,* vol. 1, pág. 315. Será de utilidad para todos los que estén bajo servidumbre por lo que respecta a su servicio público, que consulten esta abierta y libre exposición de la verdad acerca de *la libertad* y *responsabilidad* del siervo.

«Que no es lícito orar por el perdón de nuestros pecados, porque, si somos verdaderos cristianos, fueron perdonados hace mil novecientos años en la cruz.»

No se da referencia alguna que justifique esta declaración, y por tanto no podemos comparar contextos. La cruz, creemos todos, es la única base del perdón, pero nunca se dice al creyente que cree en Jesús: «Tus pecados fueron todos perdonados cuando Cristo derramó Su sangre en la cruz». El orden divino parece ser que Cristo *quitó* el pecado en la cruz, y que nosotros somos *perdonados cuando creemos,* no «hace mil novecientos años». «Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (He. 9:26). Y al primero de los pecadores que cae arrepentido a Sus pies, el bendito Señor le dice: «Tus pecados te son perdonados» (Jn. 7:48). Así, vemos que el pecado fue quitado en la cruz según las demandas de la gloria divina, de modo que el Padre queda libre de correr para acoger al pródigo que regresa, abrazándolo con el beso de reconciliación, revistiéndolo con la mejor ropa, y sellándolo con el anillo de Su amor eterno. Al mismo tiempo, si queremos ver nuestros pecados *quitados,* tenemos que mirar atrás a la cruz; en ningún lugar se dice que el Señor los quite de nuestros corazones; sólo en la cruz. Aquellos que miran en sus corazones en lugar de a la cruz para ver sus pecados quitados quedarán amargamente frustrados. Sólo sabemos que nuestros pecados fueron «quitados», «anulados», en la cruz, y son perdonados cuando creemos. La palabra del Señor es la única base para la total plenitud de fe. Por correcta que sea nuestra experiencia, no podemos edificar

sobre ella; la Palabra de Dios es el único lugar de reposo del alma. Las palabras de un himno expresan esta verdad de una manera muy dulce:

«Mi alma mira atrás (no dentro de sí) para ver

La carga que Tú llevase,

Cuando colgabas en el madero de maldición,

Porque TODA mi culpa estuvo allí.»

Por lo que respecta a la otra parte de esta doctrina que se atribuye a los Hermanos,

«Que no es lícito orar por el perdón de nuestros pecados»: Todos sabemos que se ha hecho mucho uso de esta denuncia. ¡Pero es la sagrada verdad de Dios la que es hecha objeto de ridículo! En nada muestran más incompetencia sus críticos a la hora de examinar y criticar sus escritos que en el tema tan elemental del perdón. Es evidente que los críticos no tienen un concepto apropiado de lo completo de la redención o de los privilegios de la relación del creyente con Dios. Por ello, enseñan que los cristianos tienen que orar a Dios a diario por el perdón de sus pecados y acudir a ser limpiados una y otra vez con la sangre de Jesús, como si pudiésemos ser perdidos y salvados cada día. «Las palabras del apóstol Juan», dice uno de ellos, «se dirigen evidentemente a los creyentes» (1 Jn. 1:7). «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia (no, nos *ha* limpiado, sino, nos *está* actualmente limpiando) de todo pecado.» Los Hermanos como conjunto se pronunciarían en el sentido de que la doctrina acabada de describir es totalmente falsa e inconsecuente con el contexto de 1 Juan 1:7 y con toda la Escritura, especialmente el evangelio. El apóstol está refiriéndose aquí a creyentes que están andando en la luz como Dios está en la luz, no tan sólo en conformidad a ella, sino en ella. ¿Cómo podría ser esto si sus pecados *no* hubieran sido purificados por la sangre de Jesús? Él no está hablando de una purificación *continua,* sino de una purificación *absoluta* de todo pecado, lo que es apropiado para la pura luz de la presencia de Dios.

Los Hermanos, desde luego, no tienen el hábito, al menos en público, de orar a Dios por el perdón de sus pecados. No porque lo consideren «ilícito» o porque hubiesen sido perdonados hace mil novecientos años, ni porque no pequen, sino porque sería incredulidad, por cuanto

no están en la posición de pecadores ante Dios, sino de hijos delante del Padre. Cuando un pecador se convierte —nace de nuevo— cambia de terreno; abandona, y para siempre, el terreno del hombre natural, y está a partir de entonces sobre el nuevo terreno de la vida eterna y de la salvación; de modo que sería incredulidad, de la más inexcusable, volver al viejo terreno, desconociendo la obra en gracia de Dios en el nuevo nacimiento. «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» … «pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Jn. 5:24; Gá. 3:26). Pero si no oran como pecadores para ser perdonados, sí confiesan sus faltas como hijos según la mente del Señor. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9). Aquí no se dice que Dios mostrará *gracia* y *misericordia* para perdonarnos si oramos a Él, sino que Él será *fiel* y *justo* para perdonarnos nuestros pecados si los confesamos. Esto es, Él es fiel y justo para con Cristo, que murió por nosotros, quitó nuestros pecados en la cruz, y la sangre del cual está rociada en el propiciatorio; siempre, por así decirlo, delante de la mirada de Dios.

Ciertamente que, a la luz de este texto, no podríamos orar a Dios que sea «fiel y justo»; sabemos que Él ha de serlo siempre respecto a la obra acabada de Cristo; pero podríamos no confesar plena o libremente nuestros pecados, y esto en el profundo sentido de lo que somos a la vista de aquella sangre que fue vertida por ellos, y en la presencia de Su santidad, los hijos de quien, aunque indignos, siempre somos. Es mil veces más escrutador para un hijo confesar los detalles de su falta que meramente pedir —puede que de manera mecánica— ser perdonado.

Vemos así que la Palabra de Dios es más consecuente que la teología de los hombres, y tres veces feliz es el cristiano que se siente feliz de andar a la luz de esta verdad, aunque sea mal comprendido y se tergiverse su verdadera posición. Vendrá el día en que el Señor vindicará a aquellos que, aunque teniendo poca fuerza, han guardado Su palabra y no han negado Su nombre.

La siguiente cita puede ser aceptada como el testimonio de los Hermanos en general respecto a 1 Juan 1:7.

«Si se supone que la purificación mediante la sangre de Jesús, en 1 Juan 1:7, está actualmente en marcha, esto refutaría el lenguaje del mismo apóstol en Apocalipsis 1:5, donde se nos dice que ya hemos sido purificados por Su sangre, y esto aparece de manera más notable en cualquier traducción exacta, como la versión del Deán Alford: “A Él

que nos ama, y que nos lavó de nuestros pecados en su sangre”. Su amor es constante, pero el lavamiento, o liberación, de nosotros de nuestros pecados es expresado con un participio de aquel tiempo que expresa una acción simple en el pasado, excluyendo duración. Juan no podría haber empleado esta forma si hubiera acudido a diario ante Dios para una purificación diaria por la sangre de Jesús; porque en este caso sería correcto emplear no el aoristo, sino el tiempo imperfecto, que expresa de manera precisa una acción continua o repetida.

»¿A qué se debe que el apóstol emplee el presente [en 1 Jn. 1:7]? ¿Hay acaso laxitud en su forma de expresarse, cuando dice “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”? Al contrario, el tiempo verbal es tan preciso en 1 Juan 1:7 como su empleo de participios distintivos en Apocalipsis 1:5. Un poco de conocimiento es proverbialmente peligroso; y en la exégesis de la Escritura hay voluminosos comentaristas que pueden

extraviarse, no menos que sus seguidores. Pero difícilmente conviene a nadie dar una opinión acerca de esta cuestión a los que desconocen el hecho de que en griego, como en la mayoría de las lenguas, el presente no se limita en absoluto a una acción incompleta todavía en curso de ejecución, porque expresa de manera no menos correcta un presente absoluto, como en proposiciones generales, declaraciones doctrinales, apotegmas (aforismos) y descripciones de maneras, costumbres o asuntos de acaecimiento frecuente.

Del mismo modo, en nuestra lengua diríamos, “el alimento nutre el cuerpo humano, el veneno mata”. La idea que se comunica no es la de la continuidad del acto, sino la cualidad de cada material, o de sus efectos opuestos en el hombre. Casi cada capítulo en las epístolas nos da ejemplos de esto. Tomemos una llana declaración análoga en 1 Juan 2:

“Él *es* la propiciación por nuestros pecados”. ¿Acaso el presente significa aquí que Él está realmente ahora haciendo la expiación por nuestros pecados? Evidentemente no es así; una interpretación así del presente anularía claramente la expiación. Aquí se emplea evidentemente en su sentido absoluto, sin referencia a ningún momento definido, para expresar la grande y bendita verdad de Su propiciación. Lo mismo en nuestro texto, el concepto de la purificación continuada contradiría de manera positiva la magna

doctrina de la Epístola a los Hebreos y del evangelio en general. Por ello, constituye un error gravísimo

…

»Hemos visto, así, que no se puede significar la purificación continua mediante la sangre, no meramente porque no tiene un significado justo en sí mismo, sino porque se opondría a otras Escrituras que tratan el efecto sobre el cristiano como completo. La Escritura no puede ser quebrantada. La Palabra no admite la aplicación repetida de la sangre de Cristo en ningún otro pasaje, incluso si la Palabra aquí lo implicase, que no lo hace. Queda, por tanto, que aceptemos el único sentido posible del presente que nos queda aquí, esto es, que el apóstol declara, de una manera absoluta, la purificación de los creyentes por la sangre de Jesús, expresada (como sucede de forma regular en tales proposiciones) en el presente, pero de manera abstracta, sin referencia a un tiempo pasado, presente y futuro, como una de las principales características de su lugar o posición. Aquí no es cuestión de este o aquel pecado, cuando tal pecado es confesado; Su sangre nos purifica de todo pecado. No tenemos aquí detalles, ni la restauración tras una falta. Es el valor apropiado y divino de Su sangre. En consecuencia, si fuese el designio del Espíritu Santo revelar esto de una manera absoluta, el tiempo presente sería precisamente el exactamente apropiado para el apóstol, como lo vemos ante nosotros. El esfuerzo por limitar o incluso aplicar la expresión “purifica” al sentido *continuo* del presente es por tanto mera ignorancia, o peor. La doctrina de esta cláusula, del contexto y de la Escritura en general, declaran de forma unánime e inequívoca el uso absoluto del presente en el verbo final de 1 Juan 1:7».27

La provisión de la gracia para

la familia de la fe

Mucha de la oscuridad, confusión e incertidumbre que predominan por la Cristiandad acerca del tema del perdón y de la certidumbre de la salvación sólo se pueden explicar —

por extraño que parezca— por el rechazo de verdades que la Escritura enseña, y por causa de las cuales los críticos denuncian a los Hermanos como herejes. Los maestros dirigentes de las diversas escuelas de pensamiento protestante parecen haber pasado totalmente por 27 *Bible Treasury,* marzo de 1879.

alto la perfecta provisión de Dios en la economía de la gracia para cada necesidad de toda la familia de la fe. Esta provisión está llanamente revelada por el bendito Señor en Juan 13.

Jesús había tomado ahora Su posición entre Sus discípulos como uno que se despide,

«sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre». Pero Su entrada en la gloria no iba a separar Su corazón de ellos, ni tampoco iba a privarle de atender a las necesidades de ellos. Para ilustrar esto, se ciñe para el servicio, y toma agua para lavar los pies de ellos. El efecto de este servicio es que el Espíritu Santo, mediante la Palabra, quita de manera práctica toda la contaminación que recogemos al caminar por este mundo pecaminoso. Ellos habían sido regenerados —habían nacido de nuevo: esto nunca podría repetirse; pero tenían que ser guardados en una condición de pureza sin mancha apropiada para la presencia de Dios, y para las relaciones en las que han sido introducidos en su unidad con Cristo en el cielo. Los sacerdotes que servían a Dios en el tabernáculo eran lavados enteros al ser consagrados. Este lavamiento nunca había de ser repetido.

Luego se lavaban las manos y los pies cada vez que se acercaban a Dios en el servicio. El cristiano, al haber sido lavado o bañado, «no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio». ¡Qué palabra de los labios de la verdad y santidad eternas! “y vosotros limpios estáis, aunque no todos”, porque Él sabía quien iba a traicionarle. El creyente más débil, o el cordero más joven en Su rebaño es guardado sin

mancha en la presencia de Dios —

donde Su obra consumada los ha puesto— mediante Su ministerio de gracia en lo alto, y por el poder del Espíritu Santo que permanece con Su pueblo aquí. Así, el Señor cuida de los intereses de ellos en el cielo, y el Espíritu Santo hace lo propio en la tierra, de modo que están bien cuidados, bien proveídos. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados”

(1 Jn. 2:1-2). Esta abogacía se basa en la justicia y en la propiciación, y el Espíritu Santo siempre actúa en armonía con la mente y la obra de Cristo.

Esta línea de verdad, tan liberadora y elevadora del alma, abunda en casi todos los escritos de los Hermanos, especialmente en los escritos de los primeros de ellos, de modo que se ha enseñado en público y privado, y se ha extendido mediante sus libros a lo largo de muchos años. No podemos dejar de pensar que aquellos que han tratado de ridiculizarlos a los ojos del público cristiano por no orar por el perdón de sus pecados

“porque fueron perdonados hace mil novecientos años en la cruz” son culpables de frivolizar, si no de pecar abiertamente, acerca de las cosas de Dios. Terminemos citando el siguiente extracto de una de las revistas mensuales de los Hermanos.

«Jesús asume ahora un nuevo servicio, la eliminación de las contaminaciones de los Suyos en su andadura como santos por el mundo. Este es el significado de lo que sigue.

“Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Jn. 13:5). Obsérvese cuidadosamente que aquí se trata de agua, no de sangre. El lector del Evangelio de Juan no habrá pasado por alto que da mucha importancia al “agua”, no sólo a la “sangre”. Así lo hizo el Señor al presentar la verdad a los Suyos, y nadie muestra esto más que Juan. Su primera epístola también caracteriza al Señor como Aquel que “que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre” (1 Jn. 56): Él nos purifica de nuestros pecados, además de expiarlos. Él emplea la Palabra para limpiar a aquellos que han sido lavados de sus pecados en Su sangre. Los apóstoles Pablo, Pedro y Santiago, insisten en el poder de la Palabra, lo mismo que Juan. Es desastroso y peligroso en sumo grado descuidar la purificación por el lavamiento de agua mediante la Palabra. Si “la

sangre” es respecto a Dios, sin embargo para nosotros el “agua” es con respecto a los santos, para eliminar la impureza en la práctica, así como para dar una nueva naturaleza,

que juzga el mal según Dios y Su Palabra. De Su costado abierto salieron sangre y agua (Jn. 19).

»Por lo que respecta a esta profunda y bendita verdad, la Cristiandad permanece, me temo, tan a oscuras como Pedro cuando rechazó aquella acción del Señor en gracia. Y

Pedro no llegó a comprender la verdad comunicada por esta tan significativa acción hasta más adelante, esto es, cuando el Espíritu Santo vino para mostrarles las cosas de Cristo. En esta ocasión misma estuvo totalmente errado. Y así suele suceder con los hombres ahora, aunque se ha otorgado plenamente la luz divina. Siguen perversamente limitando su significado a la enseñanza de la humildad. Esto es lo único que vio Pedro, y de ahí su error; porque él creyó que era una humillación excesiva por parte del Señor que le lavase los pies; y, cuando se sintió alarmado por la advertencia del Señor, cayó en el error opuesto. Sólo estamos a salvo cuando nos sujetamos a Su palabra desconfiando de nosotros mismos. … “El que está lavado (bañado), no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio”. El Señor “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18). Por Su “solo sacrificio” no sólo somos santificados sino perfeccionados para siempre. ¿Es que un santo no comete faltas después? Es triste decir que bien puede suceder. ¿Cuál es entonces la provisión para ello?

Es el lavamiento del agua por la palabra que el Espíritu aplica en respuesta a la abogacía del Hijo ante el Padre.»28

28 *Bible Treasury,* enero de 1878.

CAPÍTULO 7

LA POSICIÓN CRISTIANA

a importante cuestión de la posición cristiana surge de natural de la que hemos estado considerando: el perdón de los pecados. A no ser que la conciencia esté L purificada de todos los pecados, no podrá haber goce de la presencia divina. Este es el punto de separación entre los Hermanos y sus críticos; y al ser esto el umbral mismo del cristianismo, no debemos maravillarnos de que se considere a los primeros como en error, siendo que los segundos no comprenden su posición como cristianos, o, más bien, la posición cristiana. Se encuentran sobre un terreno distinto y contemplan las cosas divinas desde puntos de vista diferentes. Los pensamientos de los críticos están formados y sus declaraciones gobernadas por la escuela particular de pensamiento teológico en el que han sido instruidos, mientras que los pensamientos y las declaraciones de los Hermanos están gobernados sólo por la Escritura.

Naturalmente, los teólogos dirán que sus diferentes sistemas de teología son deducciones justas e imparciales de la Escritura y que están apoyadas por ella. Bien, supongamos que admitimos esto; pero, ¿cuánto de la verdad de Dios queda fuera en estos cuerpos normalizados de doctrina? ¿Adónde iremos para encontrar la doctrina de la iglesia de Dios como cuerpo y esposa de Cristo? ¿La presencia del Espíritu Santo en la tierra y Sus diversas operaciones? ¿La venida del Señor para recibirnos a Sí mismo? ¿El arrebatamiento de los santos? ¿Las relaciones celestiales del cristiano? ¿La primera resurrección y el reinado milenario de los santos con Cristo por mil años? (1 Co. 12; Ef.

4; Ap. 21; Jn. 14; 15; 16; Jn. 14:1-3; 1 Ts. 4:13-18; 1 Co. 15:51, 52; Ef. 2:4-6; Col. 3:1-4; Ap. 20:5, 6). Estas benditas y preciosas verdades son enseñadas en la Escritura de una manera llana y abundante, y caracterizan la enseñanza y los escritos de los Hermanos.

Pero, ¿en qué sistema de teología se van a encontrar?29

Sabemos que hay cristianos individuales que en las diversas denominaciones mantienen y enseñan algunas de estas verdades, especialmente en los últimos años; pero nos estamos refiriendo a aquellos sistemas de doctrina que tienen la intención de conducir a los jóvenes en sus estudios, y mediante los que son examinados antes de recibir su licencia, y por los que serán juzgados si nunca después llegan a quedar sujetos a acciones disciplinarias.

Deben predicar sólo aquellas doctrinas que quedan dentro de los límites de su sistema si no quieren que se les llame la atención. Así, podemos preguntar: ¿cómo pueden aquellos que han sido instruidos así y que siguen adhiriéndose a su sistema, tener competencia para pesar en las balanzas del santuario las verdades que componen estas enseñanzas, siendo que no las comprenden, sino que meramente las juzgan por medio de su propia teología?

29 Cuando este libro fue originalmente escrito, alrededor de 1878, estas verdades eran mayormente desconocidas en la mayoría de las denominaciones. Ahora, por la misericordia de Dios, algunas de ellas, como la venida del Señor, son bien conocidas y fielmente predicadas en muchos lugares.

El testimonio de la Escritura

Veremos ahora qué tiene que decir la Palabra de Dios tocante a la cuestión de la posición cristiana en relación con el perdón.

El apóstol Juan dice, en su primera epístola: «Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:5-7). En el versículo 7 tenemos los tres grandes rasgos de nuestra posición cristiana, contemplada como hombres que andan aquí abajo. Juan no está describiendo una clase especial entre los fieles, sino a todos los verdaderos cristianos, sea donde sea que se hallen. Andamos en luz como Dios está en luz, donde todo pecado es juzgado según Él con quien estamos en comunión. Luego, algo de lo que el mundo nada sabe, «tenemos comunión unos con otros», esto es, tenemos la misma naturaleza divina, y el mismo Espíritu Santo habita en nosotros; de modo que ha de haber comunión. Esto lo podemos ver cada día y allí donde estemos. Cuando viajamos, puede ser, nos encontramos con un perfecto extraño; cae una palabra —el bendito nombre de Cristo, o aquello que comunica al corazón el sentido de Su gracia, y tenemos comunión con aquella persona, sencillamente porque allí hay vida divina. Esto es sólo natural en la nueva creación de Dios, siendo todos habitados por el mismo Espíritu. Pero además de todo esto, somos

purificados de todo pecado —«la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Esto no es traído aquí como provisión para nuestras faltas, como algunos dicen, ni para nuestra restauración diaria. El apóstol está refiriéndose a la posición en la que el creyente es situado por la gracia de Dios desde el comienzo de su carrera cristiana, y que permanece sin cambios en toda dicha carrera.

Estamos en luz como Dios está en luz; tenemos comunión unos con otros; y somos limpiados por la sangre de Jesucristo —el poder siempre permanente de la sangre de Jesús que no conoce límite alguno.

«Estos son los tres grandes principios de la posición cristiana. Estamos en la presencia de Dios sin velo. Es algo real, un asunto de vida y andadura. No es lo mismo que andar según la luz; pero es en luz. Es decir, que esta andadura está ante la mirada de Dios, iluminada por la plena revelación de lo que Él es. No se trata de que no haya pecado en nosotros, sino que, andando en luz, estando la voluntad y la conciencia en luz como Dios está en luz, todo aquello que no se corresponde con ello es juzgado. Vivimos y andamos moralmente en la conciencia de la presencia de Dios. Así, andamos en la luz. El gobierno moral de la voluntad es el mismo Dios, Dios conocido. Los pensamientos que inclinan el corazón proceden de Él mismo, y son formados por la revelación de Él mismo. El apóstol expone estas cosas de una manera abstracta; así, dice: «no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1 Jn. 3:9); y esto mantiene la regla normal de esta vida; es su naturaleza; es la verdad, en cuanto a que el hombre ha nacido de Dios. No podemos tener otra medida de ello; cualquier otra sería falsa. No sigue de ello, ¡ay!, que seamos siempre consecuentes; pero somos inconsecuentes si no estamos en este estado; entonces no estamos andando según la naturaleza que poseemos; quedamos fuera de nuestra verdadera condición según aquella naturaleza.

»Además, andando en la luz como Dios está en la luz, los creyentes tienen comunión unos con otros. El mundo es egoísta. La carne, las pasiones, buscan su propia gratificación; pero si yo ando en la luz, el yo no tiene lugar ahí. Gozo de la luz y todo lo que veo en ella con otro, y no hay celos. Si otro posee una cosa carnal, yo me quedo

privado de ella. En la luz tenemos una coposesión de aquello que Él nos da, y gozamos tanto más de ello compartiéndolo juntos. Esta es una piedra de toque de todo lo que es de la carne.

»Sentimos la necesidad que hay de lo último: la sangre que limpia de todo pecado.

Mientras andamos en la luz como Dios está en la luz, con una revelación perfecta que nos ha venido de Él mismo, con una naturaleza que le conoce espiritualmente, como el ojo es llevado a apreciar la luz, no podemos decir que no tenemos pecado. La luz misma nos contradiría. Pero podemos decir que la sangre de Jesucristo nos limpia perfectamente de dicho pecado.»30

Aquellos que conocen su lugar en asociación con Cristo resucitado de los muertos saben que tienen vida eterna, y esto en resurrección; la muerte, un sepulcro vacío, el mundo, el pecado y Satanás quedan todos detrás del cristiano. El sepulcro de Cristo es el final de cada enemigo. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois [no “seréis”, sino “sois”] salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Efesios 2:4-6).

Los resultados de la redención

Antes de dejar la Epístola de Juan, observaremos brevemente la enseñanza de los tres testigos en el capítulo 5. «Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.» Juan tiene su mirada en la cruz. Fue del costado traspasado de Jesús que brotaron la sangre y el agua; y aquello de lo que dan testimonio es que Dios nos ha dado vida eterna por la muerte de Su amado Hijo. «Es el juicio de muerte pronunciado y ejecutado (comparar Romanos 8:3) sobre la carne, sobre todo lo que es del viejo hombre, sobre el primer Adán. ¡No que el pecado del primer Adán estuviera en la carne de Cristo, sino que Jesús murió en ella como sacrificio por aquel pecado!» ¡Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas! Aquí tenemos la sangre que expía, el agua que purifica, y el Espíritu que habita en nosotros, dando testimonio de su eficacia. Pertenecemos a la nueva creación de Dios; poseemos vida en resurrección. La sangre de la propiciación nos purifica de todo pecado; el agua de la purificación nos mantiene tan sin mancha como la sangre nos ha limpiado, y el Espíritu Santo es el poder en la aplicación de estas cosas mediante la fe en la Palabra, dándonos el gozo de ambas, y dando testimonio porque Él es verdad.

Aquello respecto a lo que los tres dan testimonio queda clarificado y lleno de interés en la siguiente cita:

«Él vino mediante agua —un poderoso testimonio, al brotar del costado de un Cristo muerto, de que la vida no debe ser buscada en el primer Adán; porque Cristo, como asociado con Él, asumiendo su causa, el Cristo venido en la carne, tenía que morir; si no, hubiera permanecido a solas en Su propia pureza. La vida tiene que ser buscada en el Hijo de Dios resucitado de entre los muertos.

»Pero no fue mediante agua solamente que vino; fue también mediante sangre. La expiación de nuestros pecados fue tan necesaria como la purificación moral de nuestras almas. Y la poseemos en la sangre de un Cristo inmolado. Sólo la muerte podía expiarlos, 30 J. N. Darby, *Synopsis of the Books of the Bible,* vol. 5, pág. 456.

borrarlos. Y Jesús murió por nosotros. La culpa del creyente ya no existe más ante Dios; Cristo se ha puesto en su lugar. La vida está en las alturas, y nosotros somos resucitados junto con Él, habiendo Dios perdonado todas nuestras ofensas.

»El tercer testigo es el Espíritu —mencionado el primero en el orden de su testimonio en la tierra; el último en su orden histórico. En efecto se trata del testimonio del Espíritu, Su presencia en nosotros, lo que nos capacita para apreciar el valor del agua y de la sangre.

»Nunca habríamos comprendido la significación práctica de la muerte de Cristo si el Espíritu Santo no fuese un poder revelador para el nuevo hombre, tocante a su importancia y eficacia. Ahora, el Espíritu Santo ha descendido de un Cristo resucitado y ascendido, y así conocemos que la vida eterna nos es dada en el Hijo de Dios.

»El testimonio de estos tres testigos se une en esta misma verdad, esto es, que la gracia, que el mismo Dios, nos ha dado la vida eterna; y que esta vida está en Su Hijo. El hombre no tenía nada que hacer en todo esto —excepto por sus pecados. La vida eterna es el don de Dios. Y la vida que Él nos da está en Su Hijo. El testimonio es el testimonio de Dios.

¡Qué bendito es tener un testimonio así, y esto de Dios mismo, y en perfecta gracia!»31

La verdadera base de la paz

Todo aquel que sea ajeno a una plácida y asentada paz con Dios haría bien en leer los escritos de estos cristianos acerca de esta cuestión. No dan un sonido incierto. Las «dudas y temores» que durante tanto tiempo han acosado y aturdido a incluso los más piadosos entre las denominaciones no se han desvanecido totalmente, aunque en estos últimos años muchos cristianos han encontrado más claridad y certidumbre que anteriormente. Se podrían dar muchos de los más ilustres nombres en eras pasadas que se sintieron frecuentemente inquietos a lo largo de su vida, inseguros acerca de su perdón y aceptación.

La verdadera paz era desconocida.

Pero la paz con Dios es la herencia de todos Sus hijos —como legado dejado por Cristo a Sus discípulos: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da» (Jn. 14:27). Fue en medio de este mundo con todas sus pruebas y conflictos que Él les dio Su propia paz —la paz que Él mismo tenía con el Padre mientras andaba en este

mundo. Pero, ¿por qué será que tan pocos gozan de esta paz con el Padre que Él gozó?

¡Es nuestra! ¡Nos la dejó! No se puede dar otra razón que la incredulidad. No podemos gozar de una bendición antes de creerla. Y Él quería que nosotros gozásemos de esta paz en este mundo y a pesar del mismo, como Él la gozó. Él es también nuestra paz en el cielo, de modo que es perfecta en la luz así como en el mundo.

Ponderemos las siguientes citas acerca de esta cuestión personal de tanta importancia, y el lector podrá juzgar acerca de la enseñanza.

«Nuestra paz no es meramente algo que gozar dentro de nosotros, sino que es Cristo fuera de nosotros: "Porque él es nuestra paz" —una expresión de lo más maravilloso. Y

si las almas tan sólo descansasen en esto, ¿habría ansiedad alguna acerca de la plenitud de la paz? Es mi propia culpa si no reposo en ella y gozo de ella. Pero, incluso así, ¿debo dudar de que Cristo sea mi paz? Si dudo, lo estoy deshonrando. Si tuviera yo un avalista de riquezas inagotables, ¿por que iba yo a dudar de mi posición o de mi crédito? No dependería ni de mi riqueza ni de mi pobreza. Todo tiene que ver con los recursos de Aquel que se ha hecho responsable de mí. Así es con Cristo. Él es nuestra paz, y no puede haber posibilidad alguna de que Él pueda faltar. Cuando el corazón confía en esto, ¿cuál es 31 J. N. Darby, *Synopsis of the Books of the Bible,* vol. 5, pág. 426.

el efecto? Entonces podemos reposar y gozar de la paz. Pero debo empezar creyéndolo. El Señor, en Su gracia, da a Su pueblo en ocasiones arrebatos de gozo; pero el gozo puede fluctuar. La paz es o debiera ser algo permanente, a lo que el cristiano siempre tiene derecho, y ello debido a que Cristo es nuestra paz.»32

«Es muy importante tener un conocimiento claro de aquello que constituye el fundamento de la paz del pecador en la presencia de Dios. Se asocian tantas cosas a la obra cumplida por Cristo, que las almas se ven hundidas en la incertidumbre y en la oscuridad en cuanto a su aceptación. No disciernen el carácter absolutamente establecido de la redención por la sangre de Cristo en su aplicación a sí mismo. Parecen no ser conscientes de que el pleno perdón de sus pecados descansa sobre el simple hecho de haberse cumplido una expiación perfecta, un hecho atestiguado y probado a la vista de toda

inteligencia creada mediante la resurrección de entre los muertos de Aquel que es el Garante por el pecador. Ellos saben que no hay otro medio de salvarse que la sangre de la cruz, pero los demonios también saben esto y no les aprovecha para nada. Lo que es tan necesario es saber que *somos salvos.* El israelita no sabía meramente que la sangre era una salvaguardia, sino que sabía que *él estaba a salvo.* ¿Y por qué estaba a salvo? ¿Acaso por alguna cosa que él hubiese hecho, o sentido, o pensado? No, en absoluto; lo sabía porque Dios había dicho: "Veré la sangre y pasaré de vosotros". El israelita descansaba en el testimonio de Dios; creía lo que Dios había dicho, porque Dios lo había dicho: "éste atestigua que Dios es veraz" (Juan 3:33).

»Observa, querido lector, que el israelita no descansaba en sus propios pensamientos, ni en sus sentimientos, ni tampoco en sus experiencias relativas a la sangre. Esto habría sido descansar sobre un miserable fundamento de arena. Sus pensamientos y sus sentimientos podían ser profundos o superficiales; pero profundos o superficiales, nada tenían que ver con el fundamento de su paz. Dios no había dicho: "*Cuando veáis* la sangre y la estiméis como debe ser estimada, yo pasaré de vosotros". Esto habría bastado para hundir al israelita en una profunda desesperación en cuanto a sí mismo, puesto que es imposible para el espíritu humano apreciar en su justo valor la preciosa sangre del Cordero. Lo que le daba la paz era la certidumbre de que la mirada de Jehová reposaba sobre la sangre, y el israelita sabía que Él la apreciaba en todo su valor. ¡"Veré la sangre"! He aquí lo que tranquilizaba su corazón. La sangre estaba afuera, en el dintel de la puerta, y el israelita que estaba dentro no podía verla; pero Dios sí la veía, y esto era plenamente suficiente.

»La aplicación de lo que precede a la paz del pecador es bien sencilla. Habiendo el Señor Jesús derramado su preciosa sangre en expiación perfecta por el pecado, Él ha llevado esta sangre a la presencia de Dios, y allí Él ha hecho la aspersión; y el testimonio de Dios asegura al pecador que cree, que todas las cosas han sido arregladas a su favor y ello no por el aprecio que él tiene de la sangre, sino por la sangre misma: por una sangre que tiene tan grande valor a los ojos de Dios, que, a causa de esa sangre, y de ella solamente, puede perdonar con justicia todo pecado, y recibir al pecador como perfectamente justo en Cristo. ¿Cómo podría gozar el hombre de una paz sólida, si su paz dependiera de la estima que él hiciese de la sangre? La mayor apreciación que el espíritu humano puede hacer del valor de la sangre estará siempre infinitamente por debajo de su valor divino; por lo tanto, si nuestra paz dependiese de nuestra justa apreciación de lo que esta sangre vale, jamás podríamos gozar de una paz firme y segura, y sería lo mismo que si la buscásemos "por las obras de la ley"

(Romanos 9:32; Gálatas 2:16; 3:10). Es necesario que haya un fundamento de paz suficiente en la sangre *sola,* porque de otra

32 *Lectures on Ephesians,* por W. Kelly, pág. 103.

manera jamás tendríamos paz. Mezclar con esa sangre el valor que nosotros le concedemos es derribar todo el edificio del cristianismo de una manera tan efectiva como si condujéramos al pecador al pie del monte de Sinaí y lo pusiéramos bajo el pacto de las obras. O bien el sacrificio de Cristo es suficiente, o bien no lo es. Y si lo es, ¿por qué esas dudas y temores? Con las palabras de nuestros *labios* declaramos que la obra está cumplida, pero las dudas y los temores del *corazón* dicen que no lo está. Todos aquellos que dudan de su perdón perfecto y eterno niegan, por lo que a ellos se refiere, el cumplimiento y la perfección del sacrificio de Cristo.

»Hay un gran número de personas que retrocederían ante la idea de poner en duda, abierta y deliberadamente, la eficacia del sacrificio de Cristo, y ello no obstante, no gozan de una paz segura. Estas personas dicen estar plenamente convencidas de que la sangre de Cristo es perfectamente suficiente, si sólo pudiesen estar ciertas de tener parte en esa sangre, *si* sólo *tuviesen* la fe genuina. Hay muchas preciosas almas en esta triste condición. Se ocupan más de su fe y de sus sentimientos que de la sangre de Cristo y de la palabra de Dios. En otras palabras, miran dentro de ellas mismas en lugar de mirar afuera, a Cristo. Esto no es fe, y, por consiguiente, carecen de paz. El israelita dentro del dintel rociado con la sangre podría enseñar a esas almas una lección muy oportuna. A él no le salvaba el valor que concediese a la sangre, sino simplemente la sangre misma. Sin duda, él apreciaba la sangre a su manera, como es seguro también que pensaría en ella; pero Dios no había dicho: “Cuando veré el aprecio que hacéis de la sangre, pasaré de vosotros”; sino: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. *LA SANGRE,* con todo su valor y su divina eficacia, había sido puesta delante de Israel; y si el pueblo hubiese querido poner algo más al lado de ella, aunque sólo hubiese sido un pedazo de pan sin levadura, para fortalecer el fundamento de su seguridad, habría hecho a Dios mentiroso, y negado la suficiencia perfecta de su remedio.

»Nuestra natural inclinación es la de buscar en nosotros, o en nuestras cosas, algo que pueda constituir, junto con la sangre de Cristo, el fundamento de nuestra paz. Sobre este punto vital se advierte en muchos cristianos una lamentable falta de claridad y de comprensión,

como lo demuestran las dudas y los temores en que se ven atormentados un buen número de ellos. Estamos inclinados a mirar los frutos del Espíritu en nosotros, como si fuesen el fundamento de nuestra paz, en vez de mirar a la obra de Cristo por nosotros. Pronto tendremos la oportunidad de considerar cual es el lugar que ocupa la obra del Espíritu Santo en el cristianismo, pero esta obra no nos es presentada nunca en las Escrituras como siendo el fundamento donde se afirma nuestra paz. El Espíritu Santo no ha hecho la paz, es Cristo quien la ha hecho; no se nos dice que el Espíritu Santo es nuestra paz: se nos dice que Cristo es nuestra paz. Dios no envió a predicar "la paz por el Espíritu Santo", sino "la paz por Jesucristo" (cp. Hechos 10:36, Efesios 2:14, 17; Colosenses 1:20). Jamás podremos percibir con suficiente sencillez esta diferencia tan importante. Sólo por la sangre de Cristo obtenemos la paz, la justificación perfecta, y la justicia divina: Él es quien purifica nuestras conciencias, quien nos introduce en el Lugar Santísimo, el que hace que Dios sea justo recibiendo al pecador que cree, y el que nos da derecho a todos los goces, a todos los honores, y a todas las glorias del cielo (véase Romanos 3:24-26; 5:9; Efesios 2:13-18; Colosenses 1:20-22; Hebreos 9:14; 10:19; 1 Pedro 1:19; 2:24; 1 Juan 1:7; Apocalipsis 7:14-17)».33

33 *Notas sobre Éxodo,* por C. H. Mackintosh, pág. 129 (antigua edición).

La justicia de la Ley, y la

justicia de Dios

La cuestión que va encabezada por el título que antecede ha dado ocasión de mucha virulencia a muchas buenas personas. Pero es difícil para el espectador concebir por qué los cristianos, que creen en la inspiración plenaria de la Escritura, tendrían que contender con tanta tenacidad en favor del término teológico «la justicia de Cristo» en lugar del que la Biblia emplea, «la justicia de Dios». El primero —en el sentido teológico— nunca se emplea en la Escritura, mientras que el segundo es empleado muchas veces. El pasaje que se cita tantas veces, «por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos» (Ro.

5:19), no hace referencia en absoluto a la relación de Cristo con la ley, sino que es la recapitulación de la tendencia innata, del un lado, de la una ofensa de Adán, y del otro, de la obra de Cristo, sin descender a detalles.

En diversos sistemas teológicos se afirma que la base de nuestra justificación es que Cristo guardó la ley por nosotros, a fin de que esto fuese aceptado en lugar de nuestro fracaso. Esto, dice la moderna teología, es la justicia de Cristo que es imputada al creyente para justificación —su vestido de bodas. Sus transgresiones son perdonadas por el derramamiento de la sangre. Lo primero recibe el nombre de la obediencia *activa,* y lo segundo, la *pasiva,* de Cristo. Cuando se dice que el Espíritu de Dios usa de manera invariable la expresión *justicia de Dios,* ellos responden: cierto, pero Jesús es Dios.

Los Hermanos han escrito tanto acerca de esta cuestión, y han expuesto tantas escrituras al desarrollarla, que nos resulta difícil hacer una selección. Pero recomendaríamos a los interesados en la cuestión que consulten las obras originales.34

«Creo,» dice el Sr. Darby, «y bendigo a Dios por la verdad, que Cristo es nuestra justicia, y que por Su obediencia somos constituidos justos. Esta es la paz constante de mi alma. Lo importante aquí es el contraste entre la muerte y los padecimientos de Cristo, que han ganado nuestro perdón, y Su obediencia como nuestra justicia por la que somos justificados. … ¿Qué es, así, la justicia de Dios, y cómo se manifiesta? ¿Cómo participamos de ella? ¿Cómo nos es imputada la justicia? De nosotros se dice que somos la justicia de Dios en Cristo (2 Co. 5:21). El apóstol habla de tener la justicia de Dios (Fil.

3:9). Pero no se dice que la justicia de Dios nos sea imputada. Ni tampoco es la justicia de Cristo una expresión escrituraria, aunque

ningún cristiano duda de que Él fue perfectamente justo. Con todo, el Espíritu de Dios es perfecto en sabiduría, y sería cosa asombrosa que aquello que es la base necesaria de nuestra aceptación no quedase claramente descrito en la Escritura. Un pasaje parece expresarlo (Ro. 5:18). Pero el lector podrá ver en la versión Reina-Valera de 1909 que se trata de “una justicia” (así también aparece en el margen de la Versión Autorizada inglesa). No puede caber duda alguna de que esta es la verdadera traducción. Pero la expresión “la justicia de Dios” se usa tantas veces que no es necesario citar los pasajes. Ahora bien, no es en vano que el Espíritu Santo, al tratar esta cuestión tan importante, nunca emplea una expresión, esto es, la justicia de Cristo, y en cambio usa constantemente la otra, esto es, la justicia de Dios. De esta manera es que aprendemos la corriente del pensamiento del Espíritu. La teología emplea siempre aquello que el Espíritu Santo nunca emplea; y en tal caso no sabré qué hacer de aquello que el Espíritu Santo siempre emplea. …

34 *A Treatise on the Righteousnes of God,* por J. N. Darby; *The Righteousness of God; What is it:,* por W. K. Broom; *The Brethren and their Reviewers,* por J. N. Darby; *Lectures on Ephesians,* por W.

Kelly, pág. 104.

»El gran mal de todo el sistema teológico es que se trata de una justicia que se exige del hombre como nacido de Adán, aunque otro pueda proveerla. Lo que se provee es la justicia humana. Si Cristo la ha cumplido por mí, sigue siendo lo que yo hubiera debido hacer.

Está cumpliendo aquella exigencia que había sobre mí. … En la doctrina de la Epístola a los Romanos vemos que *toda la base* de nuestra justificación y de toda bendición reside en la muerte, no en la vida de Cristo sobre la tierra. “A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, … con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro.

3:25-26). ¿Quién es justo? Dios. Aquí tenemos este principio de toda importancia: la justicia de Dios significa en primer lugar Su propia justicia: que Él es justo. No es del hombre, o siquiera la justicia positiva de algún otro, constituida de alguna cantidad de mérito legal, de la que sea investido. La justicia de la que se habla es del hecho de

que Dios es justo, y con todo se declara que Él puede justificar al más grande pecador.

»Pero se dirá aquí que ha de haber una base para esto, que permita que sea justo perdonar y justificar. La justicia tiene un doble sentido. Yo soy justo, digamos, al premiar o al perdonar; pero esto supone un derecho que haga que sea justo que yo lo haga así —

un mérito de alguna clase. Si yo he prometido algo, o moralmente se debe algo a la justicia, soy justo al darlo. Así, para que Dios sea justo al perdonar y justificar, tiene que haber algún motivo moral adecuado para ello. En el pecador, desde luego, no lo había. *En la sangre de Cristo si lo había.* Y Dios, habiéndolo establecido a Él como propiciatorio, la fe en Su sangre vino a ser el camino de la justificación. Esto exhibe la justicia de Dios al perdonar. Así aceptado, estoy ante Dios sobre la base de Su justicia.»

Se ha dicho con frecuencia de los Hermanos que no dan valor a la *vida* de Cristo; que pasan por encima de ella como si no fuese de valor para el hombre ni de gloria para Dios.

Es cierto que no toman la vida de Jesús antes de Su muerte como la base de nuestra justificación, porque Él mismo dice: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24).

Pero es falso decir que dejan de lado la vida de Cristo como sin significado para nosotros.

«Aquí, una vez más,» dice el Sr. Kelly, «entendámonos. ¿Acaso negamos por un momento la sujeción del Señor Jesús a la ley de Dios? ¡No lo quiera Dios! Naturalmente que Él cumplió la ley; Él glorificó a Dios en cada forma posible en el cumplimiento de la misma. Este no es un punto de controversia entre cristianos. No es creyente quien suponga que Cristo faltó en cualquier acto de Su vida, que no cumplió de una manera íntegra y bendita con la ley de Dios, o que el resultado pudiera ser de poco valor para Dios o el hombre. …

»Niego yo acaso que el camino, la andadura, la vida de Jesús, la glorificación de Dios en todos Sus caminos, tengan gran valor para nosotros? ¡No lo quiera Dios! Tenemos a Jesús íntegramente, y no en parte; tenemos a Jesús en todo lugar. No estoy conteniendo ahora en absoluto en contra de la preciosa verdad de que siendo Cristo nuestra aceptación, tenemos a Cristo como un todo. Tenemos Su obediencia ininterrumpida toda Su vida entera, y el grato aroma de la misma para

Dios forma parte de la bendición que pertenece a cada hijo de Dios. Creo en ella, me regocijo en ella, doy gracias a Dios por ella, confío yo, de manera continua. Pero la cuestión que contemplamos es otra muy distinta. Dios emplea para Su propia gloria, y para nuestras almas, todo lo que Jesús hizo y padeció.

»La verdadera cuestión es: ¿cuál es la justicia de Dios? Esta cuestión tiene que resolverse no por opiniones, sentimientos, imaginaciones, tradiciones —no por lo que se predique o reciba, sino por lo que está escrito: por la Palabra de Dios. Aquí tenemos la respuesta de Dios. "Ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios"

(Ro. 3:21). No puede darse un lenguaje más absoluto y preciso. Lo que el Espíritu Santo emplea es una expresión que pone la ley totalmente a un lado, por lo que respecta a la justicia divina. El Espíritu Santo ha estado hablando acerca de la ley, y de la ley condenando al hombre. Ha expuesto que la ley exigía justicia, pero que no podía encontrarla. Este es otro orden de justicia —no del hombre, sino de Dios—, y además totalmente aparte de la ley en cualquier forma. ¡Qué momento más adecuado para decirlo, si esta hubiera sido la buena nueva de Dios, que Jesús vino a obedecer la ley por nosotros, y que Dios toma esto como Su justicia para que cada hombre pueda estar en ella! ¿Y por qué no se dice así, entonces? Porque no es la base, ni el carácter ni la naturaleza de la justicia de Dios. Esta justicia es totalmente aparte de la ley.

»Por tanto, esto es lo que aquí se dice: "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas". Observemos la gran exactitud del lenguaje. La ley y los profetas no manifestaron la justicia de Dios; sin embargo, la ley de varias maneras señalaba a otra clase de justicia que iba a venir; los profetas la expusieron aún de manera más clara por lo que al lenguaje respecta. La ley dio tipos, los profetas asumieron que la justicia de Jehová iba a venir. Pero ahora el evangelio nos manifiesta que ha venido —la justicia divina es una realidad revelada. ... La redención es el justo fundamento. La sangre de Cristo merece de parte de Dios que el creyente sea justificado, y Dios mismo es justo al justificarlo.

»No es la justicia de Dios aparte de Jesús; es la justicia de Dios aparte de la ley. Él ha establecido a Cristo como propiciatorio. Cristo llegó a ser el verdadero propiciatorio. Dios lo entregó a Él en sacrificio por el

pecado, para que por la ofrenda de Su cuerpo hecha una vez para siempre, cada alma que cree en Él pudiera ser santificada: más aún que esto,

“porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He.

10:14). Esto ha sido efectuado en Su muerte. Él vino no meramente a cumplir la ley, sino toda la *voluntad* de Dios, por la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo una vez para siempre.

»Aquí tenemos entonces la justicia de Dios desarrollada en la forma más simple y clara.

Significa que Dios es justo, y que justifica en virtud de Cristo. Él es justo, porque el pecado ha sido afrontado en la cruz: el pecado ha sido juzgado por parte de Dios; Cristo sufrió e hizo expiación por el pecado. Más aún: el Señor Jesús ha exaltado a Dios hasta tal punto, y tanto ha glorificado Su carácter, que hay ahora una deuda positiva del otro lado.

En lugar de estar la obligación, por así decirlo, totalmente del lado del hombre, Dios se ha interpuesto ahora, y, habiendo sido exaltado de tal manera en el Hombre Cristo Jesús, en Su muerte, es ahora positivamente justo cuando justifica el alma que cree en Jesús. Por consiguiente, es la justicia de Dios; porque Dios está así mostrándose justo respecto a los derechos de Cristo.»

Sometimiento a la Palabra de Dios

La gran causa de desacuerdo entre los Hermanos y las denominaciones acerca de las doctrinas principales del cristianismo surge de la diferencia en sus normas. Los unos y las otras profesan ser guiados por la Escritura, pero los primeros se sujetan a la desnuda simplicidad y autoridad de la Palabra de Dios, y las otras a doctrinas deducidas de la misma, y, creen ellos, en conformidad a ella. Los unos pueden ser tan sinceros como los otros, pero sus normas de referencia no son las mismas. Por ello, nunca pueden estar de acuerdo ni ver las cosas bajo la misma luz. Los unos tienen que considerar a los otros como estando en un error. La cuestión es: ¿Quién tiene la verdadera regla? «Todas las

expresiones humanas de la verdad», dicen los Hermanos, «han de ser

inferiores a la Escritura, incluso cuando son derivadas de ella, pero suponiendo que todo lo que pertenece a sus credos sea correcto, es como *un árbol hecho* en lugar de *un árbol en crecimiento.* La Palabra da verdad en sus operaciones vivientes. La da en relación con Dios, en relación con el hombre, con la conciencia, con la vida divina, y es por ello algo totalmente distinto.»

En toda esta controversia hay de parte de los críticos de los Hermanos un evidentemente alejamiento de la llana Palabra de Dios. Cuando se ven los resultados de una sujeción total a la Palabra de Dios, hay vacilaciones, una indisposición a someterse a las justas conclusiones de la verdad. Hay muchos cristianos en las denominaciones que creen que los Hermanos tienen la razón por lo que respecta a la Escritura, pero unirse con ellos significaría perder una posición en la sociedad, que todavía no están dispuestos a abandonar. Sin embargo, la conciencia puede sentirse agitada; pero la mente, razonando, dice: ¿estaría bien abandonar una escena de utilidad como la que tengo? ¿Podría hacer el mismo bien uniéndome a los Hermanos, siendo que en todas partes se habla en contra de ellos? Estos razonamientos tienen más poder sobre algunos, por el poder de Satanás, que la llana Palabra de Dios. Pero los tales olvidan que «el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» (1 S. 15:22). Y, como dice el profeta: «dejad de hacer lo malo» (Is. 1:16). Este ha de ser el primer paso cuando nos encontramos en una posición falsa. Luego se dará luz para lo segundo cuando se haya dado el primer paso en fe: «Aprended a hacer el bien» (v. 17). Luego el apóstol dice:

«Aborreced lo malo, seguid lo bueno» (Ro. 12:9). Aquí el lenguaje es mucho más enérgico que en los profetas, porque es Cristo el que está en cuestión. No debemos sólo cesar del mal, sino aborrecerlo; y no debemos meramente oír y aprender, sino también seguir lo bueno.

No hay necesidad de vacilaciones respecto a nuestro camino cuando hayamos descubierto que nuestra posición es falsa. La Palabra de Dios es llana: «Dejad de hacer lo malo». Pero no hay muchos «vencedores» —no muchos que estén dispuestos a vencer las dificultades familiares, congregacionales y del círculo social. Esta es la verdadera razón por la que muchos se mantienen alejados de los Hermanos e intentan encontrar algún error en su doctrina o inconsecuencia en su andar, que les justifique en no tener nada que ver con ellos. Para algunos la dificultad reside en el mundo, porque se trata de un abandono del mundo religioso así como del social. Una profunda sima, profunda y ancha, separa el terreno divino del humano. Cruzarlo significa abandonar tras nosotros el mundo y la religión que aprueba. Lo uno

está al lado celestial del sepulcro de Cristo, lo otro está en el lado terrenal. Y excepto que se tome el paso en el poder de una fe que cuenta con el Dios vivo, nunca se tomaría. Pero el cristiano acostumbrado a andar en comunión con Dios buscará en Su Palabra la guía para todo. No tiene nada más con que contar. Las enseñanzas de los hombres le pueden servir de instrucción, pero la fe sólo puede descansar en la Palabra de Dios. Tanto si se trata de una cuestión de doctrina o de práctica, de servicio o de culto, ha de acudir a la Palabra, y si no puede encontrar allí direcciones para lo que se propone, tiene que detenerse hasta que las encuentre. «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Ti. 3:16, 17). Si la obra a la que estamos dedicados, o que nos proponemos, es buena, encontraremos instrucciones para nuestra guía en la Palabra de Dios.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 65

»Respecto a la autoridad de la Palabra, es del mayor interés ver que, en la consagración de los sacerdotes,[35] así como en toda la gama de los sacrificios, somos traídos de inmediato bajo la autoridad de la Palabra de Dios. “Y dijo Moisés a la congregación: Esto es lo que Jehová ha mandado hacer” (Lv. 8:5). Y de nuevo, “Moisés dijo: Esto es lo que mandó Jehová; *hacedlo, y la gloria de Jehová se os aparecerá*” (Lv. 9:6). Que estas palabras penetren en vuestros oídos. Que sean ponderadas con cuidado y oración. Son palabras sin precio. “*Esto* es *lo* que mandó *Jehová.* ” No dice: “Esto es lo conveniente, razonable o apropiado”. Tampoco dice: “Esto es lo que ha sido dispuesto por la voz de los padres, el decreto de los ancianos o la opinión de los doctores”. Moisés no sabía nada de estas fuentes de autoridad. Para él había una santa, exaltada y suprema fuente de autoridad, y era la Palabra de Jehová, y él quería llevar a cada miembro de la congregación a un contacto directo con aquella fuente bendita. Esto daba certidumbre al corazón y estabilidad a todos los pensamientos. No quedaba lugar para la tradición, con su incierto sonido, ni para el hombre con sus dudosas controversias. Todo estaba claro, era concluyente y lleno de autoridad. Jehová había hablado; y todo lo que era necesario era oír lo que Él había dicho y obedecerlo. Ni la tradición ni la conveniencia tienen lugar alguno en el corazón de aquel que ha aprendido a apreciar, a reverenciar, y a obedecer la Palabra de Dios.

»¿Y cuál iba a ser el resultado de esta estricta adhesión a la Palabra de

Dios?

Ciertamente que un resultado verdaderamente bendito. “La gloria de Jehová se os aparecerá”. Si la Palabra hubiera sido desechada, la gloria no habría aparecido. Las dos cosas estaban íntimamente relacionadas. La más ligera desviación del “Así ha dicho Jehová” habría impedido que los rayos de la divina gloria se apareciesen a la congregación de Israel. Si se hubiera dado la introducción de un solo rito o ceremonia no mandados por la Palabra, o si se hubiera dado la omisión de nada que la Palabra mandase, Jehová no hubiera manifestado Su gloria. Él no podía sancionar, con la gloria de Su presencia, el descuido ni el rechazo de Su Palabra. Él puede sobrellevar la ignorancia y la flaqueza, pero no puede dar aprobación al descuido ni a la desobediencia.

»¡Oh, que esto se considerase más solemnemente en este tiempo de tradición y de conveniencia. Yo querría, con el afecto más fervoroso, y con el profundo sentimiento de responsabilidad personal ante mi lector, exhortarle a que diese diligente atención a la importancia de una estrecha —casi he dicho que severa— adhesión y reverente sujeción a la Palabra de Dios. Que todo lo juzgue por esta regla, y rechace todo lo que no llegue a su altura; que pese todo en esta balanza y que eche a un lado todo lo que no llegue a todo su peso; que todo lo mida por esta regla y rechace toda desviación. Si tan sólo pudiera ser el medio de despertar a un alma al sentido justo del lugar que le pertenece a la Palabra de Dios, sentiría que no he escrito mi libro por nada o en vano.

»Lector, deténte, y hazte, en la presencia del Escudriñador de los corazones esta llana y aguzada pregunta: “¿Estoy autorizando con mi presencia, o adoptando con mi práctica, ningún apartamiento, o descuido, de la Palabra de Dios?” Haz de esto una cuestión personal y solemne delante de Dios. Cerciórate de esto: es de la mayor importancia. Si descubres que has estado en absoluto conectado o involucrado en algo que no lleva el sello claro de la aprobación divina, recházalo en el acto y para siempre. Sí, recházalo, aunque vaya revestido de los imponentes ropajes de la antigüedad, aunque esté acreditado por la voz de la tradición, y aunque presente el más poderoso argumento de la conveniencia. Si no puedes decir, con referencia a todo aquello con que estás relacionado: “Esto es lo que el Señor ha mandado”, entonces échalo de ti sin vacilaciones, apártate de ello para 35 *Notas sobre Levítico,* por C. H. Mackintosh, pág. 148 (edición en inglés).

siempre. Recuerda estas palabras: "*De la manera* que hoy se ha hecho, *mandó hacer* Jehová". Sí, recuerda "de la manera" que "mandó hacer" el Señor; cuídate de relacionar esto con tus caminos y asociaciones, y que nunca se separe de ellos.»

CAPÍTULO 8

LA IGLESIA DE DIOS

Según el antiguo principio del catolicismo, era la *iglesia* lo que hacía al cristiano. No había perdón de pecados ni salvación para el alma fuera de su comunión. No importa cuán genuina fuese la fe y piedad de alguien, si no pertenecía a la santa iglesia católica y gozaba del beneficio de sus sacramentos, era imposible la salvación. En base del principio protestante, los *cristianos* constituyen la iglesia. Un resultado de la Reforma en el siglo dieciséis fue la transferencia de poder de la iglesia al individuo. La idea de la iglesia como única dispensadora de la bendición fue rechazada; y cada persona fue llamada a leer la Biblia por sí misma, a examinar por sí mismo, a creer por sí mismo, por cuanto tenía que responder por sí mismo. Este fue el pensamiento acabado de surgir de la Reforma: la bendición individual en primer lugar; la formación de la iglesia después.

Hasta aquí, los Reformadores estaban en lo cierto. Pero olvidaron examinar la Escritura acerca de cómo estaba formada la iglesia. La verdadera idea de la iglesia de Dios como cuerpo de Cristo, vitalmente unida a Él por el Espíritu Santo enviado del cielo fue totalmente pasada por alto, aunque está abundantemente enseñada en las epístolas. Al perderse así de vista el propio puesto y obra del Señor en la asamblea por el Espíritu Santo, los hombres comenzaron a unirse y a constituir llamadas iglesias según sus propios pensamientos. Una gran variedad de iglesias o sociedades religiosas brotó rápidamente en muchas partes de la Cristiandad; pero cada país tenía su propio concepto acerca de cómo se debía constituir y regir la iglesia; unos creían que el poder eclesiástico debía quedar en manos del magistrado civil; otros creían que la iglesia debía retener este poder en su interior; y esta diferencia de opinión tuvo como resultado los innumerables cuerpos nacionales y no conformistas que vemos en todas partes a nuestro alrededor. Gracias a Dios, se insistió en la fe individual como el gran principio de salvación para el alma; y las almas humanas fueron salvas, y con ello Dios fue glorificado; pero quedando esto asegurado, los hombres podían unirse para constituir iglesias según sus propios pensamientos. La gran Sardis fue el resultado de ello; y de esta iglesia dice el Señor: «Yo conozco tus obras, que tienes nombre que vives, y estás muerto». Ésta es la condición de lo que se conoce como *Protestantismo,* después de los días de los primeros Reformadores. Un gran nombre de vivir — una sublime profesión y apariencia de cristianismo, pero sin poder vital.

Nada es más manifiesto para el estudioso de la historia de la iglesia

con su Nuevo Testamento delante de él que estas penosas realidades; y nada nos parece más llano ni más extensamente enseñado en las epístolas que la doctrina de la iglesia. Por ejemplo, leemos en Efesios 4, «Hay *un solo cuerpo* y *un solo Espíritu*» (v. 4, RVR77, RVA, NVI); pero según el Protestantismo deberíamos leer: «Hay *muchos* cuerpos y un espíritu». Pero sólo puede haber uno de constitución divina. También leemos: «procurando con diligencia *guardar la unidad del Espíritu*» (v. 3).

Esto significa llanamente la unidad constituida por el Espíritu — siendo el Espíritu Santo el poder conformador de la iglesia que es el cuerpo de Cristo. Los cristianos son las *unidades* que el Espíritu Santo confirma en una unidad perfecta. Esto nosotros debemos *Historia de los Hermanos* - Andrew Miller

con toda diligencia procurar «guardar», mantener, exhibir, llevar a cabo en la práctica; y no inventar alguna nueva organización, alguna nueva compañía de cristianos, como ha sido el caso siempre desde la Reforma. «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu» (1 Co. 12:12, 13).

Después de lo que ha sido citado del primer opúsculo del Sr. Darby, *The Nature and Unity of the Church* [La naturaleza y unidad de la iglesia], será innecesario abundar acerca de esta cuestión bajo este encabezamiento. Además, esta verdad, con la del Espíritu Santo que se identifica con el creyente y la iglesia desde el día de Pentecostés, está firmemente entretejida en la totalidad de este «breve bosquejo». Con todo, unos pocos pasajes de la Palabra de Dios pueden ser de utilidad a aquellos que deseen hacer Su voluntad.

En primer lugar observaríamos aquel que afecta más profundamente al corazón: «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha»

(Ef. 5:25-27). Esta revelación del amor del Salvador debería hacernos sentir a todos la indecible importancia de aquello que recibe el

nombre de iglesia, y de cumplir toda la mente del bendito Señor hacia la misma en nuestros caminos prácticos. Ella es el objeto especial de Su afecto, de Su cuidado. Ha sido redimida a costa de Su sangre, de Su vida, de Él mismo. Y antes de mucho Él se la presentará a Sí mismo como una iglesia gloriosa sin lo más mínimo que sea indigno de Su gloria, o que pudiera ofender la mirada o causar dolor al corazón del Esposo celestial. ¡Qué privilegio formar parte de aquella «iglesia gloriosa» entonces, y qué bendición actuar como miembro de este «un cuerpo» ahora!

Cristo mismo es el primero en anunciar el comienzo de la iglesia. «Sobre esta roca edificaré mi iglesia» (Mt. 16:18). La edificación no había comenzado todavía. Cristo, reconocido como el Hijo del Dios viviente, iba a constituir el fundamento de esta nueva obra, y la declaración de que «las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» muestra con llaneza que iba a ser edificada sobre la tierra, no en el cielo, y en medio de las tempestades y persecuciones que la asaltarían a causa de la astucia y del poder del enemigo.

El siguiente pensamiento que tenemos acerca de la iglesia es su *unidad.* Según la involuntaria profecía de Caifás, Jesús iba a morir por la nación judía; «y no solamente por la nación, sino también para congregar *en uno* a los hijos de Dios que estaban dispersos»

(Jn. 11:50-52). Ya había hijos de Dios, pero estaban dispersos, aislados; como piedras preparadas y listas para edificar, pero no unidas aún. Por la muerte de Cristo se llevó a cabo la gran obra sobre la que se fundamentan las esperanzas futuras de Israel y la reunión actual de los hijos dispersos de Dios en *uno* —la iglesia que es el cuerpo de Cristo.

Esto tuvo lugar por medio del poder del Espíritu Santo descendido del cielo en el día de Pentecostés. El hecho de su existencia se declara en Hechos 2. «Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.» Así el Señor añadió el remanente salvo de Israel a la asamblea cristiana. La unión y unidad de los salvos se cumplieron como un

hecho por la presencia del Espíritu Santo descendido del cielo. Ellos formaron un cuerpo sobre la tierra, un cuerpo visible, reconocido por Dios, al que todos los que Él llamaba al conocimiento de Jesús eran unidos por el Espíritu Santo que habitaba en ellos.

Luego podemos observar un notable desarrollo en relación con la conversión de Saulo de Tarso, un nuevo instrumento de la gracia soberana de Dios (Hch. 9). Saulo nunca conoció personalmente a Cristo en Su vida aquí en la tierra; ahora le ve por primera vez en gloria celestial. Esta fue una nueva revelación del Hijo. ¡Una verdad sumamente bendita y llena de verdad en gracia para el corazón! Aunque era el Señor de la gloria, se presenta como Jesús: «Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues.* »

Nada podría ser más claro que esto por lo que respecta a la unión del Señor en la gloria con los miembros de Su cuerpo sobre la tierra. Los santos son Él mismo —Su cuerpo.

Pero, ¿quién puede hablar de las innumerables bendiciones que brotan para el creyente, para la iglesia, mediante esta unión? ¡Uno con Cristo! ¡Qué verdad tan maravillosa, tan preciosa! Uno con Cristo como el Hombre exaltado en la gloria; uno con Él en posición, en privilegio, en el amor del Padre, en gloria sin fin. ¡Y qué gran luz arroja esta verdad sobre los detalles de la salvación! ¿Qué hay ahora del perdón? La fe responde: Soy uno con Cristo; mis pecados están tan alejados de mí como de Él. ¿Qué hay ahora de la justificación? Soy uno con Cristo, justo como Él lo es. ¿Qué hay de la aceptación? Soy aceptado en el Amado. ¿Qué de la vida eterna? Soy uno con Cristo; no hay una vida diferente en la cabeza de la que hay en la mano. ¿Qué de la gloria? Uno con Él en la misma gloria para siempre jamás.

Pero algunos preguntarán: «¿No hay peligro de caer de esta posición?» Hay un constante peligro de perder el justo aprecio de la misma y el goce de la misma, pero no de perder la cosa misma. Esta unión nunca puede romperse. El que es unido al Señor, un espíritu es con él. El Espíritu Santo, que une al creyente en la tierra con Cristo en el cielo, nunca puede fracasar. Pero hay mucho menos fracaso por parte de aquellos que viven en el poder de esta verdad que con aquellos que están en la esclavitud del legalismo, y acosados por dudas y temores. Con la mente en perfecto reposo, goza más de Cristo y se cuida menos del mundo y de las cosas del tiempo. La gracia es nuestro único poder

para andar, como dice Pablo a Timoteo: «Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Ti. 2:1).

El funcionamiento práctico de la Asamblea

Como ya se ha observado la enseñanza de las epístolas acerca de la doctrina de la iglesia, especialmente en 1 Corintios 12 y Efesios 4, podemos pasar al funcionamiento práctico de la asamblea. En Mateo 18 el bendito Señor nos da una indicación de ello mismo, asignando a ello la autoridad del cielo mismo, aunque sólo dos o tres constituyan la asamblea. Sea para disciplina o para presentar petición a Dios, el Señor establece este gran principio, de que «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (v. 20). Así reunidos, es una reunión de asamblea. Nada podría ser más sencillo, más alentador, más bendito: Cristo el centro, el Espíritu Santo como poder de reunión a este centro, con estas palabras de indecible seguridad para el corazón: «Allí estoy yo» (la mejor traducción es: «reunidos *a* mi nombre»).

A los ojos de un mero espectador, la reunión puede parecer algo muy pobre. Sólo unos pocos cristianos reunidos, puede que en un local muy humilde, sin una apariencia de grandes dones entre ellos; pero para la fe no ha sido una pobre reunión, ni nunca puede serlo. El Señor ha estado allí; ¿y podríamos calificar de pobre una reunión en la que está el bendito y adorable Señor?

Al mismo tiempo, admitimos que, para aquellos que están acostumbrados a todo el estilo y la grandeza de las reuniones populares, la apariencia puede haber sido muy pobre.

Pero para los que conocen la feliz libertad, el gozo celestial, la peculiar bendición, de reunirse sencillamente al nombre del Señor, los arreglos humanos más perfectos serían totalmente intolerables. Se tiene que experimentar la diferencia entre las dos reuniones para ser conocida y apreciada; el lenguaje no puede describirla.

Pero algunos dirán que se reúnen en el nombre de Jesús, y que el evangelio se predica fielmente, y que entre ellos hay muchas personas fervientes. Y puede que así sea; pero la buena predicación y personas excelentes no constituyen a la reunión en iglesia. Ninguna comunidad de santos, si no están reunidos en obediencia a la Palabra de Dios y sujetos al Señor Jesús mediante la energía del Espíritu Santo, está

realmente sobre terreno divino. La cuestión es: ¿estamos sobre el fundamento de la Palabra de Dios? ¿No tenemos ningún otro centro, ningún otro nombre alrededor del que nos reunimos, más que el nombre de nuestro ausente Señor; ningún poder de unión y gobierno más que el Espíritu Santo, y ninguna regla de acción más que la veraz Palabra de Dios? En el momento en que comencemos a reunir personas —aunque se trate de cristianos verdaderos— alrededor de una persona particular, o hacia algún punto de vista o sistema, estamos sólo constituyendo un grupo sectario. Pero los que se mantienen adheridos a Cristo como el centro de la unidad del Espíritu no forman una secta, y nunca pueden serlo en tanto que abracen en principio a cada uno de los que pertenecen a Cristo sobre la faz del mundo entero.

El partimiento del pan —observado el primer día de la semana (Hch. 20:7)— es la más alta expresión de la unidad de la iglesia. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (1 Co. 19:16, 17).36

Profecía

Desde el avivamiento de la verdad profética en la primera parte del siglo diecinueve el estudio de la profecía ha hecho algún progreso, aunque en el caso de algunos no ha llegado a ser tema de interés general. Grandes secciones de la iglesia profesante siguen rechazándolo como especulativo y no provechoso. Esta es una situación profundamente deplorable, aunque no sorprendente. Han surgido diversas escuelas de interpretación profética que han tratado de publicar sus puntos de vista, pero muchas de ellas carecen de lo necesario para darles consistencia y para hacerlas interesantes y provechosas para una mente espiritual. Cristo no es el centro de sus sistemas como lo es siempre del de Dios —

el centro en el que todas las cosas han de ser reunidas en los cielos y en la tierra. Al no contemplar la mente de Dios respecto al juicio de las naciones, la restauración de Israel y el establecimiento del reino de Cristo sobre la tierra en poder y gloria, no saben qué hacer 36 Para entrar en detalle en los diversos aspectos de la iglesia, véase *The Present Testimony,* vol. 1.

Synopsis of the Books of the Bible — 1 Corinthians y *Ephesians,* por J. N. Darby. *Lectures on the Epistle to the Ephesians,* por W. Kelly. *A Treatise on the Lord's Supper,* por C. H. Mackintosh.

con las Escrituras proféticas. Muchos se han refugiado en el principio de interpretar la profecía mediante la historia, alegando que sólo se puede comprender cuando está cumplida. Tomemos un ejemplo de esta escuela cuando lo juzgamos con la palabra de Dios.

«Los diez cuernos. ¿Cuál es la historia providencial de estos cuernos, según es generalmente aplicada por los comentaristas? Azotes que han persistido durante ciento cincuenta años, desde el primero hasta el último, operando el derrumbamiento del Imperio Romano, antes existente, y estableciéndose ellos como conquistadores en todo su territorio occidental. Tomemos el relato profético. Surge una bestia del mar con diez cuernos, todos crecidos, después de lo que surge un cuerno pequeño; y la bestia, junto con sus cuernos, son objetos de los juicios de Dios, no sus ejecutores. Esto es profecía; aquello fue providencia.»37

Este modo de interpretación, como se verá, aparta la mente de Cristo para emprender un rastreo de personas y acontecimientos en la historia que de alguna manera se correspondan con los rasgos de la profecía. Pero si es necesario para los cristianos estudiar las historias de Roma y de otras naciones para poder comprender la profecía,

¡cuán pocos entre ellos tienen los medios para hacerlo! Desde luego que este principio se condena a sí mismo como no de Dios. No dudamos de que muchas profecías han tenido un cumplimiento parcial, que no completo, en la providencia de Dios. «Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, … sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». (2 P. 1:20, 21). «El sentido es que ninguna profecía de la escritura tiene una interpretación aislada y propia. Limitemos una profecía al acontecimiento particular que se supone que sea designado por esta escritura, y lo hacemos de interpretación privada. Por ejemplo, si se contempla la profecía de la caída de Babilonia en Isaías 13, 14 como el único sentido de esta escritura, se hace que esta profecía sea de interpretación privada. ¿Cómo? Porque se hace que el acontecimiento cubra la profecía —se interpreta la profecía por el acontecimiento. Pero esto es precisamente lo que según la Escritura la profecía no debe ser; y es para advertir al lector de este error que el apóstol escribe aquí como lo hace. La verdad, al contrario, es que toda profecía tiene como objeto el establecimiento del reino de Cristo; y si se apartan las líneas de la profecía del gran punto focal al que convergen todas, uno destruye la relación final de estas líneas proféticas con el centro. Toda la profecía se proyecta hacia el reino de Cristo, porque procede del Espíritu Santo.»38

En relación con esto mismo, el apóstol se refiere de una manera notable, y con referencia a la profecía, a la esplendorosa escena en «el monte santo». «Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones» (2 P. 1:19). Tenemos en dicha escena una prefiguración muy bendita de la venida y reino del Señor Jesús, según lo que los profetas habían presentado a la esperanza del pueblo de Dios —una hermosa ilustración de la gloria y bendición milenaria, que confirma como con un sello divino su certidumbre, aunque no había llegado todavía el tiempo para su manifestación. Los santos muertos son representados como resucitados en Moisés; los vivos transformados —que no han pasado por la muerte— con vistos en la persona de Elías; además, había santos en sus cuerpos naturales representados por Pedro, Jacobo y Juan; y allí estaba el bendito Señor,

el Cabeza y Centro de toda la 37 *Collected Writings of J. N. Darby,* «Prophetic», vol. 9, pág. 67.

38 *Lectures Introductory to the Catholic Epistles,* pág. 281, por W. Kelly.

gloria, conversando de manera familiar acerca de la partida (Su muerte) que iba a ser cumplida en Jerusalén.

Se debe prestar mucha atención a la palabra profética, como a una luz que resplandece en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca; pero el cristiano tiene algo mejor que la antorcha de la profecía. Pertenece a Cristo, que habita en su corazón por la fe, como la estrella resplandeciente de la mañana —el apropiado objeto de todas sus expectativas hasta que Él venga.

Las tres esferas de la gloria de Cristo

En 1 Corintios 10:32 el apóstol nos provee de una clasificación de la humanidad que nos ayuda en gran manera no sólo a comprender la profecía sino también toda la Palabra de Dios. «No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios». Aquí tenemos las tres grandes esferas en las que se manifiesta la gloria de Cristo. Por lo que respecta a la condición del hombre ante Dios con referencia a la eternidad, hay sólo dos clases: los salvos y los perdidos —aquellos que han sido realmente nacidos de nuevo, y los que siguen en las tinieblas de la naturaleza y de la incredulidad. Pero por lo que se refiere al gobierno del mundo por parte de Dios, hay tres clases: judíos, gentiles y la iglesia; y nadie puede trazar rectamente la Palabra de verdad si pasa por alto esta división. El seguimiento en la Escritura el propósito de Dios acerca de estas tres clases es la forma más segura de dilucidar el orden de las dispensaciones de Dios, y la armonía de todas las porciones de las Sagradas Escrituras entre sí. Por el presente sólo podremos referirnos a unos pocos pasajes de la Escritura por vía de introducción del lector a este triple propósito de Dios.

1. «Los judíos.» En Génesis 12:1-3, «Jehová había dicho a Abram: … haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra». Tenemos un desarrollo adicional de este propósito en el capítulo 13:

«Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. (vv. 14, 15). En el capítulo 15 se definen los límites de la tierra. En Deuteronomio 28 tenemos la promesa de bendición para ellos en caso de obediencia, y las maldiciones amenazadas en caso de desobediencia. Pero,

¡ay!, este pueblo tan favorecido demostró ser una raza desobediente y dura de cerviz.

«Dios ejercitó una enorme longanimidad para con ellos, pero, cuando hubieron rechazado y apedreado a los profetas, Sus siervos, que Él les había enviado, envió a Su Hijo, el heredero de todas las cosas; a Él lo crucificaron y dieron muerte, y así llenaron la medida de sus iniquidades, y sellaron su condenación. Por esto, llegó a ellos la ira hasta el extremo; su ciudad y templo fueron destruidos; el país de ellos fue dado al saqueo, y su población entregada a la espada o llevada a la cautividad; durante casi dos mil años han sido un monumento al desagrado de Dios contra el pecado, sufriendo los severos males anunciados a causa del pecado.»39

39 Véase el valioso tratado *God's Threefold Purpose* [El triple propósito de Dios], y también *Plain Papers on Prophetic Subjects* [Artículos sobre Temas Proféticos], ambos de William Trotter, y este último un libro podríamos decir que exhaustivo acerca de la cuestión de la profecía, valiosísimo para el estudioso. En castellano recomendamos la obra *Ocho lecturas sobre la profecía,* una obra escrita a mediados del siglo diecinueve pero que mantiene toda su actualidad, por el antedicho autor Trotter, y Smith.

2. «Los gentiles.» Desde el tiempo en que Abraham fue llamado a ser el padre del pueblo propio de Dios, Dios no trató directamente con ninguna nación sobre la tierra excepto los judíos. Hasta la época de Nabucodonosor, el trono y la presencia de Dios estuvieron en medio de Israel. Desde el tiempo en que los judíos fueron llevados cautivos a Babilonia, «Dios dejó de ejercer Su poder soberano en la tierra de manera directa, y éste fue confiado al hombre, de entre los que no eran Su pueblo, en la persona de Nabucodonosor. Este fue un cambio de la mayor importancia por lo que respecta al doble tema del

gobierno del mundo y al juicio de Su pueblo por parte de Dios. Ambas cosas abrieron el camino a los grandes objetos de la profecía que se desarrollaron al final —la restauración, mediante tribulación, de un pueblo rebelde, y el juicio de una cabeza del poder infiel y apóstata de los gentiles».

Tenemos un relato de este gran cambio en el profeta Daniel (capítulo 2): «Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y

dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro»

(vv. 37, 38). Los tiempos de los gentiles comienzan aquí. El poder que fue así investido en el rey de Babilonia descendió a los medos y persas; de ahí pasó a manos de los griegos, y luego a los romanos, el último reino representado en la imagen. El Imperio Romano, aunque después fue disgregado en varios reinos separados, siguió su nombre en estos reinos, y proseguirá hasta la venida del Señor. Es por este poder que los judíos han sido tan terriblemente asolados y oprimidos. Al final de su cautividad de setenta años, una porción de los judíos regresaron a Jerusalén, pero como meros tributarios del rey de Persia; ya nunca tuvieron un gobierno legítimo independiente propio. Estaban bajo el yugo romano cuando Cristo apareció entre ellos, y no pudieron siquiera dar muerte a su Mesías sin el consentimiento del gobernador romano y la intervención de soldados romanos. Por segunda vez los gentiles destruyeron su ciudad y templo, y el Salvador mismo declaró que Jerusalén sería hollada por los gentiles, hasta que se cumplieran los tiempos de los gentiles (Lc. 21:24).

Pero estos tiempos no durarán para siempre. Dios no ha desechado a Su pueblo al que primero conoció. Él cumplirá a su debido tiempo el pacto de gracia que hizo con Abraham el padre de ellos. Ellos serán todavía una gran nación y cabeza de todas las otras naciones

—el centro del que fluirá la bendición a todas las naciones de la tierra.40

Incluso en nuestros tiempos podemos ver el comienzo de la gracia restauradora de Dios para con Su pueblo, al darles mucho de su tierra y parte de su antigua ciudad; y esto nos hace anticipar mucho más anhelantes el completo cumplimiento de todas las promesas hechas a los padres.

3. «La iglesia de Dios.« La iglesia, como se verá, es algo totalmente distinto de judíos y gentiles. Cristo vino a los judíos —su propio pueblo, pero ellos no le recibieron. Fue despreciado y desechado de los hombres. Judíos y gentiles se unieron en llevar a cabo Su muerte. Por este acto de insuperable maldad quedó sellada la condenación de ambos. Pero Dios volvió todo esto en una ocasión para su más rica gracia soberana. El bendito Jesús, rechazado por los hombres, tras haber cumplido la gran obra de redención fue resucitado de entre los muertos, y sentado a la diestra del poder donde ahora espera hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies. En tanto que esté sentado a la diestra de Dios, se ha de predicar a las naciones arrepentimiento y remisión de pecados por Su 40 Para detalles acerca del orden de acontecimientos mediante los que tendrá lugar este gran cambio en la posición de ellos, véase las obras del Sr. Trotter que aparece en la nota anterior.

nombre. Todo aquel que de las naciones reciba este mensaje —todo aquel que crea en el evangelio— es perdonado, salvado y queda asociado con el Rechazado de la tierra y Glorificado en el cielo. A los ojos de Dios, en el momento en que un judío recibe este mensaje de misericordia, deja de ser contado como judío; y en el momento en que un gentil lo recibe, deja de ser considerado gentil. Este es un punto de enorme importancia para los caminos y tratos dispensacionales de Dios. El judío, cuando cree en Cristo, muere a todas sus responsabilidades y privilegios como judío, y a todas sus queridas esperanzas de una heredad en la tierra. El gentil muere a toda participación en el poder terrenal que, por un tiempo, está en manos gentiles.

Entonces, los que creen, ¿que son? Forman parte de la verdadera iglesia, y el mundo no tiene lugar para él. Son sencillamente extranjeros y peregrinos ahora en este mundo. Su hogar está en las alturas. Son llamados a compartir la humillación de su Señor en la tierra durante Su ausencia; y compartirán Su gloria cuando Él vuelva.

Otra verdad de gran importancia práctica se hace ahora muy clara; que la iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, no existió hasta después de la muerte, resurrección y glorificación de Cristo en el cielo, y el descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

No es cierto lo que muchos suponen, que «la iglesia de Dios se

compone de todos los salvos desde el comienzo hasta el fin de los tiempos».41

Admitimos ya de entrada que los santos que componen la iglesia tienen mucho en común con los santos del Antiguo Testamento: ser vivificados por el mismo Espíritu Santo, justificados mediante la misma preciosa sangre, preservados por la misma gracia omnipotente y destinados en resurrección a ser hechos conforme a la imagen del amado Hijo de Dios. Pero la maravillosa distinción de ser el cuerpo de Cristo, Su esposa, bautizados por el Espíritu Santo, y así uno con Él como el Hombre exaltado en la gloria, todo esto son bendiciones peculiares de la iglesia. En contraste con la idea de que la iglesia se componga de todos los creyentes desde el comienzo hasta el fin de los tiempos, la Escritura la limita a la asamblea de verdaderos creyentes desde el día de Pentecostés —

cuando fue constituida por el Espíritu Santo descendido del cielo— hasta el descenso del Señor Jesús en el aire, para recibirla a Sí mismo en la casa del Padre, con sus muchas moradas.

Fue gracias a la cruz que quedó derribada la pared intermedia de separación para que judíos y gentiles pudieran venir a formar un cuerpo. «Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos (judíos y gentiles) un solo y nuevo hombre (no una continuación ni 41 En un libro muy alentador que hemos estado leyendo recientemente, *Historia y recuerdos del evangelista Brownlow North,* por Kenneth Moody-Stuart, encontramos expresiones como «la sinagoga judía, sobre cuyo modelo está fundada nuestra iglesia presbiteriana. … La constitución de la sinagoga judía, en su gobierno y culto, fue el modelo de la primitiva iglesia cristiana. En ella encontramos el conferimiento a los ministros de la ordenación, el llamamiento y la comisión, desde los Hechos de los Apóstoles hasta el presente» (págs. 135-136, ed. inglesa). El escritor se refiere a la iglesia del Antiguo Testamento y del Nuevo, como si ésta fuese una continuación de aquella. Pero la Escritura se refiere a las bendiciones judía y cristiana por vía de contraste, la una terrenal, la otra celestial. La bendición judía es mencionada como «todas las bendiciones temporales en una tierra deleitosa». La iglesia tiene *ahora* «toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». Observamos esto como venido accidentalmente a nuestra atención, y suponiendo que sea una expresión apropiada de los puntos de vista eclesiásticos de la Iglesia Presbiteriana de Escocia en el momento presente. (Debe recordarse que esto fue escrito hacia o antes

del año 1890 —Ed.)

una mejora de lo antiguo, sino UN SOLO Y NUEVO HOMBRE), haciendo la paz» (Ef.

2:14, 15).

La venida del Señor y el arrebatamiento

de los santos

Nos mueve a una sincera gratitud que la verdad de Dios acerca de la venida del Señor y del arrebatamiento de los santos haya sido muy extensamente recibida estos últimos años.

Los muchos opúsculos puestos en circulación acerca de esta cuestión y la abrumadora cantidad de Biblias puestas también en circulación han obrado, con la bendición de Dios, un considerable cambio en las mentes de muchos cristianos. La antigua y común objeción a esta verdad, que «la muerte de cada persona es virtualmente la venida del Señor a él», ha sido abandonada por muchos estudiosos de la Escritura. Pero como hay muchos a los que todavía se les presenta dicha objeción, observaremos algunas claras Escrituras acerca de esta cuestión. La dificultad radica en la selección, con el limitado espacio de que disponemos. Con excepción de Gálatas y Efesios, cada libro del Nuevo Testamento presenta de manera específica y clara la venida del Señor como la esperanza conocida y constante del cristiano. Los gálatas habían caído de la gracia, y el apóstol tuvo que laborar otra vez con ellos como de parto en cuanto a la justificación por la fe. En Efesios, la iglesia es vista como ya sentada en lugares celestiales en Cristo. Los demás libros o bien enseñan la venida de Cristo *para* Sus santos, o Su manifestación en gloria *con* ellos para juzgar el mundo. Lo que caracteriza al cristiano es la esperanza de la venida de Cristo, la espera del Hijo de Dios desde el cielo. Entra en cada estado, pensamiento, sentimiento y motivo de la vida cristiana, y es también el gran poder impulsor de la evangelización.

Pero, para volver a nuestro argumento.

No hay ningún caso en el Nuevo Testamento en el que se haga referencia a la muerte como venida del Señor. Los dos acontecimientos son mencionados más bien como cosas contrastadas que idénticas. Cuando morimos, nuestros espíritus, separados del cuerpo, van a Jesús —ausentes del cuerpo, presentes con el Señor (2 Co. 5:8). Mediante la muerte, el creyente es separado de sus compañeros cristianos en la tierra; cuando el Señor venga, todos los creyentes serán recogidos a Él en el cielo. Los muertos resucitarán en gloria, y los vivos serán transformados a Su semejanza, y todos serán arrebatados para reunirse con el Señor en el aire (1 Ts. 4:13-18).

Ahora nos volveremos a la primera Epístola de Pablo a los Tesalonicenses como la más conveniente para el propósito que nos ocupa. En el capítulo 4 tenemos una revelación especial, no sólo

respecto a la venida del Señor y el arrebatamiento de los santos, sino también respecto al orden en que tendrán lugar estos acontecimientos. Nada puede ser más claro que el hecho de que la venida de Cristo es la doctrina central en ambas epístolas. Era una importante parte de la verdad a la que habían sido convertidos. La Persona de Cristo como el apropiado objeto de su esperanza estaba constantemente ante sus mentes, y el efecto de su conversión era la espera de Su regreso. «Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo» (Cap. 1:9, 10). Su esperanza era la venida de Cristo; no se les había hablado de ningún acontecimiento que tuviera que interponerse antes de Su venida, y ellos estaban esperándolo en carácter de inminente. Es cosa bien cierta que estaban tan llenos de la venida del Salvador, que ni habían pensado que ninguno de ellos fuese a morir antes que Él viniese, de modo que se sintieron muy afligidos cuando algunos de sus hermanos murieron. No habían sido

instruidos acerca de cómo los santos muertos podrían estar con el Señor cuando Él viniera, y compartir Su gloria. Esta era la gran aflicción de ellos. Debemos recordar que eran muy jóvenes en la fe, que hacía sólo unos pocos meses que se habían convertido, que el Nuevo Testamento no estaba entonces escrito, y que el apóstol no pudo permanecer con ellos a causa de la persecución. Pero el testimonio de estos cristianos es digno de nota. El mismo mundo hablaba del enorme cambio que había tenido lugar en estos gentiles, y daba su testimonio inconsciente del poder de la gracia en la conversión de ellos a Dios (cap. 1:8-10). Con todo, necesitaban instrucción adicional acerca de los que habían dormido en Jesús, y es acerca de este punto que el apóstol les da ahora la mente del Señor.

Se trata de una revelación de enorme importancia. Los teólogos actuales dicen, acerca de los que actualmente mantienen esta esperanza, que están obsesionados con este punto de vista particular; que necesariamente ha de haber unos eventos antes que el Señor venga.

Pero no encontramos una sola palabra de la pluma del apóstol que modere o enfríe las expectativas demasiado ardientes de estos jóvenes y fervientes creyentes, ni que tuvieran que esperar una secuencia de acontecimientos que fuesen a preceder la venida del Señor.

El apóstol se regocija acerca de sus amados tesalonicenses, y alimenta el celo de ellos con un valioso atisbo de la consumación de todas las esperanzas de ellos, que eran también las suyas propias. «Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe?

¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo» (cap. 2:19, 20). Ellos debían seguir esperando al Señor durante su vida. No interpone circunstancia alguna, ningún acontecimiento, entre sus corazones y el objeto de su esperanza. Y les asegura que todos los que habían caído dormidos en Jesús tendrán igualmente su parte en la gloria con aquellos que estén vivos cuando Él venga.

Lo primero que hace el apóstol es dirigir a Jesús la mirada de los dolidos tesalonicenses para que la fijen en Aquel que murió y resucitó. «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, *así también* traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (cap.

4:14). En Jesús vemos la victoria sobre la muerte y el sepulcro — vemos a Aquel que murió, fue sepultado, resucitó, y está ahora en la gloria. Observemos estas palabras: «Así también». ¡Qué consolación celestial para un corazón enlutado y entristecido! Todos los que han dormido en Jesús serán resucitados y dejarán esta tierra exactamente como Él lo hizo. «Hay esta diferencia,» dice uno: «Él ascendió en base de Su pleno derecho; Él ascendió. En cuanto a nosotros, Su voz llama a los muertos y ellos acuden desde el sepulcro, y, siendo cambiados los vivos, todos son arrebatados juntos. Es un solemne acto del poder de Dios, que sella la vida del cristiano y la obra de Dios, y trae a éstos a la gloria de Cristo como Su compañera celestial. ¡Qué glorioso privilegio! ¡Qué gracia maravillosa!

Perder esto de vista significa la destrucción del carácter propio de nuestro gozo y de nuestra esperanza».42

Del versículo 15 al 18 tenemos un paréntesis, que explica lo que se afirma en el versículo 14, «así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.» Cuando el Señor venga en gloria, todos los santos estarán con Él; pero antes Él habrá despertado a los que duermen, transformado a los vivientes y trasladado unos y otros al cielo. Los versículos 15-17 nos explican cómo esto se lleva a cabo. El Señor Jesús se levanta de Su trono, desciende del cielo, Él mismo da la palabra, la voz del arcángel la transmite, y la trompeta da un son bien conocido. La imagen es militar. Como las tropas bien adiestradas conocen las órdenes de su comandante por el toque de la trompeta, así el ejército del Señor responde en el acto a Su llamada. Todos los

muertos en Cristo resucitarán, y todos los 42 *Synopsis,* J. N. Darby, vo. 5, pág. 90.

vivos serán transformados; y todos ellos entrarán en la nube y serán arrebatados juntos, para reunirse con el Señor en el aire, y así estarán para siempre con el Señor. Esta es la primera resurrección, el arrebatamiento de los santos. ¡Antes que se rompa un sello de los juicios, que se toque una trompeta de los mismos o que se derrame una copa, los santos han desaparecido, todos, trasladados a la gloria, trasladados para estar para siempre con el Señor! ¡Qué pensamiento! ¡Qué acontecimiento! No quedará ni rastro del polvo redimido de los hijos de Dios en el sepulcro; y ni un creyente quedará sobre la faz de toda la tierra.

Todos juntamente arrebatados en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire, y ser llevados por Él a la casa del Padre, donde hay muchas moradas. Pero, ¿quién puede pensar, quién puede hablar, de las felices reuniones en aquella mañana de gozo sin sombras? Es indudable que la Persona del Señor llenará todos los ojos y arrebatará cada corazón; sin embargo, habrá un claro reconocimiento de aquellos que, aunque separados de nosotros por la muerte durante mucho tiempo, nunca perdieron su puesto en nuestros corazones. Y por cuanto todos llevarán perfectamente la imagen del Señor, nunca le perderemos a Él de vista. Aunque cada uno poseerá su propia identidad y su propio y especial gozo, sin embargo todos seremos como el Señor, y el gozo de cada uno será el gozo común de todos. Pero el mayor de todos nuestros gozos, aquella mañana, y de la que manarán todos nuestros otros gozos, será ver Su rostro, oír Su voz y contemplar Su gloria.

O, como lo expresa el apóstol Juan, recapitulando toda bendición en dos expresiones:

« *Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*»43 (1 Jn. 3:2).

«Escucha la trompeta que con su son

El silencio de los siglos rasga;

La luz de la gloria resplandece

En muchas doloridas frentes.

Cambiados al instante—a vida levantados,

Los vivos, los muertos se levantan,

La voz del arcángel obedecemos

Que nos convoca a los cielos.

No deslumbrados por la luz gloriosa

De aquella frente amada,

¡Vemos ya sin nube alguna

Vemos ahora al Salvador!

Oh, Señor, la brillante y bendita esperanza

Que en el pasado nos alentó,

De un pleno y eterno reposo en Ti,

Queda cumplida por fin.»

—Sir Edward Denny

43 Véase el tratado *Arrebatados por el Esposo, vienen con el Rey,* de George Cutting.

CAPÍTULO 9

EL MILENIO

quí será bueno detenerse un momento y observar el orden en que tendrán lugar los importantes acontecimientos del período milenario. Hemos visto a los santos A arrebatados para reunirse con el Señor según Su promesa en Juan 14. Ellos pasan al cielo, y, todas las cosas ya dispuestas, tienen lugar las bodas del Cordero según la visión del apóstol Juan (Ap. 19). «Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.» Él se presenta a Sí mismo una iglesia gloriosa, santa y sin mancha. ¡Qué día será éste! ¡Qué día incluso para el cielo, de siempre acostumbrado a la gloria! Pero esta será una nueva gloria, ¡la gloria nupcial del Cordero! Así como la novia participa de la dignidad de su novio, y la esposa de su esposo, ¡así la iglesia participará de la posición de Cristo en aquel día de gloria maravillosa, trascendente!

Terminada la escena de las bodas y de la cena de esponsales, el bendito Señor, o el postrer Adán con su amada Eva, los santos glorificados, y las huestes angélicas, se preparan para Su manifestación en gloria y para la toma de posesión de la tierra. Pero durante el intervalo entre la «venida» y la «manifestación», el amor de Dios ha estado activo reuniendo a los Suyos, y la tierra ha estado madurando para el juicio. Cuando la verdadera iglesia haya abandonado la escena del testimonio, y la parte meramente nominal haya sido rechazada para siempre, el Espíritu de Dios comienza a obrar en el remanente judío; y ellos, como misioneros de un nuevo testimonio, predican «el evangelio eterno» a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. El juicio de las naciones vivas en Mateo 25 distingue en cuanto a los resultados de esta misión. Y Apocalipsis 7 nos muestra a las multitudes salvadas de judíos y gentiles por medio del «evangelio eterno», como ha sido predicado por los «hermanos» judíos del bendito Señor. Pero en tanto que el amor de Dios está activo en estos términos, Satanás está ejerciendo todo su poder, y suscitando todas sus fuerzas, para corromper toda la tierra, y para disputar su posesión con el Ungido del Señor. Pero ha llegado la hora de su juicio.

«Entonces vi el cielo abierto;», dice el apóstol, «y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea» (Ap. 19:11). El Señor viene; está de camino. El cielo se abre, pero Él no viene solo: los ejércitos celestiales le seguían. «Viene a en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts. 1:8). «Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus

labios matará al impío» (Is. 11:4). La cristiandad apóstata, y los judíos que habrán regresado a su propia tierra en incredulidad y que habrán concertado una alianza con el Anticristo, serán los especiales objetos de este juicio, pero un remanente de Israel se salvará. Los lugares celestiales serán librados de Satanás y sus ángeles; la tierra será limpiada de sus malvados reyes; la bestia y el falso profeta serán echados al lago de fuego, y Satanás quedará encadenado en el abismo; toda la escena quedará así limpia mediante juicios, y la victoria será completa, tras lo cual el Señor tomará el reino. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (Ap. 11:15). El remanente perdonado de Israel y su descendencia, y el remanente de los gentiles que sobrevivan a estos terribles juicios, junto

con su posteridad, constituirán la población de la tierra durante el milenio, mientras que la iglesia reina con Cristo su Cabeza y Esposo en gloria celestial. «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (cp. Ap. 20:4-6).

El estado pasado y presente de

la iglesia profesante

Nunca podremos sentirnos suficientemente agradecidos al Señor por avivar por Su Espíritu la bendita verdad de la venida del Señor, y por darle, en estos últimos días, tanta preponderancia en la enseñanza de tantos de Su pueblo. Si se pasa por alto esta verdad sólo se puede comprender una porción muy pequeña de la Palabra de Dios. En tal caso se pierde totalmente el sentido de la primera resurrección, por ejemplo, y el reinado milenario de Cristo con Sus santos glorificados, junto con otras verdades colaterales. En tiempos anteriores era casi universal la creencia de que la venida de Cristo tendría lugar al final, y no al comienzo del milenio. Existía la idea, que todavía sigue extendida en muchos sectores, de que el mundo, o los gentiles, serán convertidos mediante el evangelio; que después de esto «todo Israel será salvo». Luego intervendría un milenio espiritual antes de la venida del Señor. Pero en todo esto se pasa por alto el propósito de Dios tocante a la iglesia, que es el *llamamiento afuera* de entre los judíos y gentiles. Nunca podremos tener celo suficiente en la extensión del evangelio, siendo que la comisión es: «Predicad el evangelio a toda criatura». Pero cada conversión es una adición a la iglesia, que será trasladada al cielo antes del milenio.

Si fuese cierto lo que se dice a menudo, que «Cristo no vendrá hasta después de mil años de bendición sobre la tierra», ¿qué es lo que el creyente tendría que esperar ahora?

Necesariamente la muerte al final de su carrera, y el cumplimiento de los acontecimientos predichos mientras su cuerpo yace durmiendo en el sepulcro durante el gran jubileo de la tierra. ¡Qué pobre esperanza para la verdadera esposa, la amada novia del celestial Novio!

Cierto, las almas de los creyentes estarían con Cristo, pero sus cuerpos estarían en la callada tumba mientras que toda la tierra estaría regocijándose bajo Su llamado cetro espiritual. Cada verdadero creyente debería rechazar esta teoría como rotundamente opuesta a toda la Escritura. En lugar de esperar la muerte y mil años interpuestos antes que su Señor venga, está esperándole como la expectativa sustentadora, consoladora y confortante de su vida diaria. El verdadero efecto de la conversión —excepto cuando el convertido es extraviado por una falsa enseñanza— es esperar del cielo a su Salvador.

Cuando el Señor venga, como hemos visto, la iglesia va a su encuentro en el aire. Ella es conducida a goces nupciales celestiales, y a la eterna

bienaventuranza de la casa del Padre.

Luego seguirán —una vez que el juicio haya limpiado la escena— las pacíficas glorias del reino. Todo lo que han cantado los salmistas y que han predicho los profetas acerca de la bendición de la tierra durante aquel gozoso período se cumplirá totalmente entonces.

Excluidos Satanás y sus huestes, los malvados ángeles, de los cielos y de las moradas de los hombres, con Cristo reinando y con Sus santos resucitados asociados con Él en el trono de Su gloria celestial y terrenal, todo esto distinguirá de manera esencial el período milenario de todas las dispensaciones anteriores. Entonces llegará el día de alborozo y regocijo universal de la creación en la presencia del Señor, tan constantemente anunciado en el Antiguo Testamento. «Jehová reina; regocíjese la tierra, alégrense las muchas costas.

… Los montes se derritieron como cera delante de Jehová, delante del Señor de toda la

tierra. … Los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud»

(Salmos 97 y 98).

Hermosas más allá de toda descripción son las santas notas de gozo triunfante que brotan de labios de videntes del Antiguo Testamento en anticipación de este día de alegría.

Toda la naturaleza es llamada a unirse al gran coro de gozo universal. Se alegrarán el páramo y la soledad, y el desierto se regocijará y florecerá como la rosa; la tierra seca se convertirá en estanque de aguas y el suelo sediento en manantial. Los montes destilarán mosto y los collados manarán con leche y miel. Las fieras del campo —curadas de su ferocidad— se volverán gentiles e inofensivas como los corderos, y cesarán las luchas y contiendas entre los hijos de los hombres. Así Dios dará la vuelta a la historia del hombre; Él sanará su dolor, aliviará su miseria; lo coronará de salud, paz y plenitud, y extenderá gozo por toda la creación restaurada, según Su estimación de Su Hijo amado. En aquel día se verá y reconocerá que la cruz del Señor Jesús es el fundamento de la extensa escena de gloria y bendición milenarias.44 Col. 1:20; Is. 11; Sal. 72.

«Los reyes ante Él se postrarán,

Y oro e incienso traerán;

Todas las naciones le adorarán,

Y su alabanza todos cantarán.

«Extendido su dominio será,

Sobre río, mar y las costas llegará;

Tan lejos como el ala del águila,

O vuelo de paloma pueda alcanzar.»

El gran trono blanco

Nada puede ser más humillante para el hombre que lo que encontramos al final del milenio. Dios mostrará entonces que mil años de gloria manifiesta no convertirán el corazón del hombre sin Su gracia salvadora. En el momento en que Satanás sea de nuevo libre y ejerza su poder, la porción no convertida de las naciones gentiles será engañada por él. Él los reúne en rebelión; pero fuego desciende de Dios del cielo y los consume totalmente. Y esto nos lleva a la última y definitiva escena en la historia del hombre —el juicio eterno. «Y vi», dice Juan, «un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.» El lector no tendrá ninguna dificultad en distinguir entre este último juicio y el juicio de las naciones vivientes (Mt. 25). Cuando el Señor venga al principio del milenio, la tierra, como hemos visto, recibe una bendición universal bajo Su reinado durante mil años. Pero esto no es lo que aparece aquí. Lo que aquí tenemos es la resurrección y el juicio de los malvados al final del milenio. La idea general de que Cristo no dejará los cielos hasta el final del milenio, cuando habrá una resurrección general y un juicio general de los justos y de los malvados, carece de fundamento alguno en la Escritura; y no sólo esto, sino que está directamente opuesta a la naturaleza misma del cristianismo y de los propósitos de Dios en Cristo Jesús.

44 *Plain Papers on Prophetic Subjects* [Artículos sobre temas proféticos] , por W. Trotter, pág. 481, antigua ed. Véase también *Ocho lecturas sobre la profecía,* por Trotter y Smith.

Al comienzo del milenio, los santos resucitados son vistos en tronos, asociados con Cristo. «Y vivieron y reinaron con Cristo mil años» (Ap. 20:4). Éste fue el tiempo de su recompensa pública por el servicio o por el sufrimiento con Cristo durante Su ausencia.

«ha venido … el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes» (Ap.

11:18). Pero en el gran trono blanco se ve a Cristo solo. Cuando se

trataba de la cuestión del gobierno de la tierra milenaria, los santos gobernaron con Él. Ahora se trata de una cuestión de juicio eterno, y Él actúa en solitario. Desnudos de toda falsa cubierta —sin púrpuras ni mitras, sin báculos ni mantos de una mera profesión de fe para encubrir su culpa ahora— cada uno es visto en su verdadero carácter y con todos sus pecados; ninguno ha sido borrado: todos han de encontrarse sobre ellos. «Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.» Las profundidades, el mundo invisible, son forzados a entregar sus miserables presos, para que oigan de boca de aquel que fue rechazado, Jesús, su sentencia definitiva.

Todos están ahora reunidos, y el tiempo ya no es más. Los cielos y la tierra creados huyen y desaparecen; nada se ve ahora más que el gran trono blanco de cegador resplandor, y la majestad gloriosa del Hijo del hombre.

La terrible sentencia, pronunciada en medio del augusto silencio de aquella solemne escena, envía a los malvados a las profundidades de una desventura sin esperanza. Pero la gloria y hermosura del Salvador Jesús, a quien despreciaron en el tiempo, y las miríadas de felices santos que le rodean, nunca podrán ser olvidados. Así culminan la historia del hombre y los eventos del tiempo. Comienza la eternidad —con los malvados juzgados, los justos bendecidos, y vindicados para siempre todos los caminos de Dios. «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo [al antes humillado Jesús], y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:9-11). Esto ya cumplido, el amor crea nuevos cielos y nueva tierra como futura morada de los redimidos; y Dios desciende para habitar en medio de ellos. «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (cp. Ap. 21:1-7).

Conclusión

Las páginas que anteceden fueron escritas, creemos, alrededor de 1890, hace más de ciento diez años; es con sonrojo y tristeza que contemplamos todos estos años: el espíritu mundano, la contienda y las divisiones se han introducido entre los llamados «Hermanos»

durante este tiempo, de modo que sólo podemos tomar nuestro puesto junto a Daniel, y con él orar y hacer nuestra confusión. Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente … No hemos obedecido a tus siervos los profetas … Tuya es, Señor, la justicia, … Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, … y de nuestros padres; porque contra ti pecamos. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado … Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu pueblo, por amor del Señor. …

porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado … sobre tu pueblo (cp. Dan. 9:5-19).

Una última palabra de exhortación al lector de parte del autor de esta obra: lo que el pueblo de Dios más debe vigilar y orar en contra es respecto al mundo. Es difícil, lo sabemos, mantener un caminar constante en el camino de rechazamiento fuera del mundo, pero es la única senda coherente para los santos de Dios. «No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo» (Jn. 17:16). La muerte, resurrección y ascensión separan a Cristo del mundo; ésta es la medida del creyente y la responsabilidad también del creyente.

Y es esto lo que tenemos tendencia a olvidar, y a perder de vista en los innumerables detalles de la vida cotidiana. Pero el creyente es uno con Cristo, unido a Él en gloria celestial, aunque todavía aquí abajo, y debería ser diligente y estar atento a todos sus deberes por amor al Señor. Pero vivir así aquí abajo mientras abrigamos el espíritu de nuestra ciudadanía celestial demanda velar y orar en comunión con el Señor. La prueba y la dificultad tendrán lugar en el mantenimiento del puesto de separación y rechazo que el bendito Señor les señala de

manera tan llana en Su oración a Su Padre. Pero si Él les da el puesto de rechazo en la tierra, a la vez les da Su propio puesto de aceptación en el cielo.

Cuando gozamos de esto último, no es difícil aceptar lo primero.

Tras haber hablado llanamente, podemos retirarnos al santuario, y orar por todos los que aman al Señor, sea cuál sea el nombre por el que sean designados. Sentimos que debemos decir: *Estad unidos; abundad en oración, en oración unida, y en la plena confianza del amor fraternal.* Sólo querríamos añadir —y de todo corazón— en el ferviente ruego dado en el lenguaje del apóstol:

«ASÍ QUE, HERMANOS, OS RUEGO POR LAS MISERICORDIAS DE DIOS, QUE PRESENTÉIS VUESTROS

CUERPOS EN SACRIFICIO VIVO, SANTO, AGRADABLE A DIOS, QUE ES VUESTRO CULTO RACIONAL. NO

OS CONFORMÉIS A ESTE SIGLO, SINO TRANSFORMAOS POR MEDIO DE LA RENOVACIÓN DE VUESTRO

ENTENDIMIENTO, PARA QUE COMPROBÉIS CUÁL SEA LA BUENA VOLUNTAD DE DIOS, AGRADABLE Y

PERFECTA.»

—Romanos 12:1, 2.

Historia de los Hermanos - Andrew Miller

Pág. 83